

GIUSEPPE PARINI

EL DÍA

TRADUCCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR

DE

CRISTINA BARBOLANI

ÍNDICE

Estudio preliminar	
Breve biografía de Parini	2
Un clásico discutido	3
Parini, poeta	5
Actualidad del <i>Giorno</i>	6
Esta traducción	8
Bibliografía	10
<i>El día</i>	12
Dedicatoria a la Moda	13
<i>La mañana</i>	14
<i>El mediodía</i>	50
<i>La tarde</i>	86
<i>La noche</i>	102
Apéndice	128

ESTUDIO PRELIMINAR

1 Breve biografía de Parini

De modestos orígenes campesinos, Giuseppe Parini (Bosisio, 1729-Milán, 1799) cursó estudios para la carrera eclesiástica debido a la herencia de una tía, que le dejó una pequeña renta con la condición de que se hiciera sacerdote. Esa falta de vocación se percibe en su obra, animada tan solo por una *pietas* humanitaria de tipo laico e ilustrado (para el crítico Giovanni Getto es “el menos cristiano de los poetas italianos”); no obstante, el respeto que siempre guardó hacia las creencias religiosas¹ pudo influir en su desaprobación de ciertas exacerbadas posiciones anticlericales. Vinculadas a su pertenencia a la academia de los *Trasformati* son algunas de sus tomas de posición en las polémicas lingüísticas de la época, y también las primeras experiencias poéticas, publicadas en 1752 con el título de *Alcune poesie di Ripano Eupilino* (anagrama de su apellido seguido de la forma latina del lugar de origen). Tras ser ordenado sacerdote se colocó como preceptor particular de nobles familias milanesas (principalmente los Serbelloni y los Imbonati), experiencia decisiva que le permitió conocer a fondo la aristocracia de la época y le inspiró el *Diálogo sobre la nobleza*, en prosa, y las primeras dos partes de su poema satírico-didáctico *Il giorno (El día)*, tituladas *Il mattino (La mañana)* e *Il mezzogiorno (El mediodía)*, publicadas anónimas en 1763 y 1765. El resto del poema, consistente en una tercera parte –incompleta, dividida a su vez en dos, es decir *Il vespro (La tarde)* y *La notte (La noche)*, que salieron póstumas– fue fruto de una elaboración cuidada y lenta, compaginada con sus actividades académicas y la composición de numerosas odas, algunas sobre temas típicos de la Ilustración, celebrando la vacuna de la viruela, o la vida agrícola, o el aire saludable del campo (se ha hablado de las primeras poesías ecológicas), o deplorando la práctica de los *castrati*; otras, más tardías, inspiradas por la belleza femenina.² Así pues, en el mundo literario milanés su prestigio fue creciendo hasta el punto de que se le considerara un personaje ejemplar por su integridad y dignidad. A través del conde Firmian, ministro de María Teresa de Austria y gobernador del Milanesado, consiguió una cátedra de Literatura en las Scuole Palatine y después la Superintendencia de la Instrucción Pública. Su plena participación en la política reformista del despotismo ilustrado de esta soberana se volvió menos intensa con su sucesor José II; y aún más tibia resultaría, después, la adhesión de Parini al gobierno municipal instaurado por los franceses a raíz de la invasión napoleónica

¹ En el poemita que aquí presentamos (*Mediodía*, v. 1214 y ss.) aparecen estos versos expresando a la vez escepticismo y religiosidad: “Tema la plebe el más allá; y el sabio / así llamado por la plebe, busque / la verdad escondida meditando / en soledad, y al fin caiga adorando / a la sagrada niebla que le envuelve”.

² Su biógrafo Francesco Reina comenta que “Amó las mujeres hermosas y gentiles, y a menudo fue amado a su vez por ellas... Predominaron con más fuerza en su ánimo las mujeres dotadas de modestia, de ingenuidad, de sentimientos cálidos, y de formas esculturales” (Reina 1999: 65).

de Lombardía en 1796. En estos últimos años empeoró su delicada salud y, apartado de cargos y prebendas dudosas, llevó una vida de digna pobreza, reflejada en su conocida oda *La caduta* (*La caída*).

2 Un clásico discutido

Hay que reconocer que la figura de Parini ha quedado colocada en el pedestal de los clásicos, sobre todo por la idealización posterior que de ella hizo un gran poeta y crítico como Ugo Foscolo; sin embargo, entre sus contemporáneos llegó a suscitar admiración, pero también fue discutida, a veces, por pacata y excesivamente moderada. Los reformistas milaneses como Cesare Beccaria, los hermanos Verri y otros miembros del círculo del *Caffé* no le tuvieron excesivo aprecio, pues muy otras eran en estos la energía y la voluntad de acción, que alimentarían poco después el pensamiento liberal inspirador de la unificación italiana. Parini, en efecto, no era un revolucionario, y creía, o al menos quería creer, en el mito humanista de la educación, suficiente para cambiar el mundo;³ los cargos que aceptó con agrado fueron limitados al ámbito de la enseñanza y de la academia, y su excesiva confianza en el valor de la palabra le llevó a elaborar una poesía clasicista inspirada en el canon horaciano de la unión de lo útil y lo agradable, ajena a las innovaciones prerrománticas. En este orden de cosas, hoy en día ha aparecido como un rasgo de conservadurismo pedante incluso su opción por la supuesta añeja tradición del poema didáctico, justamente cuando empezaba la época gloriosa de los nuevos géneros en prosa, propios de un incipiente periodismo batallador, más vigoroso y disidente. Este juicio, sin embargo, adolece de un terrible malentendido, el de confundir literatura con ideología. Y conviene recordar que de los críticos contemporáneos de Parini, el más transgresor, Giuseppe Baretti, pionero del periodismo italiano y sin par fustigador de la sensiblería pastoril dieciochesca, reconocía en *Il giorno* “molta sublimità di poesia” (Crotti 1999: 266).

El poemita constituye, en efecto, el fruto maduro de una trayectoria poética que desde el decorativismo arcádico vagamente humanitario de las primeras pruebas se decanta hasta una posición claramente más comprometida, que luego acabará desembocando en el culto exquisito a la belleza que preside las últimas odas, de corte más neoclásico. *Il Giorno* de Parini es su obra central, la mayor y más valiosa. En ella es el pensamiento lo que sí adolece de indecisiones, desigualdades y contradicciones; no sólo el poema quedó incompleto, sino que también algunos mensajes que transmite resultan ambiguos, como la evocación del contraste del ocioso joven con la función social de sus ancestros. En efecto, Parini no se dirige a toda la nobleza, sino tan sólo a una generación, la del *joven* señor que dilapidaba un patrimonio que sus antepasados consiguieron con valor y gloria militar, o con cargos jurídicos, o con los esfuerzos de una administración prudente. Aparte de que en el poema aparezcan también ancianos pretenciosos y viejas damas ludópatas, en su sátira dirigida al joven, Parini parece olvidar que tales funciones de la aristocracia se remontaban a un pasado tan lejano como la sociedad feudal de la Edad Media, y que, aunque en ciertos

³ “Con la persecución y la violencia no se dominan los ánimos, y con la licencia y los delitos no se consigue la libertad. Hacia ella hay que llevar al Pueblo con el pan, y el buen consejo: no se debe chocar contra sus prejuicios, sino hacer que este los venza por sí mismo con la instrucción, y con el ejemplo más que con las leyes” (Reina 1999: 65-66).

casos hubo familias que siguieron conservando el prestigio adquirido, ese prestigio no puede heredarse sin más a través de aquella sangre azul, de la que se mofan justamente con finura los primeros versos del poemita. Esa contraposición pariniana del joven frente al ancestro que mereció en origen el título de nobleza, encajaría más bien en la convicción burguesa restringida a dos generaciones consecutivas, lamentando que los hijos malogren aquel negocio que tantos sacrificios les ha costado conseguir a sus laboriosos padres. Todo ello choca, además, con la convicción rousseauniana del igualitarismo, sostenida por Parini al introducir en *El mediodía* la fábula del Placer: antes de narrarla, en efecto, advierte que la naturaleza hizo iguales a todos los hombres, hasta que bajó a la tierra el Placer que los diferenció introduciendo un lujo tan innecesario como, paradójica y subrepticamente, admirado por el poeta.

Esta ambigüedad se evidencia aún más respecto a la institución del matrimonio. En contraste con la familia del plebeyo menesteroso, unida por el afecto recíproco en medio de las privaciones, la del noble consiste en un cómico marido demasiado permisivo con la coquetería de una esposa frívola inseparable de su acompañante, junto al cual se entrega a nimiedades mundanas y chismorreos, descuidando sus deberes de madre. Las costumbres, precisa Parini, se han frivolizado por influencia extranjera, sobre todo de Francia; pero al “itálico marido” celoso de antaño, tampoco lo aprecia el poeta, y cuando describe la tortura de las esposas infieles cruelmente encadenadas en la “sala de castigo”, en ese punto de la sátira no apreciamos fina ironía, sino unos tonos grotescos y tremendistas.

Tampoco resulta del todo clara la posición de Parini respecto a la plebe. La miseria de los necesitados, y su dependencia de los caprichos de los señores, inspiran un episodio genial, justamente el más admirado del *Giorno*, donde el siervo queda como víctima sacrificada al ídolo, que no es en este caso el señor ni la dama, sino su graciosa mascota, la “cachorrita virgen”. La alta calidad poética del episodio –significativamente intercalado en posición central en el poemita, y el único, de los seis que inventa el autor, en que no interviene la mitología: una fábula inspirada tal vez en un dramático hecho real– se une a la indignación ante la injusticia, que Parini consigue suscitar en el lector sin el menor asomo de sermoneo sentencioso. Pero también es cierto que la filantropía pariniana se agota en la compasión, que soporta esa desigualdad como si se tratara de un desastre natural; y a veces también aparecen descritos jóvenes siervos ansiosos por obtener una mirada voluptuosa de la dama, o un vulgo “ciego” fascinado por un modo de vida que envidia y adora, sin que en ningún momento se imagine que las cosas puedan cambiar.

En definitiva, la figura de Parini puede y debe ser reconsiderada, hoy en día, lejos de los tintes hagiográficos que aparecen en la biografía del más entusiasta de sus numerosos discípulos, Francesco Reina, que la publicó tras su muerte. Resulta contradictoria, además, su posición de declarada independencia de la poesía (odas como *L'educazione*, *Alla Musa*, y varios pasajes del *Giorno*) con las numerosas piezas de ocasión compuestas voluntariamente para celebrar bodas, tomas de hábito y otros eventos de la alta sociedad. Sin embargo, con todos esos límites que son comunes al universo intelectual del despotismo ilustrado (admitiendo que este oxímoron indique por lo menos una época y un gusto), es posible reivindicar la calidad literaria de una obra como *Il giorno*, que a pesar del éxito inmediato de las dos primeras partes, ha tenido y tiene una acogida desigual.

3 Parini, poeta

El hilo conductor del poemita, como puede verse en el Apéndice, es el seguimiento de un día cualquiera en la vida del joven señor por parte de un preceptor que, mientras lo observa, le aconseja las pautas de comportamiento adecuadas a las situaciones que se van presentando. La sencillez de este desarrollo lineal es tan evidente que puede parecer simpleza, y al contrario, se trata de un hilo conductor extremadamente sutil que, ininterrumpido, mantiene en todo momento la coherencia externa del discurso pariniano. Podríamos acercarlo al *Candide* de Voltaire como producto de un arte que se finge ingenuo. La pretendida y exhibida ingenuidad no es sino sabiduría de quien se sitúa en el plano de la razón y de la sensibilidad humanitaria.

Con este trasfondo ideológico ilustrado como cañamazo, Parini entreteje hábilmente su poesía, que es en esencia dieciochesca: poesía del detalle, de la miniatura, del camafeo, del fragmento, del medallón, del gesto galante. Poesía descriptiva, ciertamente, pero que quiere serlo, para que admiremos el movimiento de los abanicos, la delicadeza de los dedos, las patas de un sofá, las piezas de marfil del juego de las damas, la seducción de una mirada cómplice, la encuadernación de un libro, la disposición de la piña tropical en un frutero, el aroma del café, un lunarcito colocado estratégicamente cerca de la boca, un peinado llamativo, y mil detalles más, todo ello envuelto en un erotismo difuso que se da por descontado en una atmósfera especial, rebuscada y artificiosamente placentera.

No es casual que la primera de las fábulas insertadas, la de Amor e Himene, acuda a la mitología clásica para fundamentar en la rivalidad de los dos hijos de Venus el origen de la separación tajante que se daba en la época entre el matrimonio como contrato y convivencia forzosa (Himene) y el cortejo, frívolo y placentero, del chichisbeo (Amor). Ni que decir tiene que esta segunda opción irresponsable es la única que concibe el joven señor: ser chichisbeo, o sea bracero o acompañante de una dama durante todo el día (y parte de la noche), consiste en distraerla y entretenerla, en una relación ambigua de amigos/amantes. En realidad este “uso amoroso” (así llamado en un conocido y ya clásico estudio de Carmen Martín Gaité) desconoce tanto los valores propios de la amistad como los del amor, y ni siquiera puede considerarse como sano libertinaje, pues no tiene mayor alcance que el de un juego hipócrita de puras apariencias.

La frivolidad de las relaciones de pareja era un tema europeo: recordemos en Francia el drama *larmoyant* de La Chaussée, que tradujo Luzán al castellano como *La razón contra la moda*; o en Italia, la comedia *Il divorzio* de Alfieri. Salvo excepciones, la desaprobaban los ilustrados; pero es difícil encontrarla satirizada con más finura que en *Il giorno*. En efecto, Parini lo consigue sin una palabra de indignación, sin asomo de escándalo, tan sólo con el artificio sutil de buscar el origen de tales costumbres en la voluntad de la diosa Venus, que asignó la noche a Himene y el día a Amor, para así dar fin a las rencillas entre sus dos hijos envidiosos, de las que llegó a hartarse como cualquier madre humana. Con este expediente Parini introduce la intervención divina en el mundo terrenal, propia de los poemas clásicos y renacentistas, pero la aplica a asuntos que revierten en usos sociales contemporáneos y claramente antiheroicos, a la vez que reduce a mera ornamentación el valor de los mitos, al modo dieciochesco. El mito, no exento de ironía, exhibe así toda su inconsistencia revestida de formas elegantísimas, justamente como lo

hace el “joven señor”. Es la misma actitud que el poeta adopta al dirigirse a la nobleza con los apelativos de semidioses, héroes, estirpe divina, nobleza honra de Italia, descendientes de Júpiter, con lo cual el efecto de la hipérbole inapropiada se entrecruza con el de la degradación de un mundo mítico en el que ya no es posible creer.

4 Actualidad del *Giorno*

Los temas del *Giorno* son los típicos de la Ilustración y por ello el poemita resulta estrechamente vinculado a su época, la de la Europa de las décadas inmediatamente anteriores a la Revolución francesa, aquel “paraíso de las minorías” –así lo llama Eduard Fuchs– con su vitalismo instalado en una eterna juventud, y su desenfreno cínico que percibimos en autores libertinos como Casanova, Casti o Choderlos de Laclos (ahora muy conocido por la versión cinematográfica de *Las amistades peligrosas*). Un universo que se estaba desmoronando y acabaría, como sabemos, en un fin de fiesta sangriento. Mucho antes de ese desenlace, las mentes más esclarecidas habían advertido en la sociedad un paulatino pero irreversible desajuste, que inevitablemente habría de generar terribles tensiones en esa Europa finisecular. En efecto, las instituciones y las costumbres propias del absolutismo (*Ancien Régime*) ya no resistían un análisis racional (de esa razón que había empezado tres siglos antes a socavar el principio de autoridad) pero se venían manteniendo por pura inercia como signos distintivos de las clases dominantes, a saber, la aristocracia de alcurnia y la burguesía enriquecida, que había aprendido rápidamente de la nobleza a compartir sus privilegios e imitar sus costumbres. Al respecto, resulta muy adecuada la expresión “amabil rito” que Parini utiliza en los primeros versos de su poemita; en efecto, los ritos son de lo más reacio a extinguirse en una sociedad, por mucho que el simbolismo que evocan carezca de sentido cuando ya no se corresponde con la realidad del entorno en el que se siguen celebrando.

La descripción pormenorizada de estos ritos sociales y la vacuidad del personaje-prototipo que sigue sus pautas estrictas en el poema (el “joven señor”), a veces quedan representados en contraste con la brutal evocación realista de una plebe hambrienta que carece de los mínimos derechos humanos. Ello reviste un indudable interés en tanto en cuanto esa sociedad ‘se parece’ bastante a la nuestra del siglo XXI. Se trataba, en efecto, del final de un sistema que habría necesitado la profunda revisión que los intelectuales ilustrados deseaban, pero que, al contrario, en la clase detentadora del poder, parecía conllevar tan sólo una irresponsable huida hacia delante, hacia el frenesí del lujo, la sobrevaloración insensata de lo nuevo, el hartazgo consumista, la moda cambiando a toda velocidad (con profusión de accesorios, ¡como actualmente!), la excesiva afición por el juego, la frivolidad de las relaciones interpersonales, la mofa de la familia tradicional, ya entonces en franca decadencia... Y son estos tan solo unos pocos rasgos de aquella sociedad dieciochesca en la que cabría reconocer nuestra contemporaneidad.

Pero el hecho de que se nos hable de algo antiguo y sin embargo reconocible, (que por supuesto ayuda a acercarnos al poemita para facilitarnos su comprensión) no sería suficiente para que su lectura nos resultara enriquecedora. Hay algo más. Como Francisco de Goya en la pintura, en su obra literaria Parini ha evitado sermonear y condenar la

sociedad de su tiempo, haciendo en cambio lo que sabía hacer mejor: representarla con arte. Baste con decir que cuando salió editada la primera entrega del poemita, *La mañana*, fue bien acogida e incluso tuvo cierto éxito entre la nobleza milanesa, que llegó a divertirse jugando a adivinar a quienes se refería la sutil ironía de Parini, porque consideró la obra como una burlesca crónica mundana, casi sin percatarse del sutil alcance crítico que entrañaba; lo mismo que la realeza de los Borbones en España admiraría los retratos que Goya había realizado por encargo suyo.

Esta actitud de los ‘semidioses’ que no se dieron por aludidos por la antífrasis pariniana, o bien, aun reconociéndola, desdeñaron entrar en una polémica incómoda, contrasta con la comprensión y falta de rencor hacia los satirizados por parte del poeta. Como suponen algunos críticos, desde su integridad Parini tal vez no llegó a completar la obra (le faltó limar y acabar la tercera y la cuarta parte) precisamente para no enzarzarse más contra una clase que ya estaba pagando un excesivo precio por sus errores y abusos.⁴ Justo es reconocer que no deja de ser esta una mera hipótesis, pero tan legítima como otras más rebuscadas, como es suponer que Parini, gran admirador del poema didáctico *Las Geórgicas* de Virgilio, renunciara a completar su *Giorno* por no sentirse a la altura de su modelo. Más probable parece que los 30 o más años de diferencia entre la composición de los primeros y la de los últimos versos hayan producido una ‘distancia interior’ entre el autor y su obra, como sugiere Fabrizi (1999: 87).

Sea como fuere, es cierto que esos años son decisivos en la historia europea; también es cierto que Parini contemporizaba la escritura con sus ocupaciones de académico, de preceptor, de profesor o de superintendente de la enseñanza de las Bellas Letras; la composición, no solo del poemita, sino también de otras obras suyas de los géneros típicos del siglo XVIII –poesía pastoril, odas y hasta un libreto, *Ascanio in Alba*, del que Mozart compuso la música– se simultaneaba con otras múltiples tareas, entre ellas el incansable conocimiento de los clásicos leídos y anotados con apasionado estudio, reflejado en sus escritos eruditos. Es, la de Parini, la figura típica del ilustrado inmerso en su tiempo, que se propone vivir en él como parte activa y comprometida; así pues, en su obra mayor ejerce su función de intelectual al transmitir en verso lo que en prosa había anticipado con su *Diálogo sobre la nobleza*; y su análisis razonado de la sociedad constituye un primer paso para buscar la forma de mejorarla.

De hecho la ironía que impregna el *Giorno* no juzga ni culpa tanto los comportamientos de cada individuo, sino que brota de la convicción de que estos, aparentemente ritos sin importancia, frívolos e inofensivos, atribuibles a la moda, constituyen la punta del iceberg del fracaso de uno de los principios más firmes propugnados por el siglo de las luces, que lo heredó del humanismo: el valor de la educación. Es este el gran tema que subyace al argumento y a la aparente dispersión de situaciones, de relatos anecdóticos cómicotrágicos, de breves fábulas mitológicas intercaladas, de la tipología variada de personajes y personajesillos.

No es casual, por lo tanto, que Parini se identifique con la figura del ayo, que aparece ya en la invocación inicial y cuya presencia es constante a lo largo de todo el poema

⁴ Reina (1999: 67) relata esta anécdota: “En plena función de teatro un energúmeno quería hacerle gritar: ‘Muerte a los aristócratas’, y él gritó: ‘Viva la república; muerte a nadie’ con una voz tan terrible, que el osado se quedó sin habla”.

(dirigido a un discípulo imaginario, sí, pero lamentablemente identificable en la realidad). Puede decirse que la primera persona del poeta subyace incluso en las 6 fábulas intercaladas, porque, como ocurre en Horacio y en Ariosto, la habilidad narrativa queda finalizada intencionadamente a la ejemplificación dentro de un discurso alocutorio. El autor había sido, como se ha visto, preceptor de vástagos de la nobleza milanesa y conocía esa sociedad tan perfectamente como los textos antiguos que fundamentan su exquisito estilo clasicista. Así pues, su poema nace de la fusión genial entre literatura y vida. Es más que probable que quedara fascinado por aquella elegancia y aquel lujo que rechazaba desde la integridad y la razón, como lo demuestra el detenimiento minucioso en describir adminículos, mobiliario, alumbrado, carruajes, detalles del atuendo personal, lujos gastronómicos, bebidas, perfumes, joyas... Parini se distancia de un modo de vida que no aprueba, pero sin permanecer inmune a su estética seductora. La crítica ha sugerido la imagen de quien mira por el ojo de la cerradura un mundo deslumbrante que nunca podrá ser el suyo; desde luego, una amorosa aproximación a esos objetos y un mal disimulado placer de detenerse a contemplarlos se percibe a veces, a pesar de que nunca falte la suprema conciencia moral que introduce manifiestamente, o tan sólo sobreentiende, las que se ha dado en definir como sombras del siglo de las Luces.

Así pues, el joven señor que disfruta del confort y del lujo que forman parte de su (para él, aburrida) rutina normal y cotidiana, como la bebida exótica, los objetos superfluos, la visita a domicilio del peluquero, las atenciones exquisitas para con la dama a la que acompaña, etc., no se da la más mínima cuenta de que, exceptuando su clase de semidioses, el resto de la humanidad carece de lo más elemental, sufriendo hambre y penalidades. Parini se encarga de recordárselo, pero utilizando la retórica más refinada: o bien la ironía de advertirle que no son esos unos pensamientos dignos de él, o bien mediante la preterición (como afirmando que no quiere hablarle de ello, para no empañar ni interrumpir su estado de gracia), o exhibiendo con aparente seriedad una teoría justificatoria, como que esos hombres no se merecen mejor vida que los animales; o, más sencillamente, encerrando su descripción de esa pobreza o esa injusticia en una frase incidental. Leyendo entre líneas y examinando la sintaxis de la poesía pariniana es como se aprecia mejor su extraordinaria modernidad, por la que un simple inciso toma relieve y una invocación de tipo épico llega a sonar vacía y ridícula.

5 Esta traducción

Varios eruditos dedicados al siglo XVIII han analizado la difusión de la obra de Parini en España, calibrada en su justa medida principalmente por Joaquín Arce, pionero de los estudios italianistas, que analizó posibles ecos del *Giorno* en la II Sátira a Arnesto de Jovellanos sobre la educación de la nobleza. Asimismo ha sido objeto de agudos análisis la traducción de las dos primeras partes del poema, obra del jesuita expulso santanderino Antonio Fernández de Palazuelos, publicada (Venecia, 1796) con el prolijo título de *El magisterio irónico del cortejo o El chichisveo del célebre abate Parini. Versión de un Filópato Expatriado*, de escasísima difusión y difícil localización hasta hace poco, cuando

ha sido recientemente reeditada en apéndice a un estudio de Helmut C. Jacobs sobre la recepción de Parini en España (2010).

Pero el interés filológico y erudito de esa curiosa (así la define Ángeles Arce) traducción dieciochesca, nada tiene que ver, lamentablemente, con la posibilidad de que un lector actual disfrute con ella de la lectura del poemita, o simplemente pretenda acercarse por el deseo de conocerlo. Prescindiendo de su calidad literaria, y de la omisión de la mayor parte *La tarde* y de toda *La noche*, provoca un casi inevitable rechazo el enrevesado lenguaje entre barroco y rococó del que ofrecemos aquí como muestra unos versos:

[dirigido a la luna] Tú, o niñera / Faltas del noble mundo en maior grado / Vente ahora, alborozas con tu aspecto / Del sol alegrador al terso disco, / A la expirante moribunda lumbre.

[dirigido al Señor] Ya del untuoso polvo sevillano / Colmaste de tu mano la brillante / Tabaquera a tu Dama, i el dorado / Cristal del licor fluido fragante: / Ya supliste con pluma delicada / Del floreo harinoso el desperdicio / Sobre su cabellera ensortijada. (Jacobs 2010: 144)

Casi dos siglos después, la loable iniciativa de difundir algunos clásicos italianos en España se concretó en dos tomos de *Maestros italianos* –entre ellos Parini– editados por Planeta en 1962. Para una empresa de tal envergadura cultural, Antonio Prieto, coordinador de ambos volúmenes, con buen criterio, supo aprovechar las traducciones valiosas ya existentes; y en los casos en que esto no era posible, optó por encargar una nueva a quien suponía con la preparación adecuada. Así pues, descartó reeditar *El magisterio irónico* dieciochesco y prefirió ofrecer al lector un nuevo texto castellano, curiosamente también incompleto, del *Giorno*, que ocupa las páginas 1279-1390 del tomo primero. Prieto le dedicó un estudio preliminar (págs. 1209-1274) titulado “Hacia la intimidad poética de Parini”. Pero la sensibilidad crítica del introductor no se correspondía en absoluto con la competencia lingüística del traductor encargado: y no valdrá la pena abundar en las censuras, que ya han sido muchas, de aquel generosamente llamado “trabajo ocasional” pero en realidad lamentable resultado de unas, sin duda, muy buenas intenciones.

Así pues, en nuestro siglo XXI seguía faltando una traducción fiable que pudiera acercar *Il giorno* al lector de habla hispana. En un momento en que toma impulso el mecanismo ciego de la traducción automática o, peor aún, el desaprensivo ‘todo vale’, con el presente texto se pretende alcanzar tan solo una digna divulgación, que excluye totalmente cuestiones ecdóticas, a las que, en Italia, Dante Isella ha dedicado muchos años de estudio para su edición crítica. Con todo, puede decirse sin exagerar que nuestra traducción constituye un reto: aceptado, desde luego, con la carga de responsabilidad debida a la convicción de que los versos del poemita transmitan algo más que pensamiento ilustrado. Por ello, del gran arte de Parini se ha querido respetar, cuando menos, la paciente artesanía, conservando la forma métrica en endecasílabos blancos. Huelga decir que cualquier texto poético traducido, de ningún modo puede sustituir el original (Cervantes lo definió como “el revés de un tapiz” y nadie lo ha expresado mejor); pero con la abundancia de estudios

dedicados en las últimas décadas al fenómeno de la traducción, los mejores especialistas nos han reconfortado demostrando que la tarea de traducir, con todas sus limitaciones, sigue siendo necesaria.

6 Bibliografía

- ARCE, Ángeles. 1999. “*Il Giorno* ‘interpretato’ da un gesuita spagnolo (approccio al parinismo ispanico del Settecento)” en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° extraordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 653-661.
- ARCE, Joaquín. 1980. *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alhambra.
- BARBOLANI, Cristina. 1999. “Un cicisbeo invecchiato (nota su Parini e Alfieri)” en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° extraordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 103-111.
- CESERANI, Remo & Lidia DE FEDERICIS. 1994. *Il materiale e l’immaginario*, Manuale di Letteratura, Turín, Loescher.
- CROTTI, Ilaria. 1999. “*Il Mattino* sotto la *Frusta*” en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° extraordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 263-268.
- FABRIZI, Angelo. 1999. “*L’Eneide* nel *Giorno*” en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° extraordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 69-101.
- FABRIZI, Angelo. 2008. “Parini, Alfieri e il valore della tradizione” en *Fra lingua e letteratura. Da Algarotti ad Alfieri*, Roma, Storia e Letteratura, 42-65.
- FRARE, Pierantonio. 1999. “Foscolo e Manzoni lettori di Parini” en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° extraordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 559-581.
- FUCHS, Eduard. 1996. *Historia ilustrada de la moral sexual*, Madrid, Alianza, vol. 2: *La época galante*.
- GETTO, Giovanni. 1969. *Immagini e problemi di letteratura italiana*, Milán, Mursia.
- JACOBS, Helmut C. 2010. *Giuseppe Parini en el pasado y en el presente. La recepción de un poeta italiano en España*. Traducción de V. Lucio Dora, Madrid-Fráncfort, Iberoamericana-Vervuert.
- LAFARGA, Francisco & Luis PEGENAUTE (eds.). 2004. *Historia de la traducción en España*, Salamanca, Ambos Mundos.
- MARTÍN GAITE, Carmen. 1972. *Usos amorosos del Dieciocho en España*, Madrid, Siglo XXI.
- PARINI, Giuseppe. 1949. *Il Giorno*. Edizione a cura di Lodovico Magugliani, Milán, B.U.R.
- PARINI, Giuseppe. 1999. *Il Giorno*. Edizione critica a cura di Dante Isella, commento di Marco Tizi, Varese, Fondazione Pietro Bembo/Ugo Guanda Editore, 2 vols. (reproduce la ed. del mismo, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1969).
- PETRONIO, Giuseppe. 1990. *Historia de la literatura italiana*, Madrid, Cátedra.
- REINA, Francesco. 1999. *Vita di Giuseppe Parini*, Lecco, Associazione Culturale Giuseppe Parini, Lecco, Logos.

SCRIVANO, Riccardo. 1999. "Una poesia ideologica" en VV. AA., *Attualità di Giuseppe Parini: poesia e impegno civile*. A cura di Giorgio Baroni, n° straordinario de la *Rivista di letteratura italiana* XVII: 2-3, 37-47.

EL DÍA

DEDICATORIA A LA MODA

¡Lejos de estas páginas ojos legañosos, hundidos en las órbitas desde hace un siglo; largo de aquí, narices acuosas de mustios vejestorios! Aquí no se van a dirimir onerosas obligaciones asumidas por la patria, ni leyes severas, ni aburridos asuntos económicos internos, triste prerrogativa de la edad canosa.

A ti, Diosa en extremo agraciada, que hoy en día gobiernas y riges con tan suaves riendas a nuestra brillante juventud; tan sólo a ti queda dedicado y consagrado este diminuto Opúsculo.

¿Quién dejará hoy de reverenciarte y honrarte como a suma Divinidad, al ver como en tan breve tiempo has llegado a aniquilar a tus enemigos mortales (a saber: a la fría Razón, al pedante Sentido común y al chinchorrero Orden público) y como has liberado este siglo dichoso de antiquísimas ataduras? Así pues, ten la complacencia de acoger bajo tu amparo este pequeño Poemita, que tal vez no lo desmerezca.

Llévalo tú a los apacibles altares sobre los que las gentiles Damas y los amables Jóvenes ofrecen, cual sacrificio a sí mismos, las horas de la mañana. Es el único honor que el librito desea, lo único de lo que va a estar orgulloso y satisfecho.

Para agradarte aun más, el Poemita se ha desembarazado del yugo de la rima servil, y procede libre en versos blancos, sabiendo que ahora son estos los que tú prefieres y aprecias para engalanarte.

No aspira este libro a la inmortalidad, como lo hicieron otros, en exceso mimados por el halago de sus Autores, esos mismos a los que tú, Moda, al presentarte de repente, sepultaste en el olvido. Para ti nacido y a ti sola consagrado, se conformará con vivir ese único instante en que tú te muestras con un mismo aspecto, mientras estás pensando en nuevos atuendos para resurgir bajo formas más agraciadas.

Si tienes a bien mirar con ojos benévolos esta Mañana, tal vez le sigan el Mediodía y la Tarde; y su Autor procurará componerlos y adornarlos de forma que no menos que a esta los puedas apreciar.

PRIMERA PARTE

LA MAÑANA

Joven señor, si por tus venas corre
la sangre azul y pura, transmitida
por larga descendencia; o si la falta
de sangre la compensan los honores
5 comprados por un hacendoso padre
que consiguió juntar en pocos años
por tierra y mar cuantiosas posesiones;
me oirás cual preceptor de amable rito.
Te enseñaré cómo engañar pudieres
10 el transcurrir prolijo y aburrido
de los días de tu vida, acompañados
de largo tedio y de insufrible hastío.
De mí vas a aprender en qué ocuparte
debes por la Mañana, al Mediodía
15 y luego por la Tarde; siempre y cuando,
te sobre, entre tus ocios, tiempo ocioso
para escuchar mis versos disponible.
Ya visitaste muy devotamente
los santuarios de Albión y de las Galias
20 consagrados a Venus o a Mercurio,
dios del juego; y aun guardas en tu cuerpo
las marcas imborrables de tu vicio:⁵
tiempo es ya de descanso. En vano Marte
te llama, pues con riesgo de la vida
25 locura es adquirir honor; la sangre
por tu temperamento la aborreces.
No menos odias los estudios tristes
de Palas Atenea: te enemistaron
con ellos los recintos escolares
30 en cuyas anchas bóvedas retumban
chillidos infantiles, provocados
por monstruos y fantasmas de castigos
en vez de ciencias y sublimes artes.⁶
Oye ahora primero cuán suaves
35 ocupaciones a tu alcance trae

⁵ El joven señor ha frecuentado casas de citas (templos consagrados a Venus) y de juegos (templos consagrados a Mercurio, dios del juego) de Inglaterra (Albión) y de Francia (las Galias) y guarda en su cuerpo las señales de la sífilis allí contraída, enfermedad muy difundida en el siglo XVIII, llamada también “mal francés”. Cansado de estas proezas, desdén en igual medida la carrera militar (Marte) y los estudios (Palas Atenea).

⁶ Parini polemiza con el sistema de enseñanza de la época, basado en castigos corporales.

consigo fácilmente la mañana.
La mañana del alba acompañada
sale ante el Sol, que luego se agiganta,
y alegra desde el horizonte extremo
40 animales y plantas, mar y tierra.
Entonces deja el campesino el lecho
entrañable, entibiado por la noche
por una esposa fiel y tiernos hijos;
llevando a cuestas sacros utensilios
45 descubiertos por Pales y Cibeles,⁷
sale al campo por un sendero estrecho
en pos del lento buey que lo precede,
de las ramas más bajas sacudiendo
a su paso el rocío cristalino
50 que como gema fúlgida refleja
del sol naciente los primeros rayos.
El herrero también de madrugada
abre de nuevo su ruidosa fragua
a las tareas ayer inacabadas
55 volviendo: forja enrevesadas llaves,
construye arcones que al ansioso rico
darán seguridad, o graba encima
de dijes y de jarras de oro y plata
ornatos para ajuares y banquetes.
60 ¿Qué he dicho? ¿Te horrorizan mis palabras
y en la frente aparece tu cabello
tieso cual de un erizo enfurruñado?
Oh, mi Señor, no es esta tu mañana.
Al caer el sol ayer, no te sentaste
65 a una mesa frugal, ni te acostaste
con luz crepuscular, como es costumbre
se cobije el común de los mortales
en cuchitriles bajo rudas mantas.
Otro destino en su benevolencia
70 Júpiter reservó a celeste prole,
concilio de terrenos semidioses;
a mí me incumbe, pues, la gran tarea
de guiaros por camino novedoso
con artes y con leyes diferentes.
75 Entre fiestas y líricas veladas
y la emoción del juego, prolongaste

⁷ Los aperos de labranza son sacralizados como inventos de Pales, diosa protectora de la tierra y de Cibeles, diosa de las cosechas.

tú la noche hasta el punto que, cansado,
 sacudiste el nocturno aire tranquilo
 con el fragor de arrebatadas ruedas
 80 y el trote de corceles voladores
 en tu áureo coche, abriéndose a tu paso
 con soberbias antorchas las tinieblas;
 como Plutón que retumbar hacía
 con su carro las tierras sicilianas
 85 entre uno y otro mar, mientras delante
 iban resplandeciendo en el camino
 las teas de las Furias espantosas.⁸
 Así volviste a tus mansiones, donde
 como alivio a fatigas tan ilustres
 90 se te ofrecían apetitosas viandas
 y estimulantes vinos de cosechas
 francesas, españolas y toscanas,
 o la húngara botella, que premiara
 con corona de yedra el propio Baco
 95 proclamándola reina de las mesas.⁹
 Por fin el Sueño con su propia mano
 te ahuecó los colchones bien mullidos
 y un siervo premuroso, al verte echado,
 corrió cortinas ensombrecedoras;
 100 y suavemente te cerró los ojos
 el gallo que los suele abrir a otros.
 Justo es por tanto que no se deshaga
 la tenaz somnolencia que Morfeo¹⁰
 impuso a tus sentidos fatigados,
 105 antes del tiempo en que, avanzado, el día
 intente penetrar por las rendijas
 de lujosa ventana, y que los rayos
 del sol ya meridiano en algún punto
 pinten ligeramente las paredes.
 110 Deberán a partir de ese momento
 empezar de tu día las tareas
 con gracia y ligereza ejecutadas;
 yo también suelto amarras ya dispuesto
 a iniciar mi poema, y con preceptos
 115 nobles hazañas enseñarte en verso.

⁸ Según la versión más conocida del mito, Plutón raptó a Proserpina cerca de Siracusa en Sicilia, y se la llevó de noche en un carro al que abrían paso las Furias agitando antorchas.

⁹ Se trata del Tokaji, apreciado vino húngaro cuya calidad suprema es mitificada con el reconocimiento del mismo dios Baco.

¹⁰ Morfeo, como dios del sueño, está presente en el imaginario popular; aquí Parini ennoblece su mención con una metonimia (en el original, literalmente “las tenaces amapolas”).

Ya han oído gentiles camareros
el metálico suave tintineo
del llamador al que tu suave mano
imprimió repentino movimiento;
120 a abrir de par en par pronto acudieron
contraventanas que la luz impiden,
cumpliendo este mandato riguroso:
impedir que con tu perjuicio entrara
a herir tus ojos el osado Febo.¹¹
125 Con prestancia incorpórate, apoyando
tu persona en las múltiples almohadas
que en leve gradación van blandamente
sujetando la espalda; y con la punta
del índice de la derecha mano
130 con suavidad y con delicadeza
roza apenas los ojos, desechando
la densísima niebla de los sueños;
y después, hecho un bucle con tus labios
pequeño y seductor, calla y bosteza.
135 ¡Oh! Si te viera en acto tan gracioso
el recio capitán que en la batalla
para mandar a varios escuadrones
sin compostura lanza un fuerte grito
desgarrador de oídos bien formados!
140 Entonces si te viera, gran vergüenza
de sí mismo tendría, como Minerva
el día que al reflejarse en una fuente
una flauta tocando, vio su rostro
por carrillos hinchados afeado.¹²
145 Mas veo al camarero repeinado
que entra de nuevo a preguntar discreto
cuál bebida de las acostumbradas
hoy te apetece en primorosa taza;
que provienen de la India ya se entienden
150 taza y bebidas. Graves decisiones
habrás de calibrar. Si es que prefieres
animar el estómago con dulces
estímulos que templen los humores
y favorezcan moderadamente

¹¹ Con el dios Febo se alude al sol. Como es frecuente en el poema, el uso de la mitología sirve para revestir de un barniz seudo-épico los objetos y comportamientos más comunes.

¹² La diosa Minerva al observarse reflejada en el agua, no se vio favorecida por su rostro hinchado al tocar la flauta, y tiró lejos su instrumento, recogido por un sátiro. Se alude a esta anécdota en los *Fasti* y en el *Ars amatoria* de Ovidio.

155 la digestión, escoge sin dudarlo
el negro chocolate, que te brindan
gentes de Guatemala y del Caribe
que llevan plumas sobre su cabeza.
Si en cambio te agobiara un fastidioso
160 inoportuno malestar, o exceso
de grasa rodeara tus divinos
miembros, entonces de tus finos labios
harás honor a la infusión nectárea
cuyo grano tostado y humeante
165 llega de Alepo y de la rica Moka,
puerto soberbio de más de mil naves.
Ciertamente fue justo y necesario
que España, traspasando sus fronteras
antiguas, se embarcara con audacia
170 en la conquista de Ultramar, y en medio
de fenómenos nuevos y tormentas
extrañas en adverso mar, corriera
riesgos, temores e inhumana hambruna,
superando confines hasta entonces
175 nunca violados; y también fue justo
que Cortés y Pizarro no estimaran
humana sangre la que pertenece
más allá del océano a los humanos,
pues despiadadamente con las armas
180 de fuego fulminando y atronando,
derribaron a generosos incas
y a reyes mejicanos de sus tronos;
valió la pena, porque estas delicias
nunca vistas, llegaran finalmente
185 a un paladar tan fino y exquisito
cual el tuyo, ¡oh! Gema de los héroes.¹³
Pero no quiera el Cielo que, indiscreto,
un siervo, justo mientras te dispones
a sorber infusión tan refinada,
190 de repente te anuncie la visita
de un sastre no conforme con que escojas
sus ricas telas y servicios, que osa
también llenar tu mente de fastidio
con desmedida cuenta; o la visita
195 de un abogado que los avatares

¹³ Aquí, como en otras obras suyas, Parini se hace eco de la “leyenda negra” que tuvo gran difusión entre los ilustrados europeos, sobre la crueldad de los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo,.

del rico patrimonio que heredaste,
locuaz y en toga lúgubre, te cuida;
o de un buen administrador, que vuelve
de la ciudad donde bajó temprano,
200 helado por la escarcha matutina.
De tal séquito tus antepasados
acompañaron sus amaneceres;
mas tú, Señor, su insigne descendencia,
educado en nobleza y gentileza,
205 no ofendas con imágenes vulgares
el primer despertar de tus sentidos
a los quehaceres del reciente día.
¿Cómo vas a aguantar esas palabras,
articuladas con respeto y dudas,
210 con titubeos ante tu presencia,
con malestares e inseguridades,
junto con las profundas reverencias
y las pisadas sobre las alfombras
de ordinarios calzados polvorientos?
215 Si eso aguantaras, áspera e indigesta
la infusión saludable que tomaste
se volvería de pronto en tus entrañas
hasta hacerte eructar en el teatro,
en el paseo, en casa y fuera, todo
220 el día, como eructan los plebeyos.
Podrá en cambio pasar sin que lo anuncien
quien, aunque llegue inesperadamente,
siempre será bien recibido: el dulce
maestro de baile que modera y guía
225 tus pies según sus gustos. En la entrada
no traspase el umbral; quédese inmóvil,
bien erguido y, los hombros levantando,
contraiga el cuello cual tortuga, y a un tiempo
incline la barbilla, y con el ala
230 del sombrero de plumas roce el labio.
Igual de fácilmente acceder debe,
Señor, a tu aposento, aquel maestro
que con su voz flexible suaves cantos
a modular te inicia; o aquel que enseña
235 a hacer vibrar con arco experto cuerdas
armoniosas en hueco de madera.
Como broche final del exquisito
corro que te rodea, faltar no debe,

240 Señor, el preceptor del tierno idioma
que desde el Sena padre de las Gracias
recién llegado, con sus ambrosías
divinas consiguió endulzar los labios
de Italia disconforme con su lengua.
Ante el francés tirano, el italiano
245 pronúnciese truncado, y con arreglo
a inefable armonía de sobrehumanos
acentos nuevos, que produzcan odio
acrecentado contra quien osase
con labio impuro aún contaminarse
250 de la lengua de quien cantara antaño
en Vaucluse con llantos y loores
a la bella francesa, o al rey de Francia
su poema campestre dedicara
en Fontainebleau de cristalinas aguas.¹⁴
255 ¡Mezquinos labios, que templar no saben
con las gálicas gracias nuestro idioma
para que menos áspero resulte
a espíritus selectos, y asimismo
menos bárbaro a oídos delicados!
260 Entreténgate, pues, por la mañana
esta elegante alegre compañía
en la que nunca falta alguien dispuesto
a dejar satisfechos tus antojos,
oh Señor, en sus mínimos resquicios,
265 con cuentos agradables, mientras tomas
tu bebida caliente en sorbos lentos,
preguntándoles cuál de los cantantes
será premiado por sus actuaciones
la temporada próxima, y si es cierto
270 que vuelve a las escenas la taimada
Frines, la dama por la que arruinados
y desnudos al Támesis volvieron
tantos lores por ella enloquecidos;
o si es cierta la vuelta del famoso
275 Narciso bailarín que deja helados
corazones de amantes y maridos.¹⁵
Así pues, bien entrada la mañana

¹⁴ En estos versos recuerda Parini que en italiano Petrarca cantó a Laura (la bella francesa), y en italiano el poeta renacentista Luigi Alamanni compuso el poema *La coltivazione* dedicado al rey Francisco I, en Fontainebleau.

¹⁵ Con los nombres de Frines, famosa hetaira griega, y de Narciso, mítico joven enamorado de su propia hermosura, Parini se refiere genéricamente a una cortesana de postín que se aprovecha de los patrimonios de grandes lores ingleses (aludidos con la mención del Támesis) y a un bailarín que con su exhibición suscita los celos de los espectadores masculinos.

tras largas burlas en que desechado
queda el pudor hipócrita, y la esquivada
modestia que así llaman las matronas
280 estrechas y ceñudas; salgan ellos
despidiéndose, bien por tu mandato,
bien por su propia voluntad. Mañana
o pasado, tal vez a sus preceptos
285 podrás prestar oído, si es que queda
espacio para aquellos menesteres
en tus horas dichosas. A vuestra estirpe
divina el Cielo dio en mayor medida
que a los demás mortales, el meollo
290 del cerebro permeable, así que en breve
tiempo pudieran casi sin esfuerzo
en él quedar grabadas nuevas ciencias.
Concedióse, además, sólo a vosotros
tener tal movimiento y estructura
295 de sentidos, espíritus y nervios
que vuestra alma mil cosas diferentes
penetrar puede y concebir a un tiempo,
pero nunca confusas y mezcladas
las acoge en su mente, sino claras,
300 en su sitio ordenadas y dispuestas.
El pueblo llano, a quien le fue negado
desvelar los secretos venerables
de tu vida privada, mientras tanto,
conformarse sabrá con ver en torno
305 a tu palacio todo el traqueteo
de maestros artistas, y encantado
beberá boquiabierto tus sentencias.
Mas percibo que ya no te apetece
más tiempo estar echado entre las colchas
310 y en vano miman y acarician tibias
tu pereza sus lanas y blanduras;
en efecto, te esperan más gloriosas
tareas para las horas de tu día.
Ea vosotros, pues, siervos selectos,
315 puros y dignos de cumplir, al lado
de tan nobles señores, los mandatos
que se os encargan, ahora sí procede
a mi Aquiles divino, a mi Reinaldos

las armas preparar.¹⁶ En un instante
320 he aquí los camareros ya dispuestos
a tu ademán. ¡Qué esmero y qué trabajo!
Uno te viste con capa de seda
toda bordada de motivos chinos;
otro con pieles cálidas te abriga
325 hasta los pies, si la estación lo exige;
uno protege con faldones blancos
de lino, la eventual salpicadura,
cuando otro, con inclinación graciosa
del jarrón de cristal, sobre las manos
330 te echa perfume; el líquido sobrante
en pulcra bacinilla se recoge.
Te ofrece uno el jabón que expande aroma
de musgo alrededor; otro el molido
fruto del árbol que en Rodope ha sido
335 linda doncella, amante desdichada,
que, transformada en un almendro, sigue
Demofoón, Demofoón llamando.¹⁷
De esencias suaves la empapada esponja
destinada al cuidado de tus dientes
340 prepara un siervo, y otro el albayalde
que deja tus mejillas blanqueadas.
Pero no más sobre ti mismo; ahora
tiempo es de que dediques tus cuidados
a otro objeto de ti no menos digno.
345 Sabes que a compartir penas y glorias
de la ilustre jornada que te espera
a ti, joven Señor, destina el Cielo
compañera adecuada...¿Palideces?
No hay porqué, pues de boda no se trata:
350 si tal locura yo te aconsejara,
sería maestro rancio y trasnochado.
De tantas primorosas cualidades
no estarías tú dotado en cuerpo y alma
para que interrumpieras tu carrera
355 brillante, y justo en el mejor momento
dejando lo que con razón se llama
Dorada Juventud, te relegaras

¹⁶ Parini coloca a su "héroe", como acostumbra, en paralelo con los protagonistas de poemas épicos (Aquiles en la *Iliada*, y Reinaldos en los poemas renacentistas italianos *Orlando furioso* de Ariosto y *Jerusalén liberada* de Tasso).

¹⁷ Alude a Filis, que se suicidó en Ródope porque su amor por Demofoón no era correspondido, y fue transformada en almendro.

entre severos padres de familia
y te ataras con nudos aburridos
360 más y más cada día, hasta volverte
semental rudo de la raza humana.
No olvidaré además, por otra parte,
cuántas náuseas produce ese “marido”
al delicado estómago de quienes
365 sois moradores de feliz Esfera;
un término que en sí exaltar pretende
de manera ridícula, los nombres
severos de pudor, mantenimiento
cabal de la palabra dada; añejos
370 conceptos trasnochados y anticuados
propios de ingenuos crédulos abuelos.
Quién no provocaría forzosa bilis
en delicados pechos, si recuerda
en su conversación, los ordinarios
375 de su administrador balances, entre
vendimias y cosechas; y con afecto
recuerda a los maestros de sus niños;
ni se avergüenza de mezclar con tales
historias, los asuntos novedosos,
380 las nuevas expresiones a la moda,
los conceptos de freno vulgar libres:
en suma, lo que espíritus selectos
en su sublime conversar acogen.
Muera quien te aconseja casamiento.
385 Pero no quedarás sin compañera,
porque de entre las jóvenes esposas
fieles de otros, permite escoger una
la aristocracia de que formas parte
con galante ritual y más sagrado.
390 Pasó el tiempo en que, siendo Amor un niño,
quedó al cuidado de su hermano Himene,
porque temía su madre el gran peligro
de que pudiera el dios incauto y ciego
dejado solo, y a su libre antojo,
395 encaminarse por torcidas sendas,
y que el género humano, que ha nacido
para el dominio de la tierra entera,
inmaduro corriera hacia su ruina,
blanco de tiros indiscriminados
400 de un arquero sin guías y sin frenos.

Dejó Venus al hijo más travieso
al cuidado del otro, así diciendo:
“Hijos, id juntos; tú más poderosa
flecha dispararás, y tú más cauto
405 a cierta meta habrás de dirigirla”.
Así siempre en unión indisoluble
iban emparejados, y sus almas
reinaban juntas en estrecho nudo.
En prados, bosques, fuentes y collados
410 el Sol resplandeciente, siempre unidos
veía a cada pastor con su pastora;
y su hermana la Luna también juntos
los veía en el tálamo dichoso,
donde Himene y Amor, dioses hermanos,
415 entrambos a porfía, en abundancia
rosas y lirios iban esparciendo.
Sin embargo, ¿qué es lo que no consigue
si se enciende en las almas de los dioses
el deseo de poder más ambicioso?
420 Poco a poco, al Amor crecieron alas
y con ellas la fuerza, única ley
que los reinados rige; a vuelos cortos
atrevióse primero, pero luego,
afianzado en más largos recorridos,
425 alcanzó las alturas, sacudiendo
su cabeza y el arco; de tal modo
vibrar hizo el acero de las flechas
del carcaj que portaba, y dijo: “Solo,
solo quiero reinar”. Y hacia la madre
430 dirigiéndose, dijo: “Amor entonces,
que es el más poderoso de los dioses,
de Venus primogénito, ¿debiera
del hermano menor recibir leyes,
como su vil discípulo, o sirviente?
435 ¿No podrá, pues, Amor herir un alma
más de una sola vez, como me pide
hacer el melindroso de mi hermano?
Cuando un nudo haya atado, ¿consentido
no me será soltarlo a mi capricho,
440 o, si me place, atar un nudo nuevo?
¿Dejaré que mi hermano unte mis flechas
con sus unguentos, para que penetren
menos crueles y menos venenosas

445 en los pechos humanos? Si eso quieres,
quítame, pues, el arco de las manos,
y el carcaj con las flechas de la espalda;
¡Desnudo quede, pues, y desarmado
Cupido, cual desecho de los dioses!
Y si tú solo en mi lugar reinaras,
450 ¡qué vida tan feliz! Quisiera verte
cómo te esfuerzas, lastimosamente,
en procurar quitar hastío y fatiga
a las almas más tristes, con remedios
que consisten en hielo en vez de fuego!
455 Oh madre, ahora debes comprenderlo:
sé lo que valgo, y quiero reinar solo.
Entre nosotros, pues, reparte el mando
según tu gusto, para que contigo
quede yo en paz, y nunca más me vean
460 en compañía de Himene los humanos”.
No dijo más Amor; y parecía
esperar la respuesta de la diosa
con ademán de reto y amenaza.
Ella intentó aplacarlo, derramando
465 llantos y ruegos, pero todo en vano;
hablando a entrambos hijos, la contienda
acabada dejó de esta manera:
“Ya que no hay paz posible entre vosotros,
divídanse los reinos. Sean distintos
470 el tiempo y la tarea adjudicados
a cada uno de vosotros, para
que un hermano con otro no se junte.
Tú, que estás orgulloso de tus flechas,
y ningún freno admites, herir debes
475 los corazones, y reinar de día;
tú en cambio, coronado de apacibles
flores, junta los cuerpos, y de noche
reina exclusivamente, con la antorcha
del nudo conyugal símbolo ardiente”.
480 Así tuvo su origen, Señor mío,
el gentil rito que a los fríos maridos
concede las tinieblas y los castos
cuerpos de sus esposas, y a vosotros,
dichosa gente de más noble Esfera,
485 concede en cambio generosamente
los corazones de ellas, y el dominio

del día. Pero podrán vuestros derechos
ensanchar cualquier día sus confines,
si Amor sigue usurpando con su fuerza
490 nuevas provincias a su hermano Himene.
Mis consejos escucha, pues; conmigo
aprende los cuidados matutinos
para la dama que aquel día dichoso
por voluntad, o propia o del marido,
495 de acompañante te escogió, mediante
un escrito en presencia de testigos,
cuando legal y recíprocamente
los pactos sacros y las condiciones
del vínculo gentil se establecieron.
500 Ya la dama gentil sus bellos ojos
al nuevo día abrió; su pensamiento
primero fue dónde contigo iría
de velada esta noche, y seriamente
lo consultó con el esposo al lado
505 tras consentirle a él besar su mano.
Esta es la hora de que un fiel sirviente,
el más discreto de los tuyos, vuela,
Señor, a su palacio a preguntarle
si ha dormido tranquila por la noche
510 y si Morfeo fue pródigo con ella
de apacibles imágenes. Es cierto
que anoche la admiraste con el rostro
cual fresquísima rosa sonrojado
y como nunca esbelta y animada
515 bajar de tu carroza con un brinco
y, sonriendo con coquetería,
de tu mano solícita la ayuda
rechazar al subir los escalones
altos de la mansión de su marido.
520 Mas no por eso habrás de estar tranquilo
tu deber olvidando. Ah, ¡cuántos, cuántos
ruines trasgos en la noche oscura
aparecen llenando de peligros
la plácida quietud de los mortales!
525 Un perrillo podría, Dios no lo quiera,
de tu dama truncar los suaves sueños
y con ladridos súbitos, hacerla
acurrucarse por el sobresalto
repentino de susto espeluznante,

530 con el sudor helado rociando
su frente y la blandísima almohada.
Podría también el padre de los sueños
tristes y alegres, suscitar quimeras
horrorosas de imágenes confusas
535 mezcladas y cruzadas en su mente
con que en agitación y afán ansioso
intentara gritar, sin que pudiera
para dar voces despegar los labios.
A menudo, también para la dama,
540 la pérdida en el juego de dineros,
igual que para el caballero, causa
de largo insomnio puede ser; o acaso
la noble envidia de una amiga hermosa
cortejada por muchos, o los celos
545 pasajeros. Y por si fuera poco,
los maridos, eternos importunos,
que, las rancias costumbres en su mente
repassando, después de haber cedido
a otros el día, creyéndolo excesivo,
550 prefieren exigir estrictamente
los débitos nocturnos conyugales,
y ser tiranos en la oscura noche;
con malestar de las esposas castas
que con ello prevén que en pocos años
555 les será arrebatada la frescura
a su belleza en flor.¹⁸ Tú, Señor mío,
ya enterado de que el horror nocturno
suele exponer a tan penosos trances
a las damas, no seas rezagado
560 en preguntar noticias de la tuya.
Magnánimo Señor, tú hasta el momento
que el mensajero fiel esté de vuelta
no quedarás ocioso. En ese instante
el campesino honrado allá en tu finca
565 encallece su mano en el arado,
satisfecho de que con sus sudores
produzca para ti ricas carrozas
doradas y alimentos refinados.
Ahora un artesano habilidoso
570 trabaja para ti continuamente

¹⁸ Irónicamente Parini llama castas a las esposas que intentan negarse a los deseos del marido y evitar su exigencia forzosa del “débito conyugal”, origen de los numerosos y extenuantes embarazos, consecuencia muy frecuente en la época.

con hacha, con buril, cordel o aguja;
 y el sacerdote de la diosa Temis
 se desvive y pelea por tus negocios.
 No vas a faltar tú. Te está esperando
 575 tu “toilette”, gabinete donde puedes
 aumentar tus bellezas naturales
 con arte, de manera que, saliendo
 hoy a la calle, hacer puedas regalo
 de tu aspecto magnífico a la gente;
 580 y, compensado ya de sus fatigas,
 el mundo va a quedarte agradecido.
 Todo está preparado. Por un lado
 se oyen crepitar ardientes brasas
 que calientan descomunal panoplia
 585 de varias férreas pinzas destinadas
 a sujetar los indomables rizos
 de la frente. Soplando en ese fuego,
 con carrillos graciosamente hinchados,
 tropel de amores aletea invisible.
 590 En lindo juego un amorcillo de estos
 miedoso acerca la mano a una pinza
 para robarla; otro más atrevido
 la atrapa con un ala, y suspendida
 dejándola en el aire por la punta
 595 espera con cautela a ver el humo
 de pluma contraída o chamuscada;
 otro limpia su pinza sacudiendo
 el hollín y ceniza allí adheridos
 y la deja brillante y reluciente.
 600 Así ayudaban, bajo la sonrisa
 materna complaciente, los Amores
 al herrero Vulcano que ingenioso
 para el héroe latino hijo de Venus
 forjaba el yelmo a golpe de martillo
 605 en la fragua del Etna abrasadora.¹⁹
 Del otro lado Comos, dios de flores
 coronado, levanta con su mano
 rosada, los espléndidos brocados
 que cubren la mesita del aseo
 610 donde rico tesoro de productos
 de belleza variados queda expuesto.²⁰

¹⁹ Otro de los frecuentes símiles de Parini enlazando con la épica: así ocurría en la fragua de Vulcano, en la que el dios forjaba las armas de Eneas en presencia de Venus y de los cupidillos que le servían de ayudantes.

Allí elegantes frascos, y de cisnes
canoros plumas mórbidas, y efluvios
de perfumadas aguas, y colores
615 muy variados de polvos impalpables
que el cabello dorado del hermoso
Apolo imitan, o los cenicientos
reflejos del cabello de las Musas,
por sus sagrados hombros esparcido
620 en melena gentil, suave, ondulada.
Y si a un héroe tan noble le afectara
de recio viento un soplo repentino,
el frescor de sus labios resecaando,
para ellos aquí tiene un concentrado
625 de semillas de fría calabaza;
y si se nota paliducho, tiene
nuevo carmín, secreto de belleza
que otros héroes famosos desconocen.
Y cuando a un semidiós se le atreviera
630 un forúnculo osado a presentarse
en el rostro, tampoco faltaría
cantidad de lunares de variadas
formas para ocultarlo de momento,
y añadir atractivo a sus miradas
635 a las damas incautas dirigidas;
al igual que el guerrero que con furia
entra en el zafarrancho de combate
arrasando enemigos, orgulloso
de las vendas que cubren sus heridas.
640 Ya tres o cuatro veces, mientras tanto,
recorrió mi Señor rápidamente
el gabinete, con el desgredado
cabello aún cubriéndole los hombros,
cual Sibila de Cuma, horrible maga
645 poseída por numen poderoso²¹
cuando sus vaticinios pronunciaba.
Con este proceder, de su cabeza
evaporar dejó los anteriores
esparcidos unguentos fermentados
650 y aquellos polvos que irritar pudieran
su suave cutis, o aquejarle incluso
de terrible jaqueca interminable.

²⁰ Comos o Comus, divinidad menor asociada a los festejos, era el joven sátiro que sostenía la copa a Dionisio o Baco.

²¹ La sibila Cumana pronunciaba sus vaticinios poseída por el dios Apolo.

Helo aquí ahora, limpio y arropado
en cándidas toallas, y dispuesto
655 para afrontar sentado la tarea
más grave y enjundiosa de su día.
Vuela a su alrededor nube de efluvios
que de los tarros de pomadas varias
levanta un aura dulce y peregrina
660 que rozándolos va cual mariposa,
mojando en ellos sus ligeras alas;
y ante él está el espejo, que orgulloso
de reflejar imagen tan divina
parece, y de ayudar a la mirada
665 del Señor, explorando y analizando
tu obra de arte, excelso peluquero,
arquitecto voluble del cabello.
Tú debes preguntar antes de nada
al ínclito héroe, cuál olor prefiere
670 que le echés en el pelo, si alhelí
o azahar blanquecino, o violeta
o ámbar de los antiguos apreciado.
Mas si la esposa de otro a la que sirve
el Señor, se quejara de su propia
675 condición de casada, y del reciente
largo embarazo y parto que afearon
su figura gentil y casta, entonces
rechaza de una vez cualquier perfume,
pues harías peligrar más de una vida
680 cual bárbaro homicida. Sean entonces
sencillos tus perfumes, ni aplicarlos
oses, antes que sobre ellos decidan
del Señor tuyo y mío las narices.
Podrás después pasar el peine liso
685 y levemente con las púas romas
surcar la cabellera, para luego
valiente alborotarla, y del desorden
sublime y confusión artificiosa
recabar y crear volumen nuevo,
690 obra soberbia de tu mente excelsa.
Te he hablado brevemente; pero breve
no es tu trabajo; ni podrá acabado
quedar sin complicarse o interrumpirse
a veces por extraños avatares.
695 Si en el espejo miras, a menudo

verás a mi Señor mientras los labios
 se muerde impaciente, y se sonroja.
 A menudo también, si acierta menos
 tu mano diestra en el artificio,
 700 oirás el pataleo frecuente y raudo
 de su convulso pie en el pavimento,
 junto con las condenas y amenazas
 con voz entrecortada articuladas.
 También es de esperar que a caballero
 705 tan sublime lo veas agitarse
 a veces furioso, y ambas manos
 llevarse a la cabeza, y con las uñas
 en un instante destrozar el fruto
 de muchas horas de trabajo y arte.
 710 ¿Qué más diré? Si un día se te ocurriera
 Dios no quiera, adecuar los edificios
 de la cabeza a su semblante y rostro,
 sin acatar las leyes de la moda
 recién llegada aquí de Francia, ¡ah pobre!
 715 entonces, ¡qué atroz rayo pendería
 inexorable sobre tu cabeza!
 Ver entonces podrías al héroe erguido
 de pie, ira y despecho de sus ojos
 derramando, con mil imprecaciones
 720 rebajándose a usar infames voces
 y palabras vulgares para ofensa
 mayor de tu persona, y tus espaldas
 amenazar con el bastón, y todo
 poner patas arriba, echando al suelo
 725 espejos, peines, pinzas, todo a un tiempo.
 Del mismo modo cuando el bravo toro
 a punto de quedar sacrificado
 en el altar de Júpiter o de Isis,
 la diosa que cogió del Nilo el Falo,²²
 730 los nudos dobles quebrantó furioso
 y libre huyó, veíanse en el suelo
 vibrar trípodes, tazas, hachas, vendas
 y cuchillos de piedra, y las profundas
 bóvedas retumbar estremecidas,
 735 y por doquier fieles y sacerdotes

²² La ira del señor disconforme con el peinado de su peluquero es comparada con la furia de un toro que, al principio dócil al mando de los sacerdotes, al verse a punto de ser sacrificado en el altar de Júpiter o en el de Isis (la diosa egipcia que buscó en el Nilo el falo del marido Osiris, despedazado por su hermano Seth o Tifón), enfureció destrozando cuanto tenía alrededor. El símil está imitado de la *Eneida*, II, v. 220.

pálidos sustraerse a la embestida
del animal enfurecido, que antes
dócil ceñía de una floral corona
su cabeza, inclinando los dorados
740 cuernos al mando de los sacerdotes.
A pesar de ello, tú resistes fuerte;
y fortuna mejor, audaz espera,
más favorable para el peluquero.
En pecho noble el fuego de la ira
745 fuego es de paja; le has de ver muy pronto
amansado pedir que le perdones
y concederte ruegos y disculpas
que a nadie ofrecería, muy por encima
tratándote, de los demás mortales;
750 y entonces podrás tú seguramente
sacrificarle en aras de Amor Propio
sumo dios de los nobles, recibiendo
tu trabajo sobrada recompensa.
Ya, Señor, a ti vuelvo a dirigirme,
755 y te pido disculpas si mis versos
se desviaron para hablar un rato
a un mortal a quien tú ya te dignaste
revelar tus secretos. Sabes que este
cada día manda más en las cabezas
760 de los privilegiados, a su antojo;
y que hasta las matronas que rehúsan
desde la altura excelsa del carruaje
dignar de una mirada al pueblo llano
de a pie, le admiten ellas a menudo
765 en su agudo y festivo cotilleo
mientras entregan a su mano el cuello
hermoso de marfil, con su sonrisa,
y la abundante cabellera de oro.
Por lo tanto te ruego que mis versos
770 acojas, y que con benevolencia
de mí escuches el modo que agradables
vuelva las horas, mientras el creativo
peine trabaja dando a tus cabellos
forma graciosa, o al menos nunca vista.
775 Entre los artefactos que reúne
el arte que presume contenderle
a la naturaleza el gran orgullo
de hacer más seductora tu belleza,

780 a tu alcance se encuentra un elegante
 librito, que sin duda ha de atraerte
 con su encuadernación en tafíete
 proveniente de Siria o Mauritania,
 con adornos de oro delicados
 y de irisadas aguas, imitando
 785 los colores de un cuello de paloma;
 obra exquisita, refinada y rica
 de un encuadernador báltico o gallo.
 Tal vez entre sus páginas encuentres
 una serie de imágenes grabadas
 790 venusinas, que lo real superan
 en su lasciva sugerencia, haciendo
 que en ti despierte y viva nuevamente
 tu aletargado antojo de placeres.
 Tú el volumen con mano perezosa
 795 cógelo ahora, y abre entre bostezos
 al azar, o en la página marcada
 por la cinta de seda que señala.
 ¡Oh! de Francia escritor proteiforme,²³
 en exceso ensalzado o denostado
 800 que a paladares simples un eterno
 manjar con tus escritos proporcionas,
 presentado de forma novedosa,
 oh gran maestro de todos aquellos
 que fingen poseer una cultura,
 805 tú proporcionas estudios placenteros
 a mi Señor mediante tus poemas:
 el que trata de Juana de Arco, joven
 heroína de ingleses enemiga,
 más famoso que el titulado *Henriade*,
 810 la epopeya que competir pretende
 con la *Jerusalén* de Tasso en vano,
 gloria italiana, obstáculo invencible
 contra el que choca el Sena pretencioso.
 Y tú también, francesa cortesana,
 815 moderna Tais, Aspasia celebrada²⁴
 en mil obras escritas por los tuyos
 –los sabios de la Atenas de las Galias–

²³ Voltaire, escritor extremadamente versátil (proteiforme), autor de los poemas *La pucelle d'Orléans* y *La Henriade*, que pretendía superar el poema de Tasso *Gerusalemme liberata*.

²⁴ Anne de Lenclos, llamada Ninon (1620-1705), dama y escritora conocida por sus aventuras galantes, que reunió en su salón parisino a muchos artistas y literatos. Los nombres que le da Parini son de dos famosas cortesanas griegas.

tú también dicta a mi Señor preceptos
que alimenten sus nobles pensamientos;
820 tú, que cuando los tuyos expoliaron
a Italia el oro y las preciosas gemas,
asimismo envidiaste el torpe lodo
de obscenidad que otrora había manchado
a Boccaccio y al autor que hizo famoso
825 por su furia de amor al conde Orlando.²⁵
Los autores que estudias serán estos
y mil otros, señor, que en Francia enseñan
narraciones de esclavas seductoras,
sultanes con turbante, reyes persas
830 y las damas arábigas viajeras;
o bien dotaron de razón la raza
canina, y en el sofá sentarse hicieron
a los bárbaros; fiestas y convites
y alegres escenarios acogieron
835 a gallinas y enamoradas grullas.²⁶
¡Oh manjar digno de un alma sublime!
¡Oh mente clara y noble! Es más que justo
que la plebe se incline reverente
ante ti, como oráculo infalible.
840 ¿Quién osará en su corazón burlarse
de ti, Señor, cuando fundamentado
en tan serios estudios, te dispongas
a acusar la ignorancia de la gente
de tu país, y al pueblo inculto quieras
845 con tu clarividencia luminosa
disiparle la niebla de los ojos
tras muchos largos años de ceguera?
Quiera el cielo que nunca te distraiga
sobrevvenida ocupación que trunque
850 estos momentos tan preciosos, cuando
cultivas con igual primor tu ingenio
celeste, y tu dorada cabellera,
ambos con nuevo brillo esplendoroso.
Con todo, no se excluye que interrumpas
855 ese querido estudio al poco rato,
para ocuparte en otra cosa. Puede

²⁵ Parini se refiere a Ninon de Lenclos como seguidora de Boccaccio y de Ariosto, ambos considerados modelos de literatura erótica por el *Decamerón* y el *Orlando furioso* (“el conde Orlando”).

²⁶ Alude a escritores franceses que introdujeron la moda literaria del orientalismo, como Galland, traductor de las *Mil y una noches*, o Montesquieu, autor de las *Letras persanes*; y finalmente La Fontaine, famoso por sus fábulas de animales, también imitado en toda Europa.

ahora mismo llegar el quincallero
recién vuelto a su patria, que improvisa
cuentos de su invención halagadores
860 y prestigia con nombres extranjeros
mercancías que de aquí nunca salieron.
Crearás tú lo que dice, pues ¿quién quieres
que ante un igual que tú a mentir se atreva?
De ti dependerá que venda o cambie
865 mil detalles y adornos que la Moda
dejó vivir durante un día alojados
en bolsillos ilustres rebosantes
de fruslerías. Después se irá contento
con sus pingües ganancias, y gozando
870 en su interior, y lleno de desprecio
se hará mofa del sastre y el zapatero
que perdieron clientela y que reniegan,
blasfemando, de sus vueltas y andanzas
y de desperdiciar tiempo y trabajo;
875 y les dirá: “Tenéis lo merecido
por haber sido demasiado fieles
de la Necesidad siervos, antaño
madre y dueña de oficios, que se ha vuelto
despreciable y andrajosa en nuestros tiempos.
880 Oh, pobres miserables artesanos,
mejor suerte os trajera la obediencia
a quien con ella en lucha, poderoso
vencedor atractivo quedaría;
al Lujo me refiero, que hoy en día
885 desde su rica cornucopia puede
sólo él, sobre las artes que le sirven
en pleitesía, derramar aplausos
y ricos premios nunca ambicionados.
También está al llegar sobre estas horas
890 de las hermosas el miniaturista,
de la corte de Venus empleado,
delicado encargado de negocios,
de la diosa amorosa fiel ministro.
Tú con ansia recíbelo impaciente,
895 estimulándolo a que se apresure,
o a entregarte el marfil tan deseado
en el que está grabada hermosa forma
en rico camafeo; o bien se trate
de miniatura en que el pincel amable

900 reproducza el semblante de tu rostro
sublime y noble, para que en él beba
tácitamente, no pudiendo verte,
la amada esposa ajena pudorosa,
o bien que de ella misma reproduzca
905 del natural el rostro o, si prefieres,
el desnudo de hermosa clandestina
que a tu vista se ofrece generosa.
Mañana ya la imagen conseguida
pondrás en medallón acristalado
910 al lado de otra tuya, con objeto
de comparar sendas bellezas; puede
también que la sustraigas a miradas
de envidia, dentro de una tabaquera
sagaz cómplice tuya; o bien reluzca
915 entre gemas y oro en tu meñique,
o recuerde las gracias de tu rostro
suaves, si está engastada en la pulsera
de esposa ajena fiel que a ti te aprecia.
A tu vista se ofrece, en cualquier caso,
920 acabada la obra. Observa atento
si con la realidad se corresponde
el retrato, y acaso más severo
juzga, si es tu semblante lo que expresan
las formas y colores de tal arte.
925 ¡Qué de defectos podrás tú encontrarle!
Vas a encontrar tal vez un poco oscura
la tez de las mejillas; o tal vez grande
la boca; o la nariz roma en exceso
propia de un africano. Y considera
930 la conveniencia de acusar la falta
de atrevimiento del pintor, que a veces
no ha insistido en el ágil movimiento
del cuerpo, ni en la dignidad del busto;
o bien que con descuido de las normas
935 tu imagen configure, en la que fallen
contorno, compostura, o drapeado.
Careces de cualquier conocimiento
de escuelas de pintura; ni siquiera
oíste hablar de la del crotonense;²⁷
940 tampoco al ejercicio del dibujo
se rebajó tu mano, que apreciado

²⁷ El pintor griego Zeuxis, que realizó gran parte de sus obras en Crotona.

en otro tiempo fue por tus iguales,
los que no habían probado todavía
actividades más dulces y nobles
945 para ti reservadas. ¿Qué no puede
el Gusto superior a toda ciencia
que en lugar de maestro a vuestra clase
concedió el Cielo, en vuestras mentes nobles
arraigándolo, para que pudieran
950 dejar atrás las nieblas y pantanos
donde residen los ingenios legos,
y desde sus alturas, infalibles
escoger la verdad y la belleza?
Denigra o loa, pues, según tu antojo
955 cualquier pintura, como si juzgaras
a Rafael, en cátedra sentado,
o a aquél excelso que honra con su nombre
la ciudad del Adigio;²⁸ y con aplomo
cuadros desconocidos atribuye
960 a nombres conocidos de maestros
que fueron los primeros en su arte.
¡Ah! Si ante ello procaz alguien se atreve
a reírse de ti, que tema entonces
la augusta majestad de tu mirada,
965 de cara a la pared para evitarla,
y al tiempo que, mordiéndose los labios,
está tratando de frenar en vano
el estallar de inoportuna risa
que le brota de dentro, sobre él caigan
970 convulsiones violentas que su rostro
deformen, y tos áspera lo ahogue
en castigo por ser tan temerario.
Mas que de ti a mofarse alguien se atreva
jamás has de pensar, y sin dudarlo
975 impertérrito sigue con tus juicios.
Pero por fin se terminó la obra
del docto peine; ahora está esparciendo
alrededor de ti tu peluquero
con toques sabios de su experta mano
980 una nube de polvo que encanezca
antes de la vejez tu cabellera.
En la corte de Amor una disputa
horrible se ha entablado a grandes gritos.

²⁸ El pintor Paolo Caliari, de Verona (la “ciudad del Adigio”) fue conocido como El Veronés.

Osaron los ancianos arrugados
985 y lentos, contender la primacía
a los jóvenes nietos ante el trono
de Amor que sobre todos señorea.
La juventud desenfadada y fresca
se rio libremente, y atrevida
990 hirió con sorna la senil pujanza.
Hízose gran tumulto; Amor empero
que odia hacer diferencias en su corte
intervino a apagar las encendidas
riñas con singular stratagemas.
995 A los que encanecieron militando
como sus siervos, enseñó con arte
a simular las flores coloradas
que la naturaleza por sí misma
pone y conserva en rostros juveniles;
1000 y al instante, volando a su mandato,
fueron vistos millares de ministros
alados que llegaron a lo alto,
desde donde sus plumas sacudieron
y dejaron caer cándidos polvos
1005 que ligeros vinieron a posarse
sobre cabezas jóvenes, volviendo
cano al rubio, al moreno y al pelirrojo
que a nadie gusta. Así que en el palacio
de Amor, reconocer no pudo el ojo
1010 las edades; y para distinguirlas
tan sólo el tacto fue capacitado.
Por lo tanto, Señor, tú que del reino
venusino eres honra, prez y gloria,
conserva sus costumbres consagradas.
1015 He aquí que en receptáculo pequeño,
esparcido por mano generosa
el polvo blanco lucha con el aire,
y su uniforme difusión lo llena
de sus átomos todo. Belicoso
1020 tú en el vórtice de esa espesa niebla
échate con coraje. Oh, ¡qué valiente!
Así de audaz sería tu antepasado
al arrojarse sobre el humo y fuego
de Marte horrible, cuando furibundo
1025 defendió de su patria y su familia

los Lares,²⁹ impulsando al enemigo
derrotado a la fuga. Y con el rostro
tiznado y sucio de sudor y sangre,
y el pelo desgredado y desgarrado,
1030 de la pugna salió, con el asombro
de los que así se vieron defendidos;
tú en cambio, sin comparación más lindo,
y agraciado a la vista, en blanco aspecto
bajarás pronto a embelesar los ojos
1035 de tu patria querida, destinada
a ser salvada por el fuerte brazo
del abuelo, a la par que por el rostro
noble y preclaro de su descendiente.
Impaciente te espera aquella patria
1040 ansiosa lamentando tu retraso,
y las horas, mil años le parecen.
Ya atender debes a tus camareros
solícitos que portan a tu vera
ricos trajes de calle, provenientes
1045 de textiles del Ródano y del Sena
confeccionados por un sastre caro
en cuya insignia luce, entre tijeras
título de “Monsieur” entrelazado.
Grande es la variedad de los tejidos
1050 y no solo según las estaciones;
la confección y los detalles todos
varían según lo pida el día y la hora.
Acude, flor y nata de los héroes;
siéntate serio frente a los espejos
1055 claros en semicírculo dispuestos
y escucha sus sentencias, como suele
un rey ante una grave coyuntura
en torno al trono convocar prolijo
concilio de los sátrapas que ostentan
1060 sabiduría en sus frentes calvas.
A la altura del pie muestra un espejo
cómo elevarse deban por las piernas
las medias ajustadas sin arrugas;
otro refleja el rostro, otro el peinado
1065 por detrás observado; en direcciones
distintas de ida y vuelta, al mismo tiempo,
la luz exponga al fin todo el conjunto,

²⁹ Los Lares de la mitología romana eran dioses menores protectores del hogar.

como queda ante el juicio de tu vista.
En torno tuyo suden mientras tanto
1070 los siervos; de ellos uno, de rodillas
en el suelo, te apriete el pie cerrado
en el zapato con brillante hebilla;
otro recoja en redecilla negra
tesoros de la rubia cabellera
1075 que rebelde a la sujeción de lazos
ondea sobre tu espalda libremente;
otro esté desplegando ante tus ojos
espléndidos ropajes perfumados.
¡Joven afortunado, a quien la Moda
1080 tal cantidad de adornos y detalles
le preparó en canastos floreados
revestidos por dentro en seda roja!
De uno de éstos a ti te hizo regalo
ella ayer mismo. Una noche entera
1085 cien agujas por ti se fatigaron
y en las silentes casas retumbaron
los golpes de las planchas; no fue inútil,
desde el momento en que va a ser posible
en la alta sociedad enorgullecerte
1090 de nuevo fasto entre envidioso asombro
de tus iguales, cuando te paseas,
como un dios entre chismes susurrados.
Diosas hermanas hijas de Memoria,
íclitas Musas invocadas siempre
1095 por los sumos autores que cantaron
a Eneas, a Aquiles, al sin par Gofredo
para inmortalizar en sus poemas
fieros nombres de héroes y escuadrones,
ahora os necesito, pues empresa
1100 ardua sería para mi humilde pluma,
e insuperable sin la ayuda vuestra,
recordarle al Señor los accesorios
elegantes que ha de llevar su atuendo
antes que a presumir salga a la calle.
1105 Entre tantos graciosas fruslerías
¿cuál ha de ser privilegiada, para
que antes que otra ninguna se incorpore
de mi Señor al noble equipamiento?
Todas son importantes. El estuche
1110 de primorosa piel grabada en oro

en lugar especial y destacado
a tu disposición quede a la vista;
presume de mil usos, y contiene
familia numerosa y reluciente
1115 de objetos destinados al aseo
de orejas, dientes, uñas y cabello.
Con él disputa por la primacía
de agua olorosa un frasco cristalino
que ha de salvar tu vida que pelagra
1120 cuando la plebe, demasiado cerca,
de su cuerpo soez puede que emane
efluvios fastidiosos a tu olfato.
Con la misma función, a mano queda
un saquito con forma de almohadilla
1125 de tela rosa, a rebosar de aromas
de las hierbas que el soleado monte
ha criado y secado en tu provecho.
Precioso tarro de cristal de roca
deja transparentar nuevo producto
1130 que a las esencias que estimulan, une
el ámbar, o aquel polvo perfumado
que se importa de tierras japonesas
para el etéreo aliento de los nobles;
o el opio, leche que los Garamantes³⁰
1135 obtienen practicando en sus cultivos
incisiones en la cabeza herida
de la amapola, para que, si acaso
un amor desdichado te entristece
el alma, el opio penetrando suave
1140 por tus miembros aplaque tus impulsos
induciendo tu mente a una torpeza
dulce y leve, poblada de mil sueños
e imágenes conforme a tu deseo.
Añádase a ese equipo el catalejo
1145 y el monóculo inglés montado en oro.
Préstente aquellos el favor de noche,
cuando, sentado en el teatro, quieras
acercar a tu vista pies esbeltos
y labios de cantantes, si la escena
1150 queda lejos, o quieras con malignas
miradas espiar desde los palcos
a oscuras las personas, o prefieras

³⁰ Antiguo pueblo que aquí se considera entre los primeros productores de opio.

observar el vaivén de los amores
que renacen y mueren cada día
1155 en tiernas damas, para poder luego
al día siguiente disponer de grave
y enjundiosa materia al comentario
de tu elocuencia. Sea diurna, en cambio,
la ayuda del monóculo, encargado
1160 de administrar tus ínclitas miradas,
distribuidas para que el mirado
se enorgullezca, y jamás te acusen
aquellos que fingiste no haber visto.
Apoyado en la ceja, también sirva
1165 a condenar, cual juez irrefutable,
(o a aprobarlos), los cuadros de Ticiano
o los arcos y muros del Palladio;
a celebrar o a despreciar, severo
proceda, bien de rostros femeninos,
1170 de ropa, o libros trátase. El sentido
común ¿a quién le faltará hasta el punto
que entre en contradicción con la sentencia
que dicta tu monóculo? Tampoco
despreciarás, Señor, junto al espejo
1175 el periódico nuevo redactado
en la gálica lengua, ni el diario
en cuya finas páginas ebúrneas
anotas tus sublimes pensamientos
allí guardados hasta que mañana
1180 vean la luz entre almas cultivadas.
No olvides la pequeña faltriquera
que a tu disposición pone los miles
de alfileres de plata; oh, ¡cuántas veces
he visto que las manos en apuros
1185 de un sagaz caballero, se alegraban
por la ayuda oportuna de alfileres,
aunque encontraran uno solo a tiempo!
¿Olvidarás acaso la navaja
de filo doble, hecha de acero y oro,
1190 y de mango precioso cuyo nácar
que es madre de la perla de los mares
imita al arco iris variopinto
en sus dulces matices de colores?
¿La dejarás a un lado con descuido?
1195 Llegará pronto el tiempo de lucirla

en convites soberbios donde fama
tendrás de eximio trinchador, jaleado
por tus iguales exaltados, cuando
con el trinchante en alto levantado
1200 de un solo golpe arrancarás el anca
del pollo o del faisán perfectamente.
¿Qué queda sin mentar de los objetos
ilustres que te ocupan los bolsillos?
He aquí dos tabaqueras, una de oro
1205 refinado, de noble carey otra,
con motivos eróticos que atraen
las miradas del héroe: allí se guarda
exquisita abundancia de oloroso
sutil rapé español, para que aleje
1210 de ti el sobrevenido aburrimiento
como se aleja un fastidioso insecto.
Reluce el vivo brillo de sortijas
de rodear tus dedos deseosas.
¿Quieres el camafeo que las Gracias
1215 desnudas representa en su relieve
que un judío te vendió como obra griega
por altísimo precio, permitiendo
que así el ilustre nombre de erudito
compartieras con él, con halagarte
1220 y postrarse a tus pies? ¿quieres acaso
los alegres rubíes? ¿O prefieres
hoy escoger ese índico diamante
al que sacrificaste, por el lujo
atraído, el trabajo de cien bueyes
1225 que con sudor y con fatiga otrora
araban campos tuyos de labranza
produciendo a su paso pingües rentas?
De los anillos escoge uno, o todos,
pero que se te vea siempre puesto
1230 el aro de oro que grabadas lleva
en círculo palabras amorosas
y te oprima un poquito en el meñique
y te haga recordar continuamente
la fiel esposa ajena que te aprecia.
1235 Finalmente, que vengan dos relojes
de gemas adornados, donde puedas
controlar la hora exacta estrictamente
de tus altas tareas. Ah, ¡qué hermoso

arsenal de pequeños artefactos
1240 de ellos cuelga, y en conjunto percutido
con tintineo suavísimo resuena!
¿Dónde está lo mejor? Bien lo guardaste
previniendo discreto mis consejos.
Tras un cristal cerrada resplandece
1245 la dulce prenda de un amor dichoso:
profanos, alejaos, que en tal secreto
a vosotros entrar no se os permite.
Cumpliste ya con una gran tarea.
En torno tuyo oyes, Señor, el ruido
1250 de los cascos de rápidos corceles
que el animoso auriga en grandes patios
hace avanzar, retroceder, voltea
con disciplina. En lo que a ti respecta,
felices y orgullosos a los brutos
1255 harás, honrados por tu noble carga.
Mas no podrá un señor muy poderoso
bajar al patio desde noble planta
antes de que el cochero haya aguantado
de calor o de hielo largas horas,
1260 para que entienda el siervo qué distancia
inmensa estableció naturaleza
entre él y su señor. Con mis preceptos
sigo ya mismo; dije que variadas
según la variación de cada día
1265 deben ser tus tareas de la mañana.
Mientras tanto podrás entretenerte
dulcemente agitando los graciosos
colgantes del reloj entre tus dedos
con sosiego. Nada hay más apreciado
1270 que tu salud, Señor; para nosotros
los mortales, tesoro imprescindible
será siempre la vida de los nobles.
Hace falta que alguna vez alivies
tus egregios afanes, y con mano
1275 piadosa puedas destensar el arco
tendido largo tiempo. Por lo tanto,
tú sal andando; vigoriza y suelta
las articulaciones perezosas
al aire saludable, cuando surge
1280 la plácida mañana sonriente
de un hermoso sereno revestida.

Calcen tus piernas los botines rojos
de cuero fino, para que no queden
profanados tus pies por ese polvo
1285 y barro que los otros hombres pisan.
Con elegancia envuelva tu persona
ligero atuendo abierto por un lado
que al andar libre ondea, y las mangas
ceñidas que los brazos aprisionan,
1290 acabadas serán por unos puños
de finísimo paño azul o rojo.
Y también ceñirá tu cuello esbelto
voluminoso echarpe de preciosa
seda oriental de un blanco inmaculado,
1295 o del color que el sol da al heliotropo.
Y el pelo...mas, Señor, qué digo, el pelo
no tendrá aún la forma que le diera
la sabia mano de tu peluquero,
pues demasiado grave error sería
1300 a merced de la brisa y libre al aire
dejar la obra perfecta del artista.
Tampoco podrá el pelo con descuido
caer sobre los hombros; bien sea pelo
que la naturaleza te ha otorgado
1305 o sustraído de desconocidas
cabelleras por ese peluquero
que lo adaptó con arte a tu cabeza;
en cualquier caso, quede recogido,
sujeto con peinetas de carey.
1310 Cúbrate la cabeza un sombrero ancho
como el disco solar, para que oculte
tu ser divino ante profanas vistas.
Luego, después de que hayas terminado
de ornar con artificio negligente
1315 tus bellos miembros, sal entonces solo
a respirar los aires matutinos,
un ligero bastón blandiendo, y pasa
las calles arrasando como un rayo,
atropella y empuja aquella plebe
1320 que se opone a tu paso. De otra guisa
no deberás salir, porque los héroes
no se distinguirían de los plebeyos.
Te espera ya de cartas la escritura
en una serie que va dirigida

1325 a Ámsterdam, a Liorna o a Venecia,
a Ginebra o Lyon: destinatario
será el librero ahora enriquecido
con libros que de Momo y Venus tratan,³¹
o aquel, más influyente todavía,
1330 empresario teatral que facilita
que por tu oficio una muchacha fácil
su virtud venda, y obtenga por su canto
inesperado galardón. ¡Oh diosa
Beneficencia, prez y honra primera
1335 que a mérito y virtud tiendes la mano!
Tú a los ricos y grandes enalteces
por encima del vulgo, y los agregas
al concilio de los eternos dioses.
Un día determinado, o tal vez unas
1340 horas de cada día son destinadas
a la labor de la flexible lama
que en tus mejillas siega aquellos pelos
apenas rebrotados, y parece
envidiosa de que otros vean tu barba,
1345 pues tiene a orgullo el ser la indagadora
y gran descubridora de tu sexo.
A ello añade el día en que procede
que todos tus hermosos miembros limpies
con un baño total. Si bien es cierto
1350 que dudarás de ser mortal entonces,
tú enaltece tu mente a los honores
antiguos y mezclados con tu sangre
durante siglos, y el principio absurdo
de que los hombres todos sean iguales
1355 verás desvanecer, como en el aire
la niebla ante la gloria de los rayos
solares, y de ti tan orgulloso
resurgirás cual semidiós otrora
que a sí solo se encuentra parecido.
1360 Así las Hadas cada cuatro días
se dice que veían su inmortal cuerpo
cubrirse de escamosa horrible sarna
y reptar por el suelo, convertidas
en serpientes dañinas, sacudiendo
1365 con furor sus tortuosas espirales;
pero el Naciente Sol del quinto día

³¹ Momo, dios de la burla, y Venus: literatura jocosa y erótica.

las veía de nuevo más hermosas
embelesar a los amantes, dueñas
a su antojo de tierras y de mares
1370 al menor gesto suyo obedientes.
Pero el auriga renegó bastante
de tus nobles retrasos, y bastante
arañaron el suelo los caballos
con sus pezuñas. Ya llegó el momento
1375 de que tú, gentil siervo, al señorito
rápidamente lleses el sombrero
adornado de cintas llamativas;
y a la par tú, de Marte genio fiero,
protector de las ínclitas personas
1380 de su divina estirpe, en el costado
de mi héroe colocarás la espada;
no ha de ser corta ni ligera; al suelo
como mandan los tiempos belicosos,
ha de llegar; bien afilados sean
1385 los lados y la punta de la lama;
y enorme empuñadura la sostenga.
Quede ceñida arriba, de manera
que pueda utilizarla, si es preciso,
de mi Señor la mano furibunda
1390 en un instante, sin que deje luego,
con los dedos aún ensangrentados,
de componer y colocar la cinta
que embellece la hermosa empuñadura.
Es producto de las habilidades
1395 de las cándidas manos que la hicieron:
se la colgó a la espada de regalo
la fiel esposa ajena que le aprecia.
Así en la corte del famoso Arturo
las doncellas que amor hacía atrevidas
1400 lazos y cintas rojas regalaban
a los guerreros encantados. Luego
corrían ellos contentos al encuentro
de un peligro mortal, entre gigantes
y monstruos en las selvas espantosas.
1405 Invencible campeón, tú también vuelve
tus pasos generosos al banquete
donde impaciente bostezando espera
junto a la hermosa el escogido grupo
de nobles tus iguales. Y saliendo

1410 de tu mansión, admirarás con gozo
la soberbia extensión de los salones
que en el pasar recorres. Ya llegamos
al último, y podrás fijar la vista
en los cuadros antiguos que colgados
1415 en las paredes muestran los retratos
de tus antepasados, que revelan
sus gestos y ademanes. El que envuelto
en traje de piel de ante, cuyos hombros
anchos ocupa aquella gran gorguera,
1420 fue inventor de artefactos militares,
de fortificaciones arquitecto,
y dominando el mar desde altas torres
rechazó a los piratas, y a sus costas
tórridas devolvió a los africanos
1425 depredadores. ¿Ves a aquel enjuto
al que el cabello baja de la nuca
ralo y canoso, y al otro gordezuelo
de bigotes y barba en los mofletes?
Ambos se adornan de una insigne toga
1430 larga hasta el suelo; el uno consagrado
a Temis, como oráculo brindaba
sus sentencias en grandes ateneos
a los jóvenes que peregrinaban
para oírle; de padres de la patria
1435 del senado formó parte, y las leyes
recopiló dispersas, informando
de ellas al mundo con sus sabios libros.
En cuanto al otro, consagrado a Igea,
aun habla de él un sabio centenario
1440 lo que oyó de nonagenarios padres:
cómo sobre la plebe desdichada
salud y beneficios derramara,
médico insigne cual su numen Febo.³²
Mira a ese gran ancestro con peluca
1445 enorme sobre la espaciosa frente
con un sencillo traje jalonado
de pequeños botones. ¿Te da risa?
Para su patria abrió nuevos estudios,
a los pobres dio ayudas vitalicias,
1450 a la ciudad calles y lonjas, y agua

³² Temis e Igea, personificaciones de la Justicia y de la Salud. Por otra parte Febo (el sol) tenía, entre otros atributos, el de ser protector de la medicina.

potable y pura trajo de lejanos
manantiales, para que brotara
en medio de los cruces y las plazas
con su chorro jocoso refrescando
1455 el verano que tantas epidemias
trae a la población. Oh, icómo debes
de legítimo orgullo ante él llenarte,
oh magnánimo joven! ¿Estoy loco?
¿A quién hablo? Dejó ya de escucharme
1460 mi Señor; pues aquellas cataduras
odió en seguida su gentil mirada
y le entró soberano aburrimiento
de esa decrepitud de historias rancias.
Ya se apresura por las escaleras
1465 impaciente bajando. Adiós, delicia
de tu estirpe y de todos los humanos,
adiós, sostén y gloria de tu patria!
Tus siervos en dos grupos divididos
te reciben humildes. Uno de ellos
1470 corriendo va para anunciar al mundo
que vienes a alegrarlo; otro prudente
te sostiene los brazos mientras subes
al dorado carruaje, y grave y serio
de costado te tumbas en silencio.
1475 Oh plebe, apártate, cediendo el paso
al trono en que se sienta majestuoso
mi Señor; ¡ay de ti pobre, si pierde
uno de sus instantes más preciados
por causa tuya! teme a su cochero
1480 rebelde a los edictos y a las leyes
que regulan la vía; teme las ruedas
que antaño ya tus miembros en su giro
atropellaron; de tu sangre impura
salpicadas, siguieron su carrera,
1485 un reguero detrás de sí dejando
–miserable espectáculo– en la calle.

SEGUNDA PARTE
EL MEDIODÍA

Cual humilde cantor, también me atrevo,
llegado el mediodía, a introducirme
entre ilustres banquetes, pues me anima
sobrado el interés por tu persona,
5 Señor, a quien espero ver un día
maestro de modales elegantes
de la joven nobleza que honra a Italia.
Así entre copas de reales vinos
con que espléndidamente agasajaba
10 a su huésped la reina de Cartago,
el melenudo Yopas entonaba
sus cantos, mientras ella fijamente
mirando el rostro del desconocido
en sus bellas facciones, olvidaba
15 las del difunto mísero marido.
Así también, cuando a Neptuno en vano
el regreso de Ulises imploraba
Ítaca de su dueño despojada,
en la corte al cantor Femio se oía
20 con su cítara y versos alegrando
el banquete de aquella muchedumbre
de pretendientes a los que atraían
pingües rebaños del ausente Ulises,
y vinos de las tierras pedregosas
25 y la consorte de gran hermosura.³³
A mi cantar presta tu oído amigo,
joven Señor, ahora que mis versos
te guían al banquete, entre nuevas
Elisas, y entre nuevos pretendientes
30 y esposas cual Penélope fieles.
Ya el sol superó el cénit en el cielo
y gira hacia occidente; y aquella plebe
ínfima, por el tiempo esclavizada,
sale de nuevo del hogar y llena
35 las calles hacia oriente ensombrecidas.

³³ Parini se compara con famosos cantores de los poemas épicos clásicos como Yopas, de la corte de Dido y Femio, de la corte de Ulises, evocando sendas escenas de la *Eneida* y de la *Odisea*.

Tú eres dueño absoluto de tu tiempo;
de nadie eres esclavo, eres el amo;
éste es tu mediodía, divina prenda.
Con su espejo dejó de aconsejarse
40 por fin tu Dama, que más de cien veces
pedido y rechazado ha los adornos
de última moda, y ya más de cien veces
cambió la suerte a sus doncellas, siempre
cuitadas, alternando los reproches
45 en el trato y los mimos; a sí misma
se disgustó y gustó lo que convino;
y discurrió las veces que hizo falta
consigo misma, y con sus galanes.
La dispersión de tantos complementos
50 de su atuendo, ya queda recogida
por la más fiel doncella, sabedora
de todos los secretos de la Dama;
la cómoda o “coqueta” que los guarda,
cual altar que tutela su belleza,
55 con ligero cendal está cubierta;
y un poco separada, una graciosa
butaquita sagrada, mimosilla
acoge blandamente su persona.
En corro alrededor de ella, unos cuantos
60 jóvenes héroes van rememorando
amoríos ajenos, cuando acaso
en otra parte alrededor de otra
los amoríos vuestros, otros pocos
jóvenes héroes van rememorando.
65 A su gracejo airoso se sonríe
con gran sosiego su gentil marido,
o si en algo se enfada, suele hacerlo
disgustado por tu largo retraso.
Pero no has de tener contemplaciones
70 hoy con él, mi Señor; si se ha portado
cual plebeyo servil de alma bellaca,
no despreciando el nombre de marido,
se merece sentir, igual que el pueblo,
el azote del hambre, producida
75 por gástricos estomacales jugos
largo tiempo inactivos, y por ello
ansiosos de alimento. O si es posible
que un marido no se haya envilecido

totalmente, guardando alguna traza
80 de generosidad en su alma, entonces
sus pies dirija a otro banquete, y quede
sentado al lado de otra hermosa dama,
cuyo marido esté comiendo en otro,
lejos, sentado al lado de otra dama
85 cuyo esposo está lejos, y así anillos
nuevos añada a la cadena inmensa
con la que Amor las almas atar suele
en juego alterno. Tú, señor, penetra,
en cualquier caso, firme y con aplomo
90 en las internas cámaras; y el ruido
ya conocido de tus pies, precede
y anuncia tu presencia en el bufete.
Topas con el marido. En un instante
de tu Dama la mano presurosa
95 abandona la mano del esposo
con astucia, a la vez que una sonrisa
su hermoso labio te depara. Queda
atrás, conocedor de sus derechos,
cada cual, y procura consolarse
100 abrigando esperanzas realizables,
mientras te cede el sitio tan dichoso,
desocupado y libre. Te pareces
al Moro que solemne hace su entrada,
para a su esposa ardiente hacer dichosa,
105 en el harén, adonde custodiada
por celoso recinto amurallado
queda la flor de exóticas bellezas
provenientes de Armenia, del Egeo,
de Ispahán y de Constantinopla,
110 de Tartaria y del reino de Circasos
para goce y delicia de un solo hombre.
Cimbread a su paso majestuoso
los anchos hombros y las ricas vendas
del turbante de la cabeza erguida;
115 y la intensa mirada abarca todo
el entorno con voluntad de mando;
a su llegada, le hacen reverencias
y se apartan humildes los guardianes
afeminados que el señor desprecia
120 sonriendo con desdén desde su altura.
Ahora manda, señor, que todas juntas

aquí acudan tus gracias, con objeto
de que en presencia de la Dama muestres
el nivel superior de tu elegancia.
125 Bajo el corto jubón la mano izquierda
quede oculta al costado, y la derecha
cerca del corazón se esconda, encima
del finísimo encaje en blanco lino:
sáquese el pecho afuera, altos los hombros,
130 inclinando hacia ella el dúctil cuello,
cierra la comisura de los labios
dando a la boca forma circunfleja,
de la cual, así puesta, salir pueda
cierto murmullo casi incomprensible.
135 ¿Qué defensa podrá oponer la dama
a tantas de belleza armas potentes?
He aquí que ya te tiende aquella hermosa
la derecha desnuda; no lo dudes,
tómala, y con suave negligencia
140 acércala a tus labios como tuya,
y deposita en los marfiles tibios
un beso doble. Siéntate a su lado
mientras tanto, y con una mano arrastra
más cerca de ella el silloncito. Callen
145 los demás todos; sólo tú, un poquito
inclinado hacia ella, palabritas
que nadie oye, musítale al oído,
acorde con recíprocas sonrisas
y el brillo de miradas deseosas
150 que amor demuestra, o al menos lo simula.
Mas no olvides, señor, que perjudica
una tranquilidad larga e insistente
en asuntos de amor. Es peligrosa
la calma en el océano: cuántas veces
155 desde la proa inmóvil de su barco
el piloto ha invocado la tormenta,
y un socorro tan cruel también negado
le fue; languideciendo cayó al suelo,
entre los tripulantes inactivos,
160 de hambre y sed aquejado, extenuado
y agobiado en el pecho por el aire
maligno, enrarecido y putrefacto.
Por lo tanto, recuérdale los hechos
de la pasada noche, y alusiones

165 provocativas debes dirigirle
cargadas de sentido doble y llenas
de malicia: o bien porque fue vista
acoger al francés recién llegado
con insólito rostro de embeleso
170 y esperar con los labios semiabiertos
como concha marina, ese rocío
suavísimo de acentos novedosos,
o bien de palco en palco, acompañando
con la mirada llena de deseo
175 al oficial apuesto que, de Marte
fiel seguidor, es ídolo constante
de culto femenino, coronado
de triunfales laureles militares
y de mirto frondoso sacro a Venus.
180 Entonces, inocente o bien culpable,
desprevenida cubrirá su frente
la hermosa Dama, de una nubecilla
de auténtico desdén, o de fingido,
y los cándidos hombros sacudiendo
185 ligeramente, morderá su labio
inferior, conversando de otras cosas,
volviéndose hacia otros caballeros
que escuchan sus palabras extasiados.
Tal vez también rechace la aspereza
190 de tus reproches con rememorar
una por una las furtivas citas
en mansiones, carrozas y balcones
de esposas conocidas de muy ricos
ciudadanos del pueblo, a las que acuden
195 sin reparo ninguno ni temores
los caballeros nobles, si se trata
de bajar hacia sendas placenteras.
Dichoso tú, si puedes conducirla
al banquete, aunque triste y melindrosa,
200 y allí tan sólo a persuadirla llegues
a moderar su náusea y repugnancia
hacia cualquiera de los alimentos.
Acojan vuestras dulces controversias
los convidados con una sonrisa,
205 y maligno uno a otro dé un codazo;
sin embargo, sus almas, icómo sufren
y qué envidia te tienen, viendo que eres

único objeto de sus lindas iras!
Sólo el marido quedará impasible,
210 magnánima quietud guardando siempre
en su interior, y en el aspecto externo
la cara ingenuamente sonriente,
los ojos inocentes y confiados.
¡Mil y mil veces bienaventurados
215 vosotros, oh maridos de este siglo
nuestro dichoso, al ser tan diferentes
de sus antepasados! Pues antaño
el monstruo de los celos desgredado
del Infierno salía con turbios ojos
220 inquietos, y tenaces branquias frías;
era tan indomable y despiadado
que los lechos nupciales acechaba
bufando y jadeando, y de sospecha,
sangre y terror llenaba el universo.
225 Entonces resonaban los hogares,
los bosques y las peñas y los ríos
de gritos femeninos; esas damas
hermosas implorando de rodillas
mirando temblorosas hacia el cielo,
230 quedaban en la sala de castigo
lúgubrememente decorada, en llanto
ante el esposo que les ofrecía
la cruel alternativa entre dos muertes,
por puñal o por envenenamiento.
235 ¡Ay loca Italia! Tu desmán furioso
tras los Alpes y el mar suscitó risa
en tus imitadores, que celosa
te llamaron, un título que guardas
injustamente ahora. Los esposos
240 hoy no llegan al tálamo impulsivos
guiados por un ciego amor, o estima
recíproca o recíproco respeto;
tampoco los impulsa al matrimonio
alguna semejanza de costumbres,
245 mas la prudencia de canosos padres
que pondera la unión de las riquezas
y de nobles estirpes muy antiguas.
En cuanto encaje bien un requisito
con otro, de Himeneo dios de las nupcias
250 resplandece la antorcha: al frío esposo

se une, enamorada del casorio
más que del novio, una doncella fría
que ilusionada sólo por los ritos
de la alta sociedad, irá afrontando
255 feliz la indiferencia del marido.
Así ya no se temen los desmanes
de la crueldad del monstruo de los celos.
Este entra por las puertas de las nupcias
deseadas por amantes más cabales
260 más allá de los montes Pirineos,
o bien en los harenes de Oriente
genera riña entre las odaliscas;
hoy en día se toma a risa Italia
aquello por que antaño fue burlada;
265 tanto es el cambio de mentalidades
de una generación a la siguiente.
Mas ya resuena por las amplias salas,
Señor, tu nombre, hasta en las cocinas
de los sótanos donde se prepara
270 novedoso sabor estimulante
que los nervios sacuda suavemente
y al contacto del gusto caprichoso
de paladares impecables, lleve
consigo voluptuosidad variada
275 hasta lo más recóndito del alma.
Se apresuran con blancos delantales
a realizar la exquisita tarea
los valerosos chefs, a quienes dicta
severas normas tal preclara mente
280 salida del país que dio la fama
antaño a Richelieu y Colbert.³⁴ La misma
majestad en su frente se percibe
que en la del gran Aquiles cuando iba
disponiendo la cena para ilustres
285 huéspedes allá cerca de las naves
que provocaron la ruina de Troya,
acompañado de su fiel Patroclo
y de su auriga Automedonte, entrambos
cocinando las viandas en el fuego.³⁵
290 Oh tú gran chef, maestro de lisonjas

³⁴ La mente preclara de un cocinero francés, cuya fama sustituye actualmente la de grandes hombres de estado como Richelieu y Colbert.

³⁵ Evoca otra escena de la *Iliada* IX, 201-204, en la que Aquiles junto con Patroclo y su auriga Automedonte preparan la cena para sus famosos huéspedes Ulises, Fénix y Ajax.

dispensador al paladar, tus loas
en el noble festín oirás muy pronto.
¿Quién osaría jamás hallar un fallo
en tu trabajo? En exaltar tus glorias
295 será el primero tu Señor muy pronto;
mal haya a los que buscan los banquetes
para ser invitados, que se atrevan
a decir algo contra ti: cansados
y apenados irán peregrinando
300 en busca de una invitación, pues nadie
desde entonces querrá poblar su mesa
con tales bocas desagradecidas.
La mesa ya está puesta. Con un brinco
incorpórate ágil, y ofreciendo
305 a tu dama la mano, apuesto joven;
sostenla valeroso con tu brazo
si se abandona lánguida y con mimo,
y al festín acompaña. Detrás
de vosotros irán los convidados;
310 por último el marido, como es norma.
¡Oh! No os avergoncéis, eximia estirpe
de dioses, si también al alimento
algunos ratos dedicáis; tarea
no es soez en vosotros; lo sería
315 tan sólo para aquel que es impulsado
y azotado por dura e irrefrenable
necesidad. Al ímpetu del hambre
cedan halcones, grajos y milanos,
osos y tigres, orcas y delfines,
320 y cuantos seres son aquí mortales;
a ingerir alimentos, a vosotros
os invita con sus rosados labios
la diosa del Placer, la que prepara
las mensas celestiales, convidando
325 a brindar con nectárea ambrosía
a los que en sí son dioses inmortales.
Tal vez no sea verdad; pero se cuenta
que hubo un día en el que nobleza y plebe
nombres desconocidos fueron, siendo
330 los hombres todos plenamente iguales.
Beber, alimentarse, aparearse,
dormir, necesitaban los humanos,
de un mismo instinto y de una misma fuerza

impulsados; no se les concedía
335 opción de otros objetos ni lugares
ni tiempos, ni tampoco preferencias.
Juntábanse a comer los mismos frutos,
a beber aguas en el mismo río,
a descansar bajo la misma sombra,
340 los ancestros primeros de tu sangre,
Señor, con los del pueblo que desprecias;
las mismas tierras y las mismas cuevas
los sostenían y los acogían;
los revestían con sus velludas pieles
345 los mismos animales; el cuidado
común a todos uno tan solo era,
el de huir el dolor; y era el deseo
desconocido aún en los humanos.
A los dioses del cielo no les plugo
350 la semblanza uniforme de los hombres
y a variar el mundo fue enviado
el Placer. Helo aquí sobrevolando
la tierra, como hicieran Juno o Iris
por los campos de la famosa Troya,
355 suavemente bajando por el aire;
y la tierra le acoge sonriendo
con la sonrisa nueva que dedica
a lo desconocido. Él se menea,
y el airecillo de la primavera
360 de las pendientes donde fluye el río
y las colinas de fragantes plantas
le acaricia los miembros bien torneados
y se desliza sobre las redondas
elegantes y musculosas formas.
365 Los Mimos y los Juegos le rodean,
y fluyen desde sus labios de fresa
suaves cual ambrosía, las lisonjas;
entreabiertos y lánguidos, sus ojos
brillantes lanzan fuera vivas chispas
370 de trémulo fulgor que el aire incendian
según lo va surcando en su bajada.
Por fin, Tierra, sentiste por encima
de ti estamparse su primera huella,
y al punto un estremecimiento suave
375 de cosa en cosa se fue transmitiendo
cada vez más, hasta calar en todas

las entrañas de la naturaleza;
como hace el trueno en el ardiente estío
que llega desde lejos murmurando,
380 y vuelve su zumbido más profundo
a través de los montes y hasta el valle
y el bosque alrededor, con un mugido
que sigue retumbando fragoroso
hasta que irrumpe la fecunda lluvia
385 que reconforta, alegre y hermosa
flores y hierbas, animales y hombres.
¡Oh afortunados entre todos, vivos
seres privilegiados por el cielo,
a los que Prometeo con mejor mano
390 creó y formó los órganos ilustres
inundándolos de ágil movimiento!
Del Placer que llegaba desde el cielo
el estímulo pronto percibisteis,
desconocido antaño. Por vosotros
395 fue sentido el ardor de los caprichos,
nació el deseo fogoso, y descubristeis
lo bueno y lo mejor por vez primera,
lanzándoos en seguida a poseerlos
con ímpetu dulcísimo. Fue entonces
400 cuando, de los dos sexos, el que antaño
era tan sólo necesario, obtuvo
el nombre de agradable y placentero.
Vosotros disteis el primer ejemplo
del juicio de Paris; enseñasteis
405 a distinguir entre femíneos rostros
y las gracias vosotros apreciasteis
los primeros, así como vosotros
reconocisteis entre mil sabores
los más suaves; y fue también entonces
410 cuando al agua fue preferido el vino,
y se eligió su crianza en los viñedos
del terreno más árido, y expuestos
al más ardiente sol en los más altos
collados ricos en azufre vivo.
415 El hombre así se dividió: del vulgo
se distinguió el señor: de aquella plebe
en cuyo cuerpo las menguadas fibras
harto languidecieron, incapaces
de responder con rápidos reflejos

420 a los dulces estímulos del nuevo
placer que los rozaba; y anduvieron
de la necesidad ante el azote
como bueyes uncidos agachados;
nacidos a vivir entre vileza
425 y servidumbre, miseria y trabajo,
Plebe fueron llamados. Tú, Señor,
cuya sangre filtrada fue por miles
de nobles venas, ya que en otro tiempo
ensalzaron a tus antepasados
430 el arte, la potencia o la fortuna,
y luego el tiempo en ti juntó sus ricos
tesoros de distinta proveniencia;
goza al fin de tus ocios, que los dioses
te concedieron; y ese pueblo humilde
435 a quien fue concedido el industrioso
trabajo, te provea de tus placeres,
pues no ha nacido para disfrutarlos,
sino para ofrecerlos a los nobles.
Resplandece la mesa preparada.
440 Todo cuanto heredaste en variadas
sucesiones del patrimonio antiguo,
dispuesto en distinguida y ordenada
vajilla, se presenta de manera
atractiva y graciosa, con mil formas,
445 sabores y texturas y colores.
Ya se acerca la Dama, y los siervos
la mórbida butaca para ella
le acoplan diligentes. Y tú mismo
debajo de ella con tu propia mano
450 ponla, Señor, para que demasiado
lejos no se siente ella, ni tan cerca
que el pecho se le oprima; con un brinco
inclínate ágil para recogerle
el difuso volumen de la cola
455 del traje, y por fin siéntate a su lado.
Las reglas del cortejo no permiten
que el caballero gentil abandone
nunca el costado de su noble dama,
si no surge una circunstancia extraña
460 que tamaña licencia justifique.
Inmóvil sea, cual fue en tiempos antiguos
Término, el dios que nunca cedió el puesto

ni al propio Jove padre de los dioses,
cuando éste quiso un templo en Capitolio;
465 en cambio, de sus sedes sí salieron,
por respetar a Júpiter, Apolo
y Juno, Marte y Venus y otros dioses.
Indiferente será, pues, el sitio
que le toque en la mesa distinguida
470 a cualquier otro; pues si alguien quisiera
ambicioso brillar entre los otros,
que busque otra manera de lucirse.
¡Cómo apasiona y enciende los ingenios
más dispares la libertad del habla
475 ejercitada en el genial banquete!
Allí revolotea maliciosillo
el Motejo gentil muy por encima
pasando de los acontecimientos,
y agita los deslices de las damas
480 que presentes no están, y los entrega
a la Fama; o agita las costumbres
de simplezas de amantes o maridos:
y goza con mirar al quieto esposo
que se ríe el primero, y también goza
485 con leves alusiones que amenazan
revelar los secretos bien guardados
en corazones de fieles esposas.
La elegante Licencia va del brazo
de los Cuentos galantes: o desnuda
490 igual que las tres Gracias aparece,
o bien con más malicia se insinúa
tras un velo ligero y transparente;
con todo, le resulta muy difícil
evocar en el rostro de las damas
495 la rosa del rubor que antaño fuera
ornamento de nuestras bisabuelas,
y ahora crece en los campos solitaria
y en la cara de rústicas villanas
aparece entre bromas pueblerinas.³⁶
500 Tal vez prefiera con su propia mano
servir la Hermosa las distintas viandas
que por ella tendrán nuevo prestigio.
Tú cogiendo el cuchillo reluciente
que está a tu lado, cual si desnudaras

³⁶ Alude a la falta de pudor en las conversaciones licenciosas, ante las cuales no se sonrojan las damas.

505 solicito la espada, álzalo arriba
 haciéndolo brillar, y acto seguido
 cédeselo magnánimo, inclinado
 hacia ella. Se van a ver ahora
 blandos y suaves en gracioso juego
510 los músculos de su cándida mano
 totalmente empeñada en la tarea;
 y en el seguir su dulce movimiento
 nuevas formas revestirán las Gracias,
 con su roce de los inquietos dedos,
515 con su aleteo imperceptible sobre
 las articulaciones de la mano,
 y cayendo al final en los hoyuelos,
 que la rematan como Amor dispuso.
 He aquí surgir mil besos impacientes
520 sin freno en boca de los convidados;
 se arriesgan a volar, y de tus ojos
 ya surge una mirada que fulmina
 esas audaces alas, defendiendo
 tus derechos. Tan sólo está sentado
525 inmóvil, tranquilísimo, el marido
 de aquella fiel esposa que te aprecia;
 de temor o deseo no le sacude
 ninguna sensación hasta agitarle;
 Himeneo lo hechizó de arriba abajo.
530 Ese dios ya no lleva en su cabeza
 una corona de rosas nupciales,
 mas otra hecha de estultas amapolas
 rociadas de densa agua letea
 que antaño emblema claro era del Sueño.³⁷
535 Y en efecto ese Sueño, ay icuántas veces
 llamado es por la delicada dama
 a que presida el tálamo, y en cambio
 encuentra ella Himeneo y retrocede
 tímida! cual la humilde campesina
540 que se tumba cansada por la tarde
 sobre la yerba suave, muy serena
 y segura, y descubre una culebra
 de repente, y de un brinco se incorpora
 y con las manos rígidas retira
545 los brazos, y la mira de soslayo

³⁷ Parini imagina que Himeneo, dios que se acostumbraba representar tocado con la corona nupcial de flores, esté coronado de amapolas que rezuman agua letea (de Letes, río del olvido).

sin aliento y de miedo boquiabierta,
inmóvil y sin voz. Ay, ¡cuántas veces
buscó alivio un incauto enamorado
para su largas penas, y creyendo
550 invocar a Himeneo, ¡ah loco y necio!,
invocó al Sueño que de olvido frío
roció su alma, el corazón ciñendo
de aburrimiento y torpe indiferencia.
Pero si no le gusta o no apetece
555 a la Dama servir personalmente
las viandas, en ese caso emprende
tú mismo la gran obra. Así la enorme
piedra preciosa en tu anillo engastada,
codicia de usureros que se atreven
560 a valorarla más que al propio dueño
(villanamente), con el mayor brillo
quedará expuesta a la mirada ajena;
y serán contemplados en detalle
por las miradas, los puños de lino
565 bordados por Aracnes de Inglaterra.³⁸
Harta envidia tendrán los convidados
de la delicadeza de tu mano,
y mirarán con ojos asombrados
la difícil tarea, y en adelante
570 tuyo será el cuchillo que bien trincha
reservado en las mesas al cadete.
Cuida que tu mirada, mientras tanto,
se pasee diligente entre las viandas
para descubrir pronto cuál tu Hermosa
575 prefiere, y qué parte más le agrada
de un ave rara o de un pescado extraño.
Amor ha de otorgar a tu cuchillo
precisión anatómica; pues puede
enumerar las partes de las reses
580 y distinguir el uso y la textura
de cada una, Amor; por eso importa
que tú recuerdes siempre el alimento
que mal le sienta, o el que le aprovecha;
lo podrás, según sea lo conveniente,
585 prohibir o permitirselo, al cuidado
siempre de su salud. Ha de ser buena,

³⁸ Gozaban de gran aprecio los bordados ingleses. Aracne, por haber desafiado a Minerva en el arte del bordado, fue transformada en araña por la diosa.

pues se debe cuidar para los hijos...
Por Dios, los hijos tan queridos; nunca
la volvieron a ver desde aquel día
590 que se alivió su gentil cuerpo: leche
siempre mamaron de un plebeyo pecho
hasta agotarlo, y dejaron intacta
la túrgida blancura del materno.
Ríñela si la notas que desea
595 la comida con ansia en demasía,
y recuérdale las enfermedades
que a la comida achaque en un futuro
aunque otra causa tengan; y tampoco
perdones al incauto cocinero
600 de su salud no siempre cuidadoso.
Tienes autoridad sobre los siervos
de ella desde el momento memorable
en que os unieron con suave nudo
con consiguientes órdenes y leyes.
605 el amor y el tedioso aburrimiento.
Liberado de unas obligaciones
odiosas que tú asumes, el marido
te lo agradecerá, pues se conforma
con el derecho de imponer un nuevo
610 apellido a tu Dama, que en lujosos
carruajes con blasón quede pintado
junto al de ella: derecho sacrosanto
que no se atrevió nadie a arrebatarle.
Míralo cómo ríe satisfecho,
615 te lanza una señal con la mirada,
y aplaude tus criterios, mientras lleva
una vez más el tenedor al plato
para coger apetitosas viandas.
Sin embargo, no siempre tus esfuerzos
620 diríjanse a tu hermosa. Algunas veces
se te concederán breves reposos,
y a la sombra de la triunfal encina,
de la dura batalla descansando,
prestando oído a los discursos varios
625 de otros héroes, poder mezclar ocioso
con su conversación la tuya. Uno
mueve la arquitectura de los rizos
que ondean sobre su oreja, en leves giros,
y a cada breve sacudida, envía

630 a las narices de los convidados
 nube graciosa de árabes perfumes.
 La alma Naturaleza, generosa
 fue tanto con su espíritu, que nada
 le quedó para embellecerle el rostro,
 635 y al Arte dirigióse, así diciendo:
 “Cumple tú mi tarea”, por lo que el Arte
 solícita se esfuerza en la obra ilustre.
 Blandos tintes y muy preciosas aguas,
 polvos, pastillas y ungüentos, todos
 640 delicados productos de belleza,
 todo prueba con él; cuantos tejidos
 nuevos y raros tejen los telares,
 y preciosos objetos entallados
 por buril anglo o galo, los concede
 645 a él para su estreno. ¡Oh dichoso,
 él, que puede enseñar la tabaquera
 de hechura nunca vista! Pues la envidia
 sutil, entre los grandes sus iguales
 hace estrago y consume; con soberbia
 650 y crueldad, de sí mismo satisfecho
 sin piedad les expone ante los ojos
 la última adquisición, de proveniencia
 parisina, ornamento novedoso.
 Contigo puede compararse, oh Baco,
 655 hermoso hijo de Sémele, aquel día
 en que, orgulloso, ante todo Egipto
 apareciste, en alto levantando
 los alegres rubíes del racimo
 primero; o bien, tal vez a ti asemeja,
 660 oh Jasón, joven héroe de Tesalia,
 cuando en Yolco mostraste el vellocino
 de oro que al dragón fiero arrebataste.³⁹
 Mira ahora cuán generosa ira
 en el héroe que está sentado al lado
 665 este nuevo espectáculo provoca:
 mira cómo jadea, y en su indignado
 discurso olvida la comida. Crees
 que el enemigo acecha; ¡están temblando
 los Dioses de la patria, está en peligro
 670 la integridad de nuestros ciudadanos!

³⁹ Los complementos de moda los exhibe el joven pimpollo como trofeos conquistados, con el mismo orgullo con que Baco enseñó el primer racimo o Jasón mostró el vellocino de oro arrebatado al dragón.

Pero no es eso; ardiendo está indignado
por un asunto grave y oneroso
que le preocupa. “Oh, ¡ingenio depravado
de nuestros artesanos! De sus torpes
675 manos no ha de salir trabajo egregio,
ni obra acertada digna de un hidalgo;
hoy día, ¿quién sabe en un calzado noble
hacer un broche trenzado y pulido?
¿Y quién sabe tejer tela tan digna
680 que presuma vestir los miembros nobles
de un señor con un título reciente?
Pierde el tiempo y se cansa quien intenta
sus mentes despertar lentas y torpes.
Se encuentra tras los Alpes, en efecto,
685 aquello que llamamos elegancia;
¿quién se hubiera atrevido sino el genio
de Francia a poner griegos ornamentos
sobre cualquier objeto, el más pequeño,
con tanto acierto y éxito? El Buen Gusto
690 se había quedado lejos hasta ahora,
entre solemnes cornisas y excelsos
frontones de edificios consagrados
a los dioses, o bien en los palacios
de los reyes; y en nuestro tiempo, ansioso
695 de no ocultar sus ornamentos, baja
al alcance de nobles caballeros
y de damas; muy pronto lo veremos
llevar la viga griega entre cortinas
y regalos de bodas; y los arcos
700 y las columnas donde se asentaron
los siglos más antiguos, en juguete
frívolo de la Moda convertidos”.
Al otro lado de la mesa, escuchas
con fanática voz gritar muy alto
705 la palabra “Comercio” repetida:
y entre el fragor de un río de elocuencia,
aprenderás las formas de palabras
nuevas creadas para tal asunto,
para expresar los nuevos pensamientos
710 deslumbrantes que a todos impresionen.
“Comercio” grita tú también; tu hermosa

lo repita. ¡Y pensar que nuestra tierra⁴⁰
 está favorecida por Cibeles,
 diosa sublime de la Agricultura
 715 que mora entre los campos de cereales
 inmensos, y que muestra su cabello
 entre el rubio de espigas confundido!
 Baco y Vertumno coronan de frutos
 las alegres colinas, mientras Pales
 720 ordeña leche con su mano, y esquila
 blancos vellones; lleva al pasto miles
 de animales que son sacrificados
 para el consumo humano.⁴¹ Y también crece
 fecundo el lino de cultivo fácil
 725 que cuida el campesino en el invierno,
 y el moral (tan famoso por la muerte
 de Tisbe)⁴² ocupa vastas plantaciones
 ordenado en hileras infinitas.
 ¿Para qué vale? El campo sea exclusivo
 730 de las cabras roedoras montaraces,
 o del buey rumiando por los prados;
 asimismo la plebe que a estas bestias
 es semejante, se alimente y vista
 de productos del campo que son fruto
 735 de su trabajo; mas selectas almas
 que desprecian los bienes asequibles,
 comodidades tengan concedidas
 por Mercurio,⁴³ en extremo valoradas
 por su riqueza y extraña procedencia
 740 de países a millas de distancia.
 Y en el entorno no se escuche nada
 más que el “Comercio” siempre proclamado.
 Así gritaba Síbaris antaño
 tumbada en la molicie perfumada
 745 de rosas de los lechos perezosos
 y apartaba los ojos de los campos
 cultivados por sus antepasados,
 tarea para ella demasiado indigna;
 mientras Cartago recia infatigable,
 750 y Tiro siempre expuesta a los peligros

⁴⁰ En este pasaje Parini se adhiere a las doctrinas dieciochescas de los “fisiócratas” que apoyaban una economía agrícola a expensas del comercio.

⁴¹ Se evocan las faenas agrícolas y los cuidados pastoriles del ganado dignificados por su atribución a los dioses agrestes Ceres, Baco, Vertumno y Pales.

⁴² Alude al origen mítico del moral, evocado en la fábula de Píramo y Tisbe.

⁴³ Mercurio, dios protector de actividades comerciales, entre otras atribuciones.

del mar inmenso, austeras renunciaban
a los placeres por ganar riquezas,
para otro lado Síbaris miraba,
y en pos de nuevos goces refinados
755 de arte y comercio andaba discurriendo.⁴⁴
Pero, ¿quién es aquel que tanto espacio
ocupa con su cuerpo obeso y come
y olisquea las viandas y se ríe
de la conversación ajena, mientras
760 agita de su vientre en acto heroico
la mole tan soberbia? Sus papilas
de aguda percepción están dotadas;
como alma que envidiaran los mortales
en su textura tienen admirable
765 un punto que succiona el derretirse
último del placer! Y ¿quién conoce
y entiende, de manera más aguda,
de todos los productos naturales
sino él, que a su gusto y su disfrute
770 transforma lo que habita tierra, aire,
y océanos ricos en extraños peces?
Cuando a un banquete ajeno se aproxima,
ante su juicio inexorable tiemblan
de los antepasados los fantasmas
775 ligeros, que sutiles por el aire
se agitan levemente dando vueltas
para velar en torno a los tesoros
dejados en herencia; y desdichados
lamentan sus insomnios mal gastados,
780 y sus comidas sobrias, y sus casas
dejadas derruirse por el viento,
sus rocines hambrientos, sus carruajes
desvencijados tanto que chirriaban
ensordeciendo plazas y edificios
785 con su ruido herrumbroso; aquellas sombras
van lamentando el haber desangrado
al campesino honrado con gabelas,
y haberse aprovechado de su hambre
al exigirle el pago de las deudas
790 imponiendo a la plebe con la fuerza
la autoridad de las sagradas togas.

⁴⁴ En la rivalidad entre Síbaris, ciudad entregada al lujo y al despilfarro, y Cartago y Tiro, ejemplos de austeridad, la primera sucumbió víctima de su autocomplacencia.

¿Quién es el que le sigue? Ciertamente
 los extremos graciosos en contraste
 una casualidad juntó ocurren,
 795 para que brille y resplandezca el uno
 del otro al lado, en doble perspectiva.
 ¡Oh, Príapo, dios huertano que te muestras
 con la hoz en la mano, venerado
 en la griega Lampsaco con ofrendas!⁴⁵
 800 Ofrécele tus dones a la mesa
 al joven de hoy que sigue al sabio antiguo
 Pitágoras en ser vegetariano;
 ocioso está sentado, aborreciendo
 las carnes, mientras disgustado frunce
 805 la nariz y los labios asqueados,
 y a un tiempo algo de pan está rumiando
 lentamente. No supo ningún héroe
 resistir de tan esforzado modo
 el escuálido ayuno: no vencido
 810 por el cansancio, ni por el mareo
 ni jamás por la fiebre; tanto importa
 tener el cuerpo esbelto y singulares
 costumbres, y en la sociedad más noble
 fama de filosófico talento.
 815 Quien tenga alma vulgar dedique al hombre
 su compasión, y en él despierten fácil
 repugnancia las llagas, los dolores
 y las carencias de sus semejantes.
 El corazón de mi héroe menosprecia
 820 los afectos comunes, y más lejos
 dirige sus impulsos de dulzura.
 “Mal haya quien primero osó la mano
 alzar armada contra la inocente
 cordera y contra el apacible buey,
 825 sin dejarse ablandar su truculento
 corazón por balidos lastimeros
 ni por mugidos enternecedores
 ni por las blandas lenguas relamiendo
 las manos que les daban triste muerte!”
 830 Así él habla, Señor; y mientras tanto
 brota ante su discurso bondadoso
 en los ojos hermosos y piadosos
 de tu Dama una dulce lagrimilla,

⁴⁵ Priapo, dios de los huertos, era particularmente venerado en Lampsaco.

como las gotas trémulas, brillando,
835 en la nueva estación, en los extremos
podados de las vides van llorando
ante el tibio soplar de los primeros
fecundadores céfiros. Recuerda
ahora el triste día cuando su linda
840 virgen cachorra alumna de las Gracias
con su ebúrneo colmillo, el pie villano
de un siervo, juvenil y juguetona,
mordió con una leve dentellada;
el sacrílego pie del atrevido
845 siervo lanzóle una patada, haciendo
que tres veces rodara y sacudiera
el crin desmelenado; y de sus blandas
narices resopló polvo irritante.
Después, gemidos emitiendo, “auxilio”
850 parecía que dijese; y de las áureas
salas respondió el Eco despiadado,
y así subieron todos compungidos
del sótano los siervos; y bajaron
de las altas estancias, temblorosas
855 y pálidas las damas. Rociaron
el rostro con esencias a tu Dama.
Por fin ya volvió en sí; dolor e ira
todavía la agitaban; fulminantes
miradas sobre el siervo iba lanzando,
860 y con lánguida voz llamó tres veces
a su perrita, y ésta a su regazo
corrió, mientras “venganza” a su manera
pedirle parecía. Venganza tuvo
la cachorrita alumna de las Gracias.
865 Tembló tal siervo impío; bajó los ojos
y escuchó su condena. No le vale
mérito cuatrilustro, ni tampoco
el celo demostrado en delicado
y difícil asunto. A favor suyo
870 se ruega y se promete en vano: queda
desnudo y despojado de librea
que vistió con orgullo. En vano en nuevo
señor espera; las piadosas damas
horrorizadas, del atroz delito
875 detestan al autor. Mísero yace
con la escuálida prole y la desnuda

consorte al lado, y en la calle echando
al transeúnte inútiles lamentos;
y ufana quedas tú de tu victoria
880 cual ídolo aplacado por humanas
víctimas, cachorrita mimosilla.
Mas, Señor, mis preceptos te acompañan
y te escoltan también en el supuesto
de que te asigne asiento en el convite
885 demasiado alejado de tu amada
un perverso destino. Ocurrir puede
en efecto, que un personaje ilustre
llegue a Italia (el océano cruzando
o los Alpes) de horrible catadura
890 de nacimiento, o como consecuencia
de enfermedad de Venus que lastima ⁴⁶
y roe la nariz, o bien con dientes
desiguales y descalcificados
por crudos o salados alimentos.
895 A veces le distingue la joroba
ridícula, otras veces la mirada
torcida o furiosa o pervertida;
a veces guarda en el gahnate hinchado
gran potencia de voz con estertores
900 que va gorgoteando y por fin sale
como agua que gotea de una botella
boca abajo. De hablar nunca se cansa
de ancestros, cortesanos o caballos;
de la justicia divina se mofa.
905 Le cubren todo el cuerpo joyas de oro,
cintas, piedras, gloriosos atavíos;
y se presenta con un rimbombante
título; ¿quién habrá entre la nobleza
más destacada, que ensalzar no quiera
910 su casa con un huésped tan notable?
Por ello ese invitado ha de sentarse
al lado de tu dama; y por ello
tendrás que estar, lo mismo que el marido,
muy lejos de la diosa, entre los faunos
915 Silvanos, y apartándote discreto
has de comer del todo inadvertido
con los dioses menores asociado.
Pero no quedarás inobservado

⁴⁶ La sífilis, muy extendida en la época.

920 por esos ojos de la gentil Dama
que a ti se vuelven muy directamente
los tuyos a encontrar. En ese choque
el aire arderá en chispas, agitado
por las alas de Amor. En ese encuentro
dichoso las miradas, que del alma
925 embajadoras son de paz, sus nuevas
se van a intercambiar, y con un mutuo
impulso volverán hacia vosotros
con un temblor suave y delicioso
en vuestros corazones. Pues entonces
930 obedécele tú, bien si te invita
a gustar de las viandas a su lado
colocadas, o si el manjar te pide
que tú tienes delante y se le antoja,
no por el suave olor, pues queda lejos,
935 sino por la presentación del plato
con que la supo embellecer la mano
del admirado cocinero artista.
Así los dioses que tienen morada
sobre las nubes del brillante Olimpo
940 se nutren con la mente, y apetecen
no la materia prima, sino el arte.
También sabrás obedecer a tiempo
cuando la hermosa en blanca mano ostente
de apreciado licor llena una copa
945 fina, acabada en oro, que parece
que diga “Fuera” a los profanos labios,
“Sólo a los labios de la aquí presente
reina y diosa, les queda reservado
el purísimo cáliz; caballero
950 ninguno con su aliento masculino
ose empañar el cristal terso y puro
ni pretenda jamás dama invitada
poner en él los labios, aunque castos
y a Amor en gran medida consagrados”.
955 Tú a ciertas alusiones de la mano
que la copa sostiene en movimiento
ondulado, y también a la mirada
insinuante, atiende con cariño.
Tus ojos ante aquel brindis secreto
960 lo acepten de inmediato, chispeando
de gozo, preparándote en tal modo

a una elocuente tácita respuesta.
Nuestra Musa, inmortal como vosotros,
a ambos amantes les dedica un brindis;
965 a aquella esposa ajena que te aprecia,
y a ti, Señor, su dulce prenda y nuestra.
“Como Baco os escancia generoso
un añejo licor de muchos años,
así os conceda Amor eterno gozo
970 que no gusta el marido, y con envidia
es visto por los que antes lo gustaron.
Un olvido sagaz oculte y cubra
de un velo con sus alas las alternas
y recíprocas infidelidades
975 que separar podrían para siempre
un corazón del otro, cualquier día;
y tan sólo descubra Amor aquellas
alternas y recíprocas que puedan
reavivar en ambos corazones
980 las llamas que parecen ir menguando.
Que vuestro nudo quede indisoluble
y eterno, sea deseo de vanos versos
de un poeta cualquiera: nuestra Musa
noble os desea que dure cuanto os plazca.
985 Dure lo que queráis, y no se rompa
sin que la Fama en el inmenso vuelo
de sus alas propague la noticia
y con estruendo de su gran trompeta
la haga resonar por las ciudades
990 amplias, y por los montes y las playas
de Italia, y si es posible tras los mares
hasta el Guadiana y la lejana Thules.⁴⁷
En estilo variado y a lo largo
de mucho tiempo siempre se hable de ello:
995 la estancia del aseo matutino,
el banquete, el paseo y el teatro
sepan de ello; al marido dolorido
cada uno pregunte, y él empiece
desde el principio la fatal historia.
1000 Su relato será como en la escena
de una tragedia sofoclea, donde Argos
suele agitar sombras ensangrentadas
cuando un doliente mensajero al coro

⁴⁷ Hasta España y el extremo norte de Europa (Thules, topónimo clásico de la región hiperbórea).

trepidante narraba como Edipo
1005 corrió inquieto hacia el tálamo incestuoso,
como abatió sus puertas y quedose
parado de repente ante el terrible
espectáculo, cerca del nefando
lecho, de esposa y madre que colgaba
1010 ahorcada; y como armándose las manos
de un fatal garfio, con sus propias manos
a sí mismo los ojos lastimoso
se arrancó de la cara, con sus manos”.
Se está acabando ya el banquete ilustre.
1015 En danza giran Comos y Dionisio
rápidamente junto con la diosa
del Gozo alrededor de la gran mesa;
levemente ella roza, ágil saltando,
a un invitado u otro; y van saltando
1020 de ese contacto chispas relucientes
de las que brotan otras. Suenan risas;
clamorosas se encienden las disputas,
las mentes espolea la vanidad,
y el Amor de sí mismo muy ufano
1025 ofrece a cada uno una corona
diciendo “Reina”. De los invitados
uno se adentra en bélicos tratados,
otro en asuntos de treguas y paces.
A los caudillos uno guiar pretende;
1030 otro a los consejeros aconseja;
otro su vara de medir aplica
volviendo del revés mares y tierras
con el atrevimiento de sus juicios.
Otro juzga y pondera en torno al arte
1035 de Palas y las Musas; sutilmente
descubre sus principios, y las reglas
de la naturaleza universales
que mucho tiempo atrás prevalecieron
en el gusto de Grecia incontrastadas
1040 y renacieron luego más potentes
aún en la Toscana; aquellas reglas
derriba sin piedad y menosprecia.
¿En cabeza de noble tanta ciencia
puede haber? salones con espejos,
1045 amplias cámaras de altos baldaquines,
comedores lujosos y paseos,

y teatros y grandes posesiones,
 y sangre azul e ínclitos ancestros,
 ¿qué no se aprende de vosotros? Tú,
 1050 Señor, un atrevido vuelo emprende
 ahora por encima de cualquiera
 con tu ingenio ocurrente. Este es el campo
 donde más tienes que brillar; ni ciencia
 ninguna, por secreta y amplia, te espante.
 1055 Si has oído o leído alguna cosa
 por la mañana, de la que tú puedas
 recabar gloria, lleva sagazmente
 el conversar ajeno hasta ese punto
 en que proceda que exhibir consigas
 1060 la nueva adquisición atesorada,
 cual cazador que persigue la fiera
 rodeándola y llevándola de lejos
 poco a poco hacia donde queda el cepo
 insidioso al que acude y dentro cae.
 1065 Y si ya te conoces una forma
 extraña del lenguaje que ayer mismo
 llegó a Italia, procura en ese caso
 que proceda tratar de una materia
 que admita, hablando de ella, el nuevo dije;
 1070 y rápido descúbrela oportuno
 y deslumbra con grandes resplandores
 a cualquier caballero que presuma
 de elocuencia exquisita en los banquetes.
 Del mismo modo el mago fabuloso
 1075 que sustrajo a Rugero tanto tiempo
 a los deseos de amor de la doncella
 guerrera Bradamante, obrar dejaba
 a caballeros que se le enfrentaban
 todas las artimañas y poderes;
 1080 después, en medio del feroz combate
 quitando el velo al encantado escudo,
 los dejaba vencidos en el suelo,
 cegados por sorpresa por el brillo
 inmenso del broquel resplandeciente.⁴⁸
 1085 Si acaso se te sienta algún alumno
 de Zoroastro o Arquímedes al lado⁴⁹

⁴⁸ Se refiere a uno de los encantamientos del mago Atlante, que en los poemas caballerescos de Boiardo y de Ariosto intentaba con toda clase de artimañas sustraer al héroe Ruggero a su destino final, que sería su conversión y su boda con la guerrera cristiana Bradamante.

⁴⁹ Estudiante de astronomía (alumno de Zoroastro) o de ingeniería (alumno de Arquímedes).

en el banquete, atiéndele y razona
con él; de él aprendiendo su lenguaje,
repítelo en voz alta, cual si innato
1090 lo poseyeras; y la antigua fama
de solitarios que hombres semejantes
adquirieron antaño, no te espante.
Urania, antigua diosa de la ciencia,
compuso su peinado; a sus greñudos
1095 alumnos, vergonzosos, balbucientes
y huraños, los sacó de las cavernas
donde en profundo silencio de noche
antaño se reunían; allí inventaban
palancas poderosas para esclavos
1100 para que construyeran obeliscos
y pirámides altas que pudieran
recordar para siempre las hazañas
de los pueblos famosos, o los diques
fuertes a las pleamares enfrentados;
1105 o bien con una presa a modo de arma
contenían el río desbordado,
chocando con las olas espantosas,
segándolas, rompiéndolas y luego
venciéndolas cual Hércules invicto
1110 lo realizó en su décimo trabajo.
Civilizó ya Urania a sus amigos
asilvestrados: por ambientes nobles
orgullosos y lindos los conduce,
entre el clamor de los muchos convites
1115 o en los privados gabinetes, donde
entre gracejos, de enseñar se precian
a dama buena alumna, o a caballero
sabio, cuáles caminos siga Venus
en su órbita celeste, amén de cuantas
1120 y cuales formas adopte su rostro
mudadizo en extremo reluciente.
Ni recelo tendrás de aquel poeta
que burle con su sátira punzante
tu gran conversación, o exponer ose
1125 tu talento inmortal a indignas risas
malévolas. Vosotros le encumbrasteis
en el banquete, y lo envolvisteis todo
en un halo de luz mitificado,
y con perdón de Apolo y de las Musas

1130 en el coro sagrado de los Vates
 lo admitisteis. Así que del banquete
 su Parnaso hizo; y pobre de él, si ahora
 las mismas diosas con sus tenedores
 lo echaran al abismo desdeñosas.
 1135 Ya no podría invocar a la Salud
 para que cure a su Señor enfermo;
 ni dar las gracias al dios Esculapio
 barbudo, hijo de Febo melenudo
 con sus odas o himnos; ni podría
 1140 saludar del ilustre cumpleaños
 el claro amanecer, ni, el día de caza,
 celebrar de manera altisonante
 su inmortal arco y sus doradas flechas;
 ya no podría esperar de su Señor
 1145 manotazo amigable en las espaldas,
 o cachete gracioso proveniente
 de manos tan ilustres. Por lo tanto,
 tú, Señor, no desdeñes dirigirle
 tu amable voz alguna vez; recita
 1150 ante él versos de Horacio, refinado
 cortesano de Augusto, o de Petronio
 que a Trimalción lo describió gozando
 entre orgías de Venus y de Baco.⁵⁰
 La Moda impone ahora tales libros
 1155 que ocupan a menudo los bolsillos
 de la élite elegante. El vate amigo
 ioh, cómo escuchará lleno de asombro
 tu declamar en métrica latina
 trastocando las reglas de vocales
 1160 largas o breves que a tu antojo mezclas;
 y juraráte por lo más sagrado
 de los símbolos propios de poetas
 (como flechas satíricas, y Arcadia
 tierra de cien corceles voladores)
 1165 que el difícil latín gustas y entiendes
 lo mismo que el gramático Donato.⁵¹
 También de recordar será ése el tiempo
 a los nuevos filósofos que tienen
 en el norte prestigio, y son en Francia
 1170 admirados; y precisar qué libros

⁵⁰ Los poetas latinos Horacio, cuyas epístolas en verso manifiestan un claro epicureismo, y Petronio autor del *Satiricón*, parcialmente conservado, cuyo episodio más famoso es la cena de un liberto llamado Trimalción.

⁵¹ Elio Donato (s. IV), autor de una *Ars grammatica* y de un famoso comentario a Virgilio.

quemados fueron, o los que aparecieron
en el Índice que con su censura
los manchó para siempre; y sobre el blando
Aristipo moderno, hasta qué punto
1175 le admitió en su tropel Filosofía,⁵²
y qué acogida es reservada al nuevo
Diógenes, despreciador del oro
y de las opiniones generales.⁵³
Sus famosos volúmenes, llegados
1180 a ti rápidamente, de la quema
huyendo, en peligroso contrabando
a escondidas, carísimos comprados
o prestados tal vez por un amigo
cortés, serán expuestos ornamentos
1185 en tu consola en frente del espejo
durante mucho tiempo. Y sólo luego,
tras haberlos hojeado brevemente
al tiempo que te estabas atusando,
o reprochando al peluquero fallos
1190 de descuidado o poco habilidoso;
después de que durante varias noches
te hubieran conciliado el fácil sueño,
por fin han de pasar al gabinete
de aquella que contigo ha compartido
1195 todo un bachillerato presidido
por Amor, que con su elegante toga
sentado está en su cátedra solemne.
Pero es razón que el glorioso fruto
de tan breves estudios compartidos
1200 vea la luz justamente en el banquete
que le será el lugar más favorable.
Aquí te mostrarás muy partidario
de los nuevos filósofos, haciendo
escarnio de la religión que nuestros
1205 antepasados crédulos creyeron
único freno para vencer apto
el loco vendaval de las pasiones
de los humanos, para anudar pactos
fuertes entre éstos, e indicar caminos
1210 supremos de esperanza, volando alto
con anhelos de vida ultraterrena.⁵⁴

⁵² Voltaire, acercado a Aristipo (s. IV a. C) por su hedonismo y epicureismo.

⁵³ Rousseau, que despreciaba los bienes materiales como Diógenes, en contra de la opinión general.

¿Quién a la mente y al alma de una estirpe
 ínclita pondrá frenos atrevido?
 Tema la plebe el más allá; y el sabio
 1215 así llamado por la plebe, busque
 la verdad escondida meditando
 en soledad, y al fin caiga adorando
 a la sagrada niebla que le envuelve.
 Tú, en cambio, cual sublime águila vuela
 1220 tras los nuevos filósofos. Te aplauden
 fuertemente los convidados todos
 ante tu audaz argumentar. La Dama
 arrebatada ante tu labia, sorba
 con oído y mirada tus palabras;
 1225 mimosamente incline la cabeza
 en señal de aprobarlas, a menudo;
 y masa, cálculo y razón inversa
 suenen también en su amorosa boca.
 Ya no odia Amor maestro ese lenguaje
 1230 científico, y recorre paseando
 las academias siempre en compañía
 de sesudos filósofos modernos,
 acariciando cariñosamente
 sus largas barbas con su blanda mano.
 1235 Pero guárdate, oh dios, oh mi Señor,
 del veneno mortal que se desprende
 de esos famosos libros, y que luego
 penetrando hasta el alma por los ojos,
 sabe oculto llegar serpenteando
 1240 hasta los corazones, y procura
 con estilo falaz y con lisonjas
 corromper el orgullo generoso
 de la estirpe, ese orgullo que te aparta
 de la plebe. Tú oirás en esos libros
 1245 que todo hombre es igual que otro viviente,
 y que le importa al Cielo y a la Natura
 igual que tú, el que cuida tus caballos
 y el que labra tus campos; y que hacia aquéllos
 villanamente deberían bajarse
 1250 tu respeto y piedad. ¡Oh desvaríos
 de un loco enfermo! Deja tú de lado
 consejos tan extraños; sólo sigue

⁵⁴ Visión laica de la religión, en función de la cohesión social que produce y del “freno” a los anhelos de justicia del pueblo, al que se le promete un más allá venturoso.

lo que puede afianzar dulce licencia;
 lo que el deseo desata y que promueve
 1255 franco libertinaje. Esto tan sólo
 lleva al banquete, y tan sólo a esto
 débanse honores y éxito. Procede
 cual de abejas un industrioso enjambre,
 que va de flor en flor, de prado en prado
 1260 zumbando, y atesora en la colmena
 los jugos diferentes recogidos;
 un día estará la miel en las vasijas
 de oro sagradas sobre los altares
 de dioses, expandiendo en torno suyo
 1265 su ubérrima dulzura perfumada.
 Mas vierte ahora desde tu regazo
 oloroso, Pomona, tus ofrendas⁵⁵
 y llena de ellas copas decoradas
 con oros y cenefas de colores,
 1270 trabajo laborioso de un experto
 artesano sajón; pues ha llegado
 del convite divino el fin. Oh Pales,⁵⁶
 que eres rústica diosa de pastores,
 acércate al banquete coronada
 1275 de melisa olorosa y de jengibre;
 y ofrece recatada a quien los pida
 elaborados lácteos y cuajadas,
 pero sin apoyarlos en la mesa.
 Pues podrían, si allí los depositas,
 1280 perturbar demasiado las narices
 celestiales, y estómagos divinos
 remover con olores nauseabundos.
 Sobre el mantel de lino únicamente
 los helados de leche conservados
 1285 con hielo almacenado del invierno
 y sal, sólo esos tengan predominio,
 aptos a deleitar con frío imprevisto
 los labios de algún noble caballero.
 Mas ¿qué harás tú, Señor, cuando la dama
 1290 levemente apoyando el pie y la mano
 vuelva los lindos ojos sugiriendo
 que es hora de dejar la mesa? Ponte

⁵⁵ Pomona, diosa romana de la fruta.

⁵⁶ En una inversión de papeles, Parini imagina a las diosas como camareras. Lo mismo que Pomona, la diosa Pales aparece aquí sirviendo productos lácteos en el banquete, con extrema delicadeza para no desagradar a los “estómagos divinos”.

de pie el primero con un brinco; acude
a ella, ofrécele la mano y corre
1295 la silla un poco; llévala a otra sala;
no dejes que el olor sedimentado
de las viandas ofenda su cerebro.
Allí junto con otros invitados
la atrae vapor gratísimo, pues llena
1300 el aire de la estancia el humeante
café ya preparado y colocado
en mesa más pequeña revestida
con ornamento de mantel indiano.
Arde allí una resina mientras tanto
1305 que expande su perfume, y va purgando
y purifica el aire recargado
y expulsa afuera todos los olores
restantes de comidas. Alegraos
con ese olor, oh míseros humanos
1310 que acudisteis un día a esos umbrales
por la miseria vuestra y la esperanza
de comer, ¡oh desnuda muchedumbre
atroz y tumultuosa de lisiados
cuerpos y rostros pálidos, muletas
1315 y camillas; de lejos alegraos,
y gozad, levantando las narices
al olor del banquete, que conduce
hasta vosotros viento favorable;
pero asediar no oséis esos umbrales
1320 ilustres, espectáculo ofreciendo
doloroso ante quienes allí reinan,
que hastiados quedarán. No os atreváis.
Mientras tanto, conviene que prepares,
ínclito joven, la elegante taza
1325 que ofrecerá a los labios de tu hermosa
de café lentos sorbos; su costumbre
memorizando bien, por si prefiere
profusión o escasez de azúcar, para
templar con dulce la bebida hirviendo;
1330 tal vez le agrada así, tal como suele
la esposa de un lejano harén tomarla,
cuando sentada sobre los brocados
de Persia suaves, el mentón barbudo
a su dueño acaricia con los dedos
1335 sutiles, y con mimo lo contempla

levantando la frente ya sin velo;
 y esas miradas poderosas hacen
 que poco a poco a su señor le caiga
 la pipa humeante de las manos.
 1340 Mientras labios y manos os ocupa
 la bebida olorosa, infatigable
 tu mente pensará cosas sublimes:
 qué dos corceles deben de tu hermosa
 hoy llevar la carroza; si caballos
 1345 corpulentos criados de los Cimbrios⁵⁷
 en el clima más frío, o bien aquellos
 que bebieron el agua de la Drava,⁵⁸
 o los napolitanos, de la raza
 indómita, que rara vez se encuentran.
 1350 Y cuáles ornamentos y gualdrapas
 les corresponden hoy para lucirse;
 y si los crines sobre el cuello altos
 volarán con descuido y naturales
 o entre pomposas cintas y penachos,
 1355 mientras las curvas y ágiles caderas
 tendrán cinchas de cuero y broches de oro.
 Y qué carroza os llevará al paseo
 triunfantes: tal vez la que dorada
 brilla al sol, y permite que la plebe
 1360 disfrute por las siete ventanillas
 de cristal, de la vista de ese vuestro
 noble aspecto; tal vez la que con tonos
 de austeridad oscuros y tristonos,
 semejante a la tumba en que reposan
 1365 los excelsos cadáveres de vuestros
 antepasados, casi no permite
 las miradas ajenas. En tu mente
 excelsa ha de agitarse tal enjambre
 de pensamientos; pensarás tú solo
 1370 al principio, y después ardua consulta
 tendrás con el cochero, no sin antes
 algo haber discrepado con tu dama.
 El cochero ejecute tus deseos,
 y otra cosa te ocupe mientras tanto.
 1375 Mira a tus compañeros de proezas
 que, recién restaurados en su cuerpo

⁵⁷ Pueblos germánicos enemigos de Roma.

⁵⁸ Probablemente caballos húngaros (la Drava, río de Europa central).

con el alivio dulce de las viandas,
 ya se preparan para el fiero envite
 del juego, dividiéndose en dos bandos
 1380 tras escoger el campo; así se engañen,
 Señor, con un procedimiento ilustre,
 las horas de por sí en exceso lentas.
 Pero si Amor mandara que se engañe
 algo más que las horas, pues entonces
 1385 jueguen lejos los otros invitados,
 y tú a solas, aparte con tu dama,
 elige el juego de moda que admite
 tan sólo una pareja en el tablero.
 Hubo un tiempo en que ardía un desdichado
 1390 amante de un ardor insoportable
 silencioso, por una ninfa hermosa,
 pues con ella ningún otro lenguaje
 podría valerle, sino el de los ojos,
 porque el rudo marido vigilaba
 1395 continuamente cual el mítico Argos,⁵⁹
 y el cuello ora alargando, ora encogiendo
 como un reptil, seguía cada palabra
 aguzando el oído. Ay, ¿cómo entonces
 con gestos o mensaje escrito, o siervos
 1400 corrompiendo, pedirle paz y ayuda
 a su hermosa? Del rústico marido
 los celos conseguían la victoria
 sobre cualquier finísima estrategia
 de Amor. Al fin, perdida la esperanza,
 1405 acude al templo y a ese dios que anuda
 las sierpes a la vara de oro, y lleva
 la alas en los pies y en la cabeza.
 Humilde se arrodilla ante Mercurio
 llorando, y lo suplica de este modo:
 1410 “De la cándida Maya hijo divino,
 propicio a los amantes que burlaste
 la vigilancia de Argos con cien ojos
 robando la ternera custodiada,⁶⁰
 acoge de un amante desdichado
 1415 los ruegos, y concédeme que engañe
 si no los ojos, el oído al menos
 de un marido importuno”. Se sacude

⁵⁹ Argos, mítico gigante con cien ojos.

⁶⁰ Juno encargó a Argos que vigilara a la ninfa Io que, amada por Júpiter y convertida en ternera, fue robada por Mercurio.

del dios la imagen, hacia él se inclina,
y le toca tres veces en la frente
1420 con la vara de paz; he aquí el amante
feliz siente en su mente que le dictan
un juego que ensordece a los maridos.
Diríase que a sus pies alas pusiera
el suplicado dios; tan raudo vuela
1425 veloz y apresurado hasta su dama.
Un tablero de dos allí prepara,
donde ébano y marfil en taracea
la superficie ocupan y la parten
alternando dos veces seis casillas
1430 en cada lado. Quince fichas negras
de ébano, y de marfil blanco otras quince
a cada lado juegan, esperando
moverse según reglas al compás
indicado por dos dados echados,
1435 dispuestas a ocupar esos espacios
y a un lado u otro batallar. Oh, ¡cuánto
será la preferida de la Suerte
la que adelanta a las demás, llevando
consigo compañera que la apoya
1440 pudiendo así el asalto del contrario
más fuerte sostener! Y, ¡cuán dichoso
quien ocupa primero la casilla
extrema, y la siguiente fila llena
de los espacios suyos con dos fichas;
1445 desde un sitio estratégico combate
a su adversario entonces, y triunfante
en ventajas convierte los hostiles
golpes del enemigo! Ante el tablero
ambos he aquí sentados: el amante
1450 que arde en deseos y la hermosa ninfa;
cada uno ocupa enteramente un lado.
El codo intenta apoyar el marido
en una orilla; aguza ambos oídos,
y los ojos de cuando en cuando ocupa
1455 acechando debajo de la mesa.
Pero aquí empieza el ruido, pues se agitan
los dados en sonoros cubiletes;
los cubiletes a su vez golpean
el tablero; el estruendo de los dados,
1460 que vibran, chocan y se desparraman

comienza y no se acaba; hasta las fichas
movidas martillean el tablero.
Se agita retorciéndose el celoso
desconcertado; y en la huida piensa,
1465 pero le frena la sospecha. Aumenta
el zumbido, el estrépito, el estruendo;
él ya no aguanta más; con ambas manos
los oídos se tapa y se levanta.
Total, Mercurio, ha sido tu victoria:
1470 poco dijo el amante precavido
pero bastante le entendió la hermosa.
Pero así se jugaba en la Edad Media
de hierro, cuando se soliviantaban
los maridos por superstición necia.
1475 Pero cuando llegó a brillar de nuevo
la edad del oro en la que los maridos
se deshicieron del error antiguo
de los celos, el juego que inventado
fue por necesidad, lo transformaron
1480 en pura diversión apetecible
la dama y el caballero. Era superfluo
el estruendo; se revistió el tablero
de tapete suave, y fue forrado
el interior de aquellos cubiletes
1485 indiscretos, con fieltro; el alboroto
así se amortiguó; tan sólo el nombre
del juego permanece, que denota
con “Tric-Trac” el estruendo de su origen.

TERCERA PARTE

LA TARDE

Mas va corriendo hacia su fin el día
de los peces y de los animales,
de las plantas y de la humana plebe.
5 Todo un mundo se oculta a la mirada
del sol inmensa, mientras se apresuran
a recibir sus vivos rayos tierras
de Méjico y de Cuba, y la lejana
productora de perlas California.
10 Y el sol que con un último saludo
desde las peñas y las altas cumbres
de Italia velozmente se despide,
parece que quisiera seguir viendo
tu semblante, Señor, antes que quede
ocultado a sus ojos por los Alpes,
15 los Apeninos o la curvatura
del marino horizonte. Pues no pudo
hasta ahora ver más que al miserable
segador con su hoz y su cansancio,
agotado y sin fuerzas, agacharse
20 sobre la tierra que te pertenece;
y en las almenas de las fortalezas
brazos y hombros armados; y las manos
más ásperas y rudas que trabajan
en las mejoras de tus palacetes;
25 y vio a los polvorientos aldeanos
que están al frente de pesados carros
cargados de cosechas de tus campos;
y los pechos hirsutos de remeros
que por fértiles lagos y canales
30 van y vienen con varias mercancías
para tus lujos y comodidades.
¡Imágenes plebeyas! Ahora es tiempo
de que el sol se deleite con tu vista,
dueño de todos, servidor de nadie.
35 Lista está la carroza venturosa.
El ruido oigo de ruedas y corceles
alegres, los que el plácido marido

mantiene para su querida esposa
y para ti, su fiel acompañante.
40 Se apresura el cortejo de los siervos,
que os espera enfundado en sus libreas
impecables y mazas plateadas.
Ingenua juventud, que arde en deseos
de exhibir por la calle sus hechuras
45 abriendo el paso a la carroza, acaso
con audaz presunción imaginando
atraer las miradas de tu dama.
¿Qué esperas ya? ¿No has advertido que ella
al ligero cabello ha terminado
50 de aplicar el plumero con los polvos
rubios que ya se habían desvanecido;
y con otro plumero, en sus mejillas
han vuelto a florecer con matiz nuevo
rosas amigas que le robó el aire?
55 Ayúdala tú ahora en la tarea,
tú que naciste para ser su guía
y consejero; y llénale de aromas
la tabaquera, y de perfumes nuevos
con mano experta sus frasquitos lindos
60 de oro y cristal tallado; y el abanico
a la ocasión escógelo adecuado
y comprueba después cómo resbala
entre los dedos juguetones. Ah, icómo
a tu sagaz contacto ya consiente
65 la dama con miradas y sonrisas
alegres ante ti sin disimulo!
Ya se levanta y con un gesto ordena
partir ahora; entrega a las doncellas,
con muchos besos y recelo, el perro,
70 objeto de cuidados enjundiosos
como sus juegos, y sus dulces hijos;
y el pobrecillo tan zarandeado
entre brazos y pechos, va saltando
y aullando con chillidos, para el vulgo
75 repulsivos como estridor de limas,
música celestial para la dama,
directa al corazón y a los oídos.
Mientras así la hermosa se entretiene
algún rato entre entregas generosas,
80 y cómplices blanduras, y sagaces

entendimientos entre el can y ella,
tú, más cuerdo, mejor gasta tu tiempo,
ante el espejo claro ponderando
de tu cuerpo gracioso el balanceo
85 por las gráciles piernas sostenido;
y con la blanda diestra, hacia tu pecho
dirigida con movimiento experto,
descubre el alfiler que allí sujeta
las lindas telas del ropaje, mientras
90 los dedos bien cargados de sortijas
muestras con sus fulgores envidiados;
después compón los labios, y con arte
ensaya las miradas, y averigua
cuál más te favorece, y las sonrisas
95 ante ti mismo para que te gustes.
Apartado, por fin, tú de ti mismo,
así como la dama de su perro,
os volvéis a acercar. Lo que ha sobrado
de su piedad sensible y conmovida
100 hacia el tierno animal, en ti revierte
ella con su mirada; y con la tuya
le transfieres el gozo que tuviste
al contemplar tu rostro en el espejo.
Así os gustáis, y atados por un pacto
105 en mutuo acuerdo de sostén y amparo
id provocando ya por todo el orbe
de vuestra unión admiración y envidia.
¿Señor, qué clase de donoso antojo
conseguirá sacaros de los altos
110 palacios vuestros cuando ya anochece?
Va a ser la Amistad santa; aligerada,
sin embargo, de su excesivo peso
más propio de los tiempos trasnochados
que alentaban las bárbaras costumbres
115 heroicas de morir por un amigo;
nueva inocua amistad, será conforme
a los nobles de Jove descendientes
por los que resplandece nuestro siglo.
Amable diosa, tras el detenido
120 dictamen del espejo, tras los juegos,
tras los banquetes, la manera enseñas
cómo deba abrazar el joven conde
al pimpollo marqués, y estampar besos

125 en sus mejillas; de qué forma coja
uno al otro del brazo, y cómo juntos
elevando y torciendo la barbilla
suavemente, paseen como palomas,
se palpen, se sonrían y se traten
130 con gracioso tuteo. Y entre las damas
contendrás en el arco de las lenguas
afiladas en las habladurías
las flechas que ya tienen preparadas,
si de repente llega aquella dama
a la que irían destinadas; trata
135 de hacer que no osen ante su presencia
darle un disgusto esas amigas fieles,
aconsejando que las flechas queden
para ocasión mejor en sus aljabas.
Diosa Amistad, baja conmigo ahora,
140 y mi héroe de ti aprenda compromisos
magnánimos y graves sentimientos,
para que en las edades venideras
resuene cual la de Hércules su fama,
que liberó a Teseo de los infiernos,
145 o como la de Pílates, amigo
que por Orestes ofreció su vida.⁶¹
Si acaso de los reinos que separa
el alpe o el mar de tierras italianas
a la patria regresa el caro amigo,
150 recién librado del peligro grave
de misteriosa enfermedad, que tuvo
en larga controversia a los galenos
con sus palabrerías, ¿irás acaso
temiendo por su vida aún, a darle
155 ánimos con tu apoyo, suspirando?
Tú, magnánimo joven, con el alma
turbada y con el corazón ansioso
¿acaso indagarás las expresiones
y las miradas de los más preclaros
160 de Esculapio discípulos, buscando
el diagnóstico más autorizado?
¿O bien le podrás dar, para que apoye
la espalda fatigada, unas almohadas,
o vital medicina de tu mano

⁶¹ Hércules bajó al infierno para sacar de allí a su amigo Teseo; Pílates, prisionero en Táurida junto con Orestes, ofreció su vida para salvar la de su amigo.

165 suministrar solícito a su boca?
 Para que su salud se regenere
 ¿ayudarás limpiándole la frente
 empapada, con lienzo terso y suave,
 o, removiendo el aire, tu abanico
170 provocará su sueño perezoso
 que recupere la salud perdida?
 Tal no obrarás, Señor: deja que el vulgo
 ocupe con cuidados tan someros
 su alma miserable y apocada;
175 al amigo, dichoso plenamente
 lo harás con uno solo de tus gestos.
 Por algo ya en tus ocios matutinos
 sentado al tocador del gabinete,
 árbitro tú del gusto, proclamaste
180 cuáles artistas son los excelentes,
 y tal honor te aseguró el dominio
 de sus mentes y obras. Cada uno
 te servirá para algo. Tu poeta
 por ti mandado, puede de una hermosa
185 a tus súplicas sorda, la fingida
 virtud agujijonear con epigramas;
 así un pintor ilustre a tu servicio
 puede confeccionarte una tarjeta
 que de presentación cumpla el oficio,
190 donde el arte reduzca en breve espacio
 las servidumbres y las cargas graves
 de la amistad de la que tú presumes.
 Puede que se te antoje que allí rece
 tu gran nombre en sí mismo majestuoso,
195 sin otro adorno de que resplandezca;
 o bien a modo de una estela antigua
 lo quieras bien grabado, o te complazca
 reconocer allí como trofeo
 las armas del escudo de familia
200 acumuladas, el león rampante
 furibundo y el ave con sus alas
 que los rayos de Júpiter arroja;
 aquí verás insignias, alabardas
 y atabales; allá picas y espadas;
205 acullá cetros, mantos, puro armiño,
 y collares con arte desplegados.
 Válgate la tarjeta reservada

desde siempre, Señor, por si hace falta;
ya va a ser hora de que la utilices.
210 Salga con ella uno de tus lacayos
presuroso a la puerta de tu amigo
volando; la tarjeta de visita
dichosa, deje allí depositada,
y huyendo vuele a ti, héroe piadoso,
215 que, satisfecho ya de tu conducta,
veloz desapareces de repente
entre el gentío de los callejones.
Ya tu amigo tu nombre está leyendo
profundamente enternecido, e incluso
220 derramando unas gotas de su llanto,
dice "¡Oh, alivio vital de enfermedades
desconocido para el tosco pueblo!
¡Oh, fácil intercambio a nuestro alcance
de desvelos y dulces sentimientos
225 concedido tan sólo a excelsas almas!
¡Ojalá llegue pronto el día dichoso
en que a mi vez corresponder me toque
a tan gratos y nobles compromisos!"
Así, mientras bosteza lentamente,
230 deja caer despacio de su mano
la tarjeta dilecta, ya entregado
al sueño; suavemente vais cayendo
tú, la tarjeta, el nombre, en el olvido.
Mientras tanto, vas tú rápidamente
235 bajando la pendiente de la calle
hacia adonde te impele para otros
delicados oficios, tu damita
que con ruego de labios anhelantes
y con suave presión de la rodilla
240 solícita te ordena. También ella
igualmente responde al poderoso
mandato y a los dulces sentimientos
de la amistad. Porque en su pecho hermoso
no menos noble un corazón palpita.
245 ¿Qué le ocurre a su amiga? Ayer la vieron,
a la pobre, debido a lo que fuera,
de pronto temblar toda y agitarse
su hermosa hechura en un ataque. Piernas
rígidas, y en los brazos movimiento
250 forzoso en convulsión. Se amarataron

esos labios que alientan las audaces
alas de amor al vuelo; las mejillas
de nieve se le hincharon; más candores
ocultos emergieron de la ropa
255 aflojada ante la visión de todos.
Se apartaron las Gracias; los Amores
con sus vendas también se protegieron.
En vano procuraron sujetarla
el cortejo, el marido y las doncellas
260 (que a la dama, al marido y al cortejo
nunca pierden de vista, para luego,
sonreír entre sí malignamente);
ella, oteando con feroz mirada,
dobló en duro arco la gentil espalda,
265 trastabilló con el pie lindo, y el borde
desigual y punzante de la mesa
del juego del Tric-Trac con esa mano
tantas veces besada, agarró fuerte.
Lívida, desgredada y descompuesta,
270 en su atuendo maltrecha, finalmente
no le quedaron fuerzas; fue cayendo,
pesado fardo, encima de la cama.
No quedó muchas horas, el evento
excepcional, oculto en los secretos
275 íntimos aposentos custodiados
por mudas dobles puertas aherrojadas.
La Fama lo captó con uno solo
de sus cien ojos allí mismo; entonces
salió a llevar la bella prenda hurtada
280 ante aquellas matronas maduritas,
escarnio de los niños Amorcillos
que de las cuarentonas majestuosas
huyen volando para dirigirse
a más alegres nidos placenteros.
285 Hay una entre ellas que compone y lía
o entapuja los amorosos lazos,
o bien reviste de virtud severa
sus hablillas, y rostro furibundo
ostenta en sus dictámenes, mirada
290 enardecida y voz declamatoria
que agiganta e interpreta los sagrados
misterios de amorosos aposentos;
y a un tiempo odiada y requerida, risas

provoca al relatar los chismorreos
secretos de los suyos y de lo ajeno.
295 La diosa voladora vio a la dama,
se fijó en ella, y sonriendo un tanto
dijo: “Eres tú la única que puedes
el estruendo vencer de mi trompeta”.
300 Así dijo la Fama, y el semblante
de la dama tomó. Con su abanico,
y con sus tabaqueras, la carroza
cogió alcanzando a trote los corrillos
más frecuentados por la muchedumbre.
305 En un instante cesan los bostezos;
en un instante en ella se concentran
los ojos, los oídos y los labios
de todos los presentes; finalmente
con aspaviento expone ella el asunto
310 con la respiración entrecortada,
y en las rodillas dándose cachetes
con ambas manos; y así mismo expone
del asunto las causas más remotas.
Las damas se rieron, bien dispuesta
315 cada una a asumir un semejante
y deseado rol de maledicencia,
de presentarse la ocasión mañana:
si el marido se opone a sus deseos
más fantasiosos sin satisfacerlos,
320 o se niega a saldar aquella deuda
de juego infortunado de un mal día,
o descuida con ella los detalles
galantes, frente a todas, seducido
tal vez por una diosa más excelsa;
325 o por súbita tos de su perrillo.
Tu dama, tras reír también con ellas,
dispuso el corazón para ir contigo
a visitar a la indispueta amiga.
Id, pues, los dos, id al piadoso oficio:
330 mas no sin antes haber estudiado
mucho tiempo el asunto entre vosotros,
a lo largo del viaje en la carroza.
En el umbral deténganse las ruedas
sin llamar la atención, por un momento,
335 si preferís respecto de la amiga
visitarla y no verla; el joven siervo

suba las escaleras empinadas
y os anuncie a la dama, de manera
que ella misma rechace con excusas
340 una visita que no le apetece.
Mas si ambos quedáis presa del capricho
de espiarla por ver quién la acompaña
para turbar su alma sosegada,
o de atisbarle en la expresión del rostro
345 claros indicios de lo sucedido,
entonces sí que debe la carroza
al vestíbulo entrar con gran estruendo
de improviso, de modo que retumbe
el soberbio edificio trepidante.
350 Las hermosas, igual recibimiento
conceden en el caso de que llegue
importuna visita u oportuna;
si es una dama noble, siempre un mismo
placer su corazón llena de gozo.
355 Ya corren efusivas las amigas
a encontrarse impacientes; ya se chocan
pecho con pecho en el abrazo; estampan
sendos besos recíprocos alternos
con sonoro chasquido, en sus mejillas;
360 se cogen de la mano, y con maniobra
experta en movimientos de cadera,
ambas a un tiempo acaban desplomadas
sobre el diván. En el sofá, la una
refiere los sucesos que la fama
365 ha propalado, al tiempo que le lanza
al alma de la amiga unas palabras
alusivas; la otra, de repente,
la atropella con otra habladuría.
La una enciende el rostro de una ira
370 que la embellece, y los graciosos labios
se muerde, conteniéndose, la otra;
de ambos lados el ímpetu furioso
de los dos abanicos que se agitan
en el aire, en exceso va creciendo.
375 En tiempos de Turpín así ocurría
si acaso en el camino se encontraban
dos guerreras ilustres revestidas
de recias armaduras: cada una
ambicionaba comprobar de la otra

380 el valor y bravura en la pelea;
 y, tras la cortesía de los saludos,
 inclinaban sus lanzas y feroces
 se batían a caballo, hasta que al suelo
 arrojaban los trozos de las astas
 385 quebrantadas, y ardiendo en noble saña,
 echaban mano a las descomunales
 empuñaduras, rauda y velozmente.
 Mas pronto por el bosque impenetrable
 desde lejos se oía un mensajero
 390 al galope llegar con gran estruendo
 y avisar, reclamándole a la una
 que al lado del rey Carlos regresara,
 y la otra fuera al campo de Agramante.⁶²
 Al igual que el avisador heraldo,
 395 tú también, joven héroe, atreverte
 debieras a exponer tu cabellera
 –con flequillo y con rizos atusados
 esta mañana por el peluquero–,
 al vendaval de airados abanicos:
 400 invitando a tu dama a nueva hazaña,
 detén las extremadas consecuencias
 de su furia violenta y peligrosa.
 Al fin llegaste con inusitados
 resplandores, tiñendo el horizonte
 405 de una nueva en el cielo alba rosada
 ¡oh día solemne para nuestra patria
 y para el orbe entero! Al fin la esposa
 de excelsa alcornia, su preclaro vientre
 desocupó alumbrando primeriza
 410 la varonil tan deseada prole.
 Tan pronto como recibió el entorno
 el primer nobilísimo vagido,
 cien mensajeros se precipitaron
 a salir a caballo, estimulando
 415 con las duras espuelas y las recias
 botas a los corceles, y azotando
 la inmensa etérea bóveda convexa
 con estridor de látigos y cuernos;
 uno se dispersó por las ciudades
 420 pobladas, anunciando el fausto evento

⁶² Se refiere a un episodio del *Orlando furioso* de Ariosto en el que se enfrentan una famosa guerrera sarracena (Marfisa) con otra cristiana (Bradamante).

a los deudos más nobles; otro en cambio
 trepando con fatiga por los montes
 acudió a los antiguos y enrocados
 feudos fortificados con almenas
 425 donde mora la sombra, el polvo, el búho;
 puso a punto de nuevo los cañones
 en sus afustes inestables, llenos
 de herrumbre por desuso, y sus truenos
 hizo estallar, llenando del suceso
 430 memorable los valles dilatados,
 los montes y las tierras fronterizas,
 lugares donde habitan los vasallos.
 Ante el parto, tampoco se callaron
 las Musas complacientes, ya aplaudidas
 435 hace un año en las nupcias venturosas.
 Como en las noches del ardiente agosto
 un enjambre de grillos o, más lejos,
 de ranas infinita concurrencia,
 suele atestar de estrépito los campos
 440 y los estanques, cuando las estrellas
 fugaces van hendiendo las tinieblas
 y fuegos fatuos surgen repentinos
 sobre el agua que lamen y abandonan
 volando, así surgieron los cantores
 445 en tropeles, y así fuego de Apolo
 cayó sobre ellos, que todo el hinchado
 fastuoso repertorio de palabras
 distribuyó en renglones, o en estrofas
 de versos con sus rimas ampulosas.
 450 En los vagidos del recién nacido
 unos vieron un Hércules, y otros
 la salvación de Italia presintieron,
 otros el exterminio de Bizancio;
 no osó mi Musa unir su voz al coro,
 455 mas sigilosa se acercó al oído
 tierno y divino del lactante, y en breve
 resumiendo las muchas alabanzas,
 dijo “Serás en todo parecido
 a tu progenitor ilustre [...]”⁶³
 460 Ya el paseo resplandece rebotante
 de carrozas; las calles al estruendo
 retumban de mil ruedas voladoras;

⁶³ Laguna en el original.

allí entre los primeros se divisa
a aquel apuesto joven que sus tierras
465 patrimoniales, por una carroza
que le mostraron, nueva y ostentosa,
las cedió al fabricante de carruajes.
Desparramado en el asiento izquierdo,
las piernas extendiendo, exhibe toda
470 su esbeltez y donaire; y el orgullo
que abunda en su interior por su linaje,
se manifiesta en el aspecto externo.
En un destello de gentil sonrisa
entre la comisura de los labios,
475 o con desdén de cejas levantadas
su mirada domina con desprecio
los demás carruajes inferiores:
levanta suavemente la barbilla
encoge el codo, y los encajes finos
480 del cierre superior de la camisa
reajusta suavemente con dos dedos
de la mano doblada con finura.
Por ahí viene otro noble advenedizo
recién llegado de habitar en choza
485 a tener un carruaje, que se estima
admitido al concilio de los dioses.
Aprende a conocer al populacho
desde su nueva altura, y ya se siente
mil millas elevado por encima
490 hasta el séptimo cielo. Y a su paso
obsequiosos las ventanillas bajan
condescendientes los demás carruajes
y le halagan también para que ampare
la menguada fortuna de sus dueños.
495 Otro anda ufano del recién comprado
título de nobleza, y a la escucha
aguzando el oído, le parece
que en las bocas de todos alto y fuerte
resuenen para gloria de su nombre
500 las alabanzas. ¡Ah! ¡Cómo maldice
el arrastre estridente interminable
de las pesadas ruedas, y el estruendo
de los caballos con sus herraduras,
y el aire, el viento y todo cuanto impide
505 que a su corazón baje el deleitoso

son de las voces por las que suspira!
Más y más crece el ruido fragoroso
y con él el gentío. He aquí las damas
a las que sus amantes les pidieron
510 prestados los carruajes para el día
solemne de la fiesta. Y las matronas
que antaño con recelo condenaron
las frívolas usanzas de los grandes
y renegaron de ese polvoriento
515 y maldito trayecto del paseo,
y lo ignoraron orgullosamente,
he aquí que cuando vieron que sus hijas
habían crecido y con las miradas
parecían incitar al matrimonio,
520 terminaron cediendo, y ofrecieron
ante los ojos de los italianos
la visión de los brazos torneados
y con recato los sabrosos frutos
rociados de pechos incipientes.
525 Por otro lado vienen las señoras
—señaladas a dedo por la Fama—
que a los jóvenes dioses atraieron
a su vera una vez, y aprovecharon,
tras ser abandonadas, el suceso,
530 contándose a todos los amigos,
desde la intimidad del gabinete
de manera muy trágica, o la historia
divulgando de sus amores rotos
en los banquetes, bailes y teatros
535 donde escenificaron con espasmos
de su romance las desavenencias.
Agitado se asoma su abanico
de un lado u otro del carruaje, y sale
y saluda con tonos muy variados.
540 Sus cabecitas vuelven las hermosas
todas a un tiempo; de un lado o de otro
se escoran, se bandean, zigzaguean,
se incorporan y sobre los cojines
se desploman; y su vocinglería
545 de una carroza a otra aguda cruza.
Por fin llegan también las distinguidas
esposas de los héroes italianos.
Las reconozco por sus mensajeros

550 veloces que de lejos las anuncian
y con la muchedumbre se tropiezan
echándosele encima; y asimismo
las reconozco yo por sus tropeles
de sirvientes sacados del arado
para acompañamiento pretencioso
555 tras el triunfal carruaje, saludando
ociosos con los brazos levantados.
Oh Náyades con generoso escote
y Napeas orgullosas de un pequeño
soto o de un diminuto manantial
560 que Júpiter donó desde su altura
al cuidado de vuestros Egipanes,
despropósito es que os atreváis
a mezclaros con Venus y con Cintia
y con Juno y con Palas Atenea.⁶⁴
565 Os delatan, muy lamentablemente,
vuestras miradas inseguras, vuestra
capacidad de asombro muy frecuente
para las cosas que no la merecen,
y asimismo cierto aire pueblerino
570 en vuestros ademanes, que invalidan
los símbolos del lujo que usurpasteis,
como los alamares en la frente
colgando a los corceles, que es un uso
a los nobles tan sólo permitido,
575 o el uniforme con que al cocinero
y al siervo revestisteis, que se unieron
al cortejo que os sigue, fatigados,
tras dejar deplorablemente solos
y sin cuidar a los canosos padres
580 ancianos, que dejaron encerrados
con llave en sus tugurios silenciosos.
Las damas de postín, muy diferentes
de vosotras, avanzan en sus altas
carrozas, con altanería erguidas
585 sin hacer ningún caso, por supuesto,
al populacho que las reverencia;
si una mirada distraída acaso
se dignan dirigiros, decir quiere
“No me resultas conocida”, o ríen

⁶⁴ Habitaban los bosques las Náyades y las Napeas, divinidades menores o ninfas; también los Egipanes, seres mitad cabra, mitad hombre (alude a los maridos, propietarios nuevos ricos); Parini los contraponen a los dioses mayores habitantes del Olimpo (Venus, Cintia, Juno, Minerva) que representan la nobleza de alcurnia.

590 mientras al lado del galán susurran.
Las más jóvenes madres de los héroes
han llenado el paseo, todas llevando
consigo a un joven héroe, o bien a un joven
padre de héroes futuros que algún día
595 destacarán por sus modales finos
en la casa, en la mesa, en el paseo,
en el teatro o en el juego, y siempre
celebrados serán, como presiento,
por un clarín como el que tuve en suerte
600 de Apolo, cuando el dios me mandó: “Canta
los Aquiles y Augustos de tu siglo”.
Y mi clarín tan sólo te echa en falta
a ti, lucero del más noble mundo;
ven ahora a alegrar la moribunda
605 luz del astro que alegra el universo.
Para tu dama se hace tarde, y llegas
con ella cuanto antes al paseo.
El cochero, si os gusta estar parados,
experto pare donde de antemano
610 le habéis establecido, y no se atreva
a exhibiros delante del gentío
de las carrozas de los menos nobles;
y arranque, en cambio, si lo que os agrada
es andar y exponer a las miradas
615 ajenas, nuevas paces y amorosos
contentos, hasta hoy desconocidos
por la pública fama. Ni te impida
nadie salir de la carroza un rato,
y deslumbrando todo en torno suyo,
620 como el sol que se asoma tras la nube,
descubrir la hermosura de tus rayos,
en el dorso, en las piernas y en el rostro
semejante a los dioses del Olimpo;
pues a ti Venus, como a su otro hijo
625 el semidiós Eneas, ha concedido
atusada y brillante cabellera
y tez rosada de la edad temprana.
Cuando bajas, tus siervos están listos.
Tras un salto del coche, pon en orden
630 las chorreras de encaje sobre el pecho
y arréglate las ropas arrugadas;
al brillo del calzado echa un vistazo;

levántate con leve contoneo.
Si deseas andar, podrás tú solo
635 ir por la calle, o bien, si lo prefieres,
arrimarte podrás a la carroza
de unas damas casadas, a la peana
encaramarte y encajonar adentro
la cabeza, los hombros y los brazos
640 o medio cuerpo zambullir entre ellas.
Habrás de hacer sonar allí tan altas
tus risas que tu dama las escuche
de lejos, y se turbe hasta que pare
las guasas y las burlas de los héroes
645 que en seguida acudieron a cuidarla
en cuanto vieron que quedaba sola
al extinguirse del incierto día.
Oh sumos dioses, isuspended la Noche
para que las hazañas excelentes
650 de mi Joven Señor más resplandezcan
a la brillante claridad del día!
Pese a todo, sus leyes inviolables
sigue la Noche y con callada sombra
sobre nuestro hemisferio va cayendo;
655 avanza lentamente con sus pasos
bañados de rocío que los colores
infinitos y varios entremezclan,
y los confunde y borra con su manto
inmenso de tiniebla; un solo aspecto,
660 sin diversificar, un solo rostro
a la tierra, a las plantas, a las bestias,
a los nobles lo mismo que a la plebe,
concede, justa hermana de la muerte;
la cara maquillada con afeites
665 iguala a la lavada, en las hermosas;
los andrajos, de ricas vestimentas
adornadas con oro, no distingue.
La Noche a mí tampoco me permite
en esta oscuridad del aire ciego,
670 que reconozca cuál de las carrozas
se queda sola en la secreta sombra,
o cuál se marcha; a mi Señor envuelve
en un rebozo de vapor oscuro,
y a mí el pincel me quita de la mano.

CUARTA PARTE

LA NOCHE

Mas no te opondrás tú, benigna Noche,
a que busque a mi Joven renombrado
para guiarle dentro de tu reino
finalmente con mis últimas normas.
5 Tiempo hubo en que tú, Noche, te cernías
sobre la asustadiza y débil tierra,
desde la altura de tu pesadumbre,
y de la soledad más angustiosa,
embozada en tinieblas y en peligros.
10 Tus horrores tan sólo interrumpidos
quedaban por los rayos vacilantes
de lejanas estrellas y planetas
recorriendo sus rutas en silencio;
alivio momentáneo a los espantos
15 que renacían después acrecentados.
Una terrible sombra agigantada
veíase subiendo las murallas
de los palacios y las altas torres
edificadas sobre las mazmorras
20 empedradas de antiguas calaveras.
Y todo alrededor revoloteaban
abubillas, lechuzas y otros monstruos
enemigos del sol, y los augurios
más aciagos traían con sus chillidos
25 mortíferos; del suelo mortecinas
y tenues llamas surgían y vagaban
con altibajos por el aire turbio
y pavorosamente silencioso;
y de aprehensión el alma le encogían
30 al receloso adúltero que andaba
sin hacer ruido cautelosamente,
rebozado en su capa, con el arma
oculta y el sombrero hasta las cejas.
También se cree que sobre los tejados
35 desiertos, unos pálidos fantasmas
emitían un quejido agudo y largo

al que en la oscuridad desde muy lejos
los perros replicaban aullando.
Así fuiste tú, Noche, en esos tiempos
40 en los que de mi Joven los ancestros
(esos de quienes todavía presume),
eran recios y agrestes; tras la cena,
hacia el anochecer, presa del sueño
sucumbían, hasta que la nueva aurora
45 aun bostezando, los emplazaría
a vigilar las obras de los ríos
canalizados hacia nuevas rutas
y los nuevos cultivos de los campos
que enriquecieron a sus descendientes
50 asentados en reinos y ciudades.
Mas he aquí Amor, he aquí su madre Venus,
y he aquí los Genios del juego y del lujo
que triunfalmente recorren la noche,
a mi Señor ahora consagrada.
55 Delante de ellos resplandece todo
de nueva luz. Ya derrotadas huyen
las tinieblas adversas, y sus alas
extienden sobre rústicos cobijos
donde duermen las bestias y los hombres
60 que la fatiga al sueño ha condenado.
Admirada la Noche ve en su entorno
más que ante el sol, brillar y reflejarse
marcos de oro y paredes adornadas
de espejos y cristales, y variados
65 trajes, y movimientos maliciosos
en las miradas, y cándidos brazos,
y raras tabaqueras, y valiosas
hebillas y sortijas: mil enseres.
Del mismo modo el Caos eterno, cuando
70 Amor lo fecundó bajo sus alas,
sintió que se creaba el movimiento
generador de impulso, y dimanaba
la luz, y él mismo se asombró de verse
en tal estado, con tantos tesoros
75 de la naturaleza que se abrían
cobrando vida en su fértil regazo.
Así pues, sigue el magisterio mío,
Joven Señor, alumno aventajado
de mi doctrina aun por la noche, cuando

80 te invito a procurarte nuevas glorias
allá donde congrega a tus iguales
(después del atavío en tocadores,
el paseo concurrido y el banquete),
la última ocupación de la jornada,
85 digna de sus blasones ancestrales
de su sino y de públicos auspicios:
la velada frecuente o el teatro.
Pero ¿dónde, ay adónde desdichado
te diriges sin mí? Pues no hace mucho
90 te hurtaste, como el sol, a mi mirada
¿cuál palacio te acoge, o cuál te salva
de los vapores húmedos nocturnos
habitación ambigua y solitaria?
¿De cuál senda, sin que te reconozcan,
95 atraviesas las sombras donde a tuestas
la plebe apresurada se tropieza?
Ah, no lo quiera el Cielo, tu carroza
tal vez donde el pasaje es más estrecho
con la de otro chocó violentamente;
100 y de los dos cuál deba quedar firme
y cuál retroceder, a fuertes gritos
disputan los cocheros. No procures,
joven egregio, levantar tu amable
voz entre el estentóreo griterío
105 bronco de vil ralea; callado aguarda.
Puede ocurrir que uno de los cocheros
a su rival derribe del carruaje,
o bien peligren ambos en el suelo
entre las ruedas, y te catapulten
110 a través del cristal roto en añicos
a ti también al suelo, boca abajo.
Mas no, pues el cochero, satisfecho
de un golpe nimio o una disputa breve
se marcha, y finalmente quedas libre.
115 Mas no por ello al día siguiente dejes
de pedir tu venganza; haz que resuene
bien alto el sacrilegio del asunto;
atrévete a exigir, y escandaliza,
agita y aturulla los juzgados
120 desde el más ordinario hasta el supremo;
llénese el mundo del suceso grave,
y a lo largo de un año al menos, hable

de tu carroza, del cochero tuyo,
de ti y de tus caballos. Son las cosas
125 por las que largo tiempo vuestra fama,
vástagos de héroes, va de boca en boca.
Tal vez junto a tu hermosa, en el paseo
ya desierto, quedaste entretenido
por un incauto charlatán; acaso
130 te enzarzaste imprudente en una nueva
ingeniosa disputa con la dama;
quien, harta de prolijas discrepancias,
se enoja, y la manita que tú besas
retira atrás e intenta liberarla
135 de la tuya; ya amaga la amenaza
de retirarse a su mansión, y entonces
a todos rehusar y quedar sola
allí hasta que se apiade el sueño de ella,
y llegue a apaciguar sus arrebatos.
140 Es en vano el pedirle tú disculpas,
e inculparte a ti mismo de haber sido
osadamente desconsiderado:
se niega ella a aplacarse: la carroza
tiembla al doble alboroto: la carroza
145 estacionada queda entre las sombras;
a vosotros, sus más valiosas prendas,
la sociedad os espera impacientada.
Por fin oye el cochero de ambas voces
una orden confusa indistinguible,
150 y azuza los corceles blasfemando
y os conduce precipitadamente
(adónde, todavía no se ha enterado).
¡Insensato! ¿De qué me intranquilizo?
Todo fatal augurio miserable
155 dispérsenlo los vientos; queda mi héroe,
con la complicidad del paseo mudo,
feliz gozando el fresco aire nocturno
que sopla desde los lejanos montes
y alivia reanimándole; a su lado
160 no menos satisfecha, está sentada
la amada esposa ajena. Amor, presente,
la antorcha incauta esconde, y levantando
el fiero dardo, aleja a los chismosos.
Invicto Dios, de mí no desconfíes,
165 pues no he venido como un envidioso

soplón, sino al contrario, fiel amigo
de la feliz pareja que proteges.
Por tu parte, Señor, no te demores.
Muy gratas resultaron ya estas sombras,
170 cuando por vez primera sobrevino
el hermoso deseo que con la amada
esposa ajena consiguió juntarte
hace dos meses; pero finalmente
175 he aquí que repta el tedio insinuado
entre vuestras interminables citas;
es tiempo ya de que tus cualidades
en pública palestra, más acorde
con tu digno decoro, resplandezcan.
Mira la Noche que en lo alto vuela
180 por el espacio etéreo con su carro
de estrellas, y en el cielo con el dedo
te señala a los héroes como Alcides
Baco, Pólux, Teseo, con otros muchos
que subieron allá junto a los astros
185 a brillar por mil pruebas ardorosas
en que resplandeció su honor. Despierta
ante ejemplos tan grandes, Señor mío,
ven de prisa conmigo. Como sabes,
hay un lugar en la ciudad famoso,
190 que una matrona espléndida regenta
para aquella asamblea noble nocturna
de tus iguales, sin la cual la vida
de placer y valor carecería.
Allí acuden las bellas respetadas
195 madres de mozalbetes ya crecidos
para olvidar, en el azar del juego,
del azar del amor los contratiempos
que su día trastornaron y agitaron.
Allí grandes abuelas venerables
200 y vanidosos padres de familia
entre la noble irritación del juego
reprimen la conciencia y la vergüenza
de su avanzada edad. Allí la turba
de la indomable juventud divina
205 baja al combate con armas variables
como lindos chalecos, o mimosos
gestos, o locuciones ingeniosas
del habla que aprendió por la mañana;

210 mientras la vanidad en la contienda
incierto infunde en esos nobles pechos
noble furor, y con fortuna alterna
quitando y concediendo las reñidas
victorias, abandona las ligeras
insignias que hacia arriba lleva el viento.
215 He aquí que un gran palacio resplandece
de mil y mil antorchas. Ataviado
de estilos varios, un tropel de siervos
intrépido da vueltas, sube y baja.
Alrededor de la mansión el aire
220 ensordece a los golpes y al estruendo
de látigos, de ruedas, de caballos,
en un ir y venir, y a los silbidos
y gritos de individuos que se lanzan
preguntas y respuestas. Aquello todo
225 es estrépito y luz. Has de alcanzarlo,
tú, principal cochero de carruajes,
que llevas cargas para mí tan dulces
como la dama con su caballero;
domina con tu mano experta el denso
230 trasiego de las ruedas en la cuesta;
y embocando con rápida carrera
el amplio portalón, atrás aparta
a todos cuantos antes han tenido
de ocuparlo sus vanas intenciones.
235 Como mérito propio aplauda el lance
mi héroe generoso; y asimismo
la dama aplauda, que con ágil mente
indagando el valor de los cocheros
de las diosas rivales, nacer siente
240 hacia ti un delicado y tierno orgullo
que antes su corazón no probó nunca.
Mas se para el carruaje, y la hermosa,
en ti apoyada, mi Señor (pues antes
que ella te habías bajado con un salto),
245 con leve pirueta, sobre el suelo
golpetea con su tacón sonoro.
La rica cera virgen que atesoran
las abejas, en velas moldeada,
antaño a los altares reservadas
250 de los dioses, delante de vosotros
ahora resplandezca goteando.

Sígase una cuadrilla de sirvientes
 de porte respetuoso, bien dispuestos
 a levantar arriba con finura
 255 la cola interminable del vestido;
 suma felicidad que la distingue
 de otras acaudaladas que, con todo,
 ¡pobres! en pleno polvo del camino
 oyen crujir la parte más extrema
 260 del vestido que arrastran por el suelo.
 ¡Ah! Si tal vez nueva desavenencia
 alteró en el pasado vuestras almas,
 ofrécele inclinado y respetuoso
 el brazo, y con ella ábrete paso
 265 como ibérico amante que a su dama
 digno acompaña a la festiva plaza
 donde el toro con sus furiosos cuernos
 embistiendo al torero hacia lo alto
 lo arroja; o donde se oyen los gemidos
 270 del judío abrasándose en la hoguera.⁶⁵
 Mas no es eso, pues vuestra ola amorosa
 hoy se asienta pacífica, tan sólo
 encrespada por una suave brisa
 que, aleteando, la mueve despacito
 275 no más para la holganza del deleite.
 Vivaz y esbelto, pues, ofrece el diestro
 brazo doblado cariñosamente
 a la hermosa; en él su mano izquierda
 ella introduzca: y tú un tantín presiona
 280 con el codo; a su vez ella un poquito
 presionando conteste, y a tus fuerzas,
 dulce fardo, se entregue a que la lleves,
 mientras ambos subís con cierta prisa
 entre bromas y risas a saltitos
 285 ligeramente por la escalinata.
 ¡Ah! Las bóvedas y arcos del palacio
 ¡cómo rimbomban ante la llegada
 de ti con tantos títulos ilustres!
 A ese sonido, dóciles las puertas
 290 ceden de par en par abiertas, y ese
 sonido en tu interior hace que hierva
 digna soberbia y todavía más huera

⁶⁵ Parini da crédito una vez más a la leyenda negra sobre España, conocida por sus tradiciones taurinas, su galantería y sus hogueras inquisitoriales.

quede tu alma, ¡ya bastante oronda!
Así debes entrar, y esos espacios
295 afortunados llene tu grandeza.
He aquí que se va abriendo a vuestro paso
una sucesión larga de salones.
De estos una antesala reservada
al rebaño más ruin de los sirvientes
300 resuena del dialecto pueblerino,
de las guasas y burdas risotadas
de los brutos plebeyos, entre lumbres
múltiples que se encienden y se apagan
y sombras que se mueven inestables
305 por su vaivén continuo. Muy distintos
son los criados con peluca al cargo
de la sala de juegos, que resuena
de lenguajes variados que entremezclan
el acento extranjero y el nativo
310 en suaves susurros, y se ponen
a preparar las piezas necesarias:
para el combate, cantidad de naipes;
y para excelsas pruebas y victorias
dados y piezas de ajedrez ebúrneas.
315 Finalmente a vosotros se reserva,
prole celeste, una gran sala interna
soberbia por su luz y sus dorados
y sus ricas alfombras orientales.
Yo, poeta ignorado y de la raza
320 común de los mortales, ¿cómo osado
seré de penetrar en la asamblea
de semidioses tales que en su sangre
en vano buscaría una gota impura
a través del cristal del microscopio
325 el investigador que vio hombrecitos
dentro del fluido seminal nadando?⁶⁶
Me paro entre los siervos; silencioso
escuchando, por ellos enterado
quedaré de los últimos placeres
330 de mi Señor recónditos y nuevos.
Tú, mi Musa invisible, sin embargo
me sonrías y, como tú invisible,
me alzas contigo hasta los sacrosantos

⁶⁶ Se refiere al científico holandés Leeuwenhoek (1632-1723) que observó por primera vez los espermatozoides, descubrimiento realizado a través de un potente microscopio.

lugares que al profano están vedados.
335 En orden circular amplio y solemne
sobre la suavidad de las alfombras
se han situado los asientos: grave
entre ellos predomina el más extenso
diván, donde la dueña de la casa
340 a un lado recostada, lentamente
con la mano que cuelga al lado opuesto
abre y cierra con gracia el abanico.
Comienza la llegada. He aquí las damas
las delgaditas y las más rollizas,
345 que se apresuran a veloces pasos
a la gran recepción. Los eminentes
caballeros caminan a su lado;
ellas, formado un círculo de damas
alrededor del gran diván, bajito
350 bisbisean breves frases de saludo
para luego ocultarse muy discretas
en los asientos que les corresponden.
Antaño fue el diván alegre nido
de risas y de burlas, cuando quiso
355 quedarse entre las sombras del palacio
en estancias tranquilas y apartadas.
Pronto le encontró Amor al artefacto
otra ingeniosa aplicación. Y dijo:
360 “Yo quiero agasajar a mis amigas
con un sitial hermoso que permita
a tres tomar asiento juntamente.
Así, uno al lado de otra, los amantes
juntos se sentarán, y yo con ellos,
cuando se vaya lejos la caterva
365 de los inoportunos e indiscretos”.
Dicho esto, dio palmadas aplaudiendo
su invento, y con las alas desplegadas
se apresuró al oficio de artesano.
En ebanista convertido, forma
370 una gran plancha de ensambladas tablas
y de flexible correa. La alza
sujetándola sobre unas columnas
muy firmes de madera, que terminan
en forma de ligeros pies de cabra
375 que imitan los de Pan, el dios silvestre.⁶⁷

⁶⁷ En la iconografía se representaba a ese dios con patas de cabra.

Un extenso respaldo atrás le añade
con brazos oportunos a ambos lados
que imitan hojas de flexible acanto
o ricos cuernos de árcade carnero.
380 Después, a la variable brisa hurtando
las plumas y las alas, las aprieta
y cierra en un cojín turgente y suave
que ocupe todo entero el artilugio;
por último lo adorna tapizando
385 con blanda seda y con rica pintura
de variado color y pan de oro.
El obsequio de Amor a las hermosas
¡cuánto gustó! ¡oh cuántos pensamientos
su mente iluminaron con chispazos!
390 Todas lo reclamaron a porfía:
lo quiso cada una en las estancias
más interiores: aprobó cada una
la intrínseca energía del artefacto
que a los desplazamientos de la masa
395 de los allí sentados, respondía
sin oponerse, ni ceder tampoco.
Allí se retiraron a sentarse
las amigas, y lejos de miradas
de maldicientes, fueron murmurando
400 a los oídos de confianza, entre ellas,
los íntimos secretos delicados.
Al lado de sagaz intermediaria
la pareja de amantes allí un nudo
amoroso enlazó, o los enfados
405 aplacó, nuevas leyes aprendiendo
que el código de amor dicta y dispone.
Allí a menudo el licencioso amante
le leyó a la querida esposa ajena
un libro raro, y le explicó el sentido
410 al mostrarle entre argucias y sonrisas
la ilustración lasciva entre las hojas.
Del diván el escaño afortunado
la envidia provocó de los asientos
variados de una plaza; y se murmura
415 que hasta las propias camas lo envidiaron.
¡Ah! ¿Por qué tuvo que mudarse, presa
de una loca ambición, entre el tumulto
inmenso y el gentío clamoroso

de fastuosas veladas? Allí reinan
420 dos Genios melancólicos y mustios,
engendrados por Ocio y Vanidad,
que van errando, bajo conocidos
nombres de Pundonor y Aburrimiento,
425 por los altos palacios y veladas
ilustres de la estirpe de los dioses.
Lleva el uno en las manos un cayado
fatal, que a los que azota quita todo
deseo de actuar, y a su capricho guía
y modera sus almas, cual si fueran
430 autómatas creados por la ciencia.
Derrama, el otro, un oscuro efluvio
en los ojos y exhala por la abierta
boca un amplio bostezo, semejante
a los soplos del Austro perezosos,
435 que gira y se dilata hasta que embarga
con inerte memez los pensamientos.
Se adueñó esta pareja aciaga entonces
del diván, y de él fueron desechados
los amores, las risas y los juegos
440 a fin de que quedara convertido
en un trono en que tosen las abuelas,
madres de excelsas madres de los héroes;
donde bostezan distinguidamente
las ínclitas esposas, cuya vida
445 hacen feliz títulos distinguidos.
Apártate, Señor, de esos influjos
lóbregos del diván; de allí alejado
entre las sillas de más dulces diosas
junto a la juventud vivificante
450 entrégate al solaz y a la alegría.
¡Qué afluencia de héroes! Tú que debes
ser entre tus iguales un modelo
de toda virtud noble y acto egregio,
aprende a conocer a tus iguales;
455 en ti mismo atesora cuanta gloria,
hermosura y grandeza en cientos de ellos
repartió el arte o la naturaleza.
De ellos algunos dan primeros pasos
en la carrera de su ilustre vida;
460 otros ya una gran parte han recorrido;
otros casi llegaron a la meta.

En su simpleza el vulgo temerario
niños, adultos, viejos en vano osa
distinguir; ellos todos son iguales.
465 Cada uno hace chanzas y locuras;
cada uno arbitra y juzga; cada uno
abraza y mima al otro. Desiguales
son entre sí tan solo en un detalle:
que cada cual una afición cultiva
470 suya propia, que a las demás prefiere
por más lucirse y destacar en ella.
Sale de la taberna de la esquina
que sirve ocio, bebida y novedades,
ahora uno que entró por la mañana,
475 se fue para comer y volvió luego
para quedarse hasta la noche: y hace
seis lustros desde que de jovencito
empezó tan gentil tenor de vida.
¡Ay! ¿A quién si no a él, se le permite
480 sentado bostezar con más largueza
o dormir más gratificante sueño,
o excitar la nariz con el oscuro
rapé más veces, o con insaciable
credulidad a más habladurías
485 del pueblo dar oídos? ¿O dar más gritos?
Aquel en cambio, joven vigoroso,
con sabios movimientos de su brazo
el látigo sacude, produciendo
nobles silbidos, y las horas vanas
490 enaltece, los aires agitando
de las salas inmensas donde cuelgan
de los antepasados los retratos
junto con los trofeos más antiguos.
Otro héroe es aquel que se entretiene
495 en anunciar por la pública vía
su presencia inmortal, con el carrillo
hinchado usando la acaracolada
trompeta del cochero, y emulando
desde la altura de su gran palacio
500 el sonido de un raudo mensajero
que acabe de llegar acelerado.
Y ¡qué hermoso será mirarlo cuando
en corto atuendo, pero con sus piernas
enfundadas en cuero, por los campos

505 cabalgando, detiene la carroza
 de la dama sentada con marido
 con sirvienta, con hijos y con perro!
 ¿Quieres una magnífica carroza
 que te lleve triunfando en el paseo?
 510 He aquí uno que puede asesorarte.
 Lo sabe todo de madera y pieles,
 y tejidos de seda y carpinteros
 y herreros: y él también es conocido
 por toda Italia. Nobles calabreses
 515 ufanos de sus órdenes y feudos;
 duques y príncipes que inmensas fincas
 poseen en la Sicilia montañosa;
 y hasta nobles romanos herederos
 de pasadas grandezas, las más veces
 520 le encargan del asunto hasta que salga
 la carroza dichosa fabricada
 bajo su dirección y sus auspicios:
 luego, en tela enfundada y protegida
 fuertemente del sol y de la lluvia,
 525 él mismo la acompaña algunas millas
 del viaje, para contemplarla luego
 con mirada afectuosa hasta que baja
 por el camino en que desaparece.
 ¿Acaso no conoces al alumno
 530 más célebre del dios hijo de Maya,
 que a cualquier otro gana en sus consejos
 acertados en casos muy dudosos
 de mover piezas de ajedrez o fichas,
 o barajas de todos los tamaños,
 535 en heroica estrategia de combate?
 Por la mañana alivia él con el juego
 las toses pertinaces y las tontas
 migrañas de las damas ya canosas;
 de sobremesa, a las ya maduritas
 540 nuevos juegos de moda les enseña;
 a su lado reúne por la noche
 de héroes un tropel que arde en deseos
 de aprender ese arte que permite
 vencer desbaratando las fortunas,
 545 tal que uno deba de su patrimonio
 ceder gran parte al más querido amigo.
 ¿No ves llegar a ese que, invencible

domador de caballos, su jornada
 divide entre la dama y los corceles?
 550 La tibia mano, ahora, de la hermosa
 apretuja, y ahora los peludos
 lomos de los caballos acaricia
 o bien tienta sus uñas y herraduras
 en el suelo tumbado boca arriba.
 555 ¡Ay! Pobrecita de ella si a menudo
 hay feria de ganado algo lejana.
 Aquel entonces la abandona y alcanza
 los sitios más remotos por los montes
 arduos y por los valles espantosos,
 560 y allí realiza trueques y mercados.
 Pero dichosa ella, cuando vuelva
 después lleno de barro y presumiendo
 de nuevo lujo de inquietos corceles,
 y a ella sola durante varios meses
 565 repita el pedigrí de los caballos,
 sus patrias, sus abuelos y costumbres.
 Fíjate ahora en otro que supera
 a cualquier doncellita por constancia
 y aplicación al arte del tejido
 570 de nudos de tapices o, al contrario,
 a destejer sacando las urdimbres
 de oro de preciosos paños; tiene
 ambos bolsillos todavía abultados
 de ocultos materiales, que un día fueron
 575 una alfombra preciosa que ilustraba
 con oros y con lanas de colores
 los eventos aciagos de la guerra
 de Troya; el caballero arrellanado
 de la dama en el cómodo aposento
 580 con obstinada mano ha reducido
 a finísimas hebras ya las tropas
 de Argos y de Frigia. Una cadera
 de la raptada Helena sólo queda;
 después, al terminar con esta hazaña
 585 decenal, nuestro héroe andará ufano
 igual que Agamenón y Menelao.⁶⁸
 Mira a aquel que prefiere dedicarse
 a saber cómo pongas por escrito

⁶⁸ Al deshilachar el tapiz el joven noble “destruye” así a griegos y troyanos, con lo cual es comparado con los héroes homéricos.

una felicitación de boda ilustre,
590 o el desgraciado anuncio de un deceso.
Desastrados, con lúgubre semblante
por el dolor que los embarga, acuden
a consultar con él los herederos;
tantas misivas redactó de duelo,
595 (cual patrimonio universal guardadas),
que el número igualó de arbóreas hojas
que en la cueva de Cuma se esparcían
donde vaticinaba la Sibila.⁶⁹
Mas ¿cómo enumerar los infinitos
600 talantes y las varias aficiones
de tantos caballeros con sus damas
que las salas ocupan atestadas?
Tú por allí circula audaz y ufano,
para ir, volver, sentarte, levantarte,
605 apartarte, empujar, pedir excusas,
oír preguntas, esquivar, por señas
saludar, escandalizar, mezclando
tu persona entre sus altas esferas;
entra y llena de ti cualquier asunto,
610 mira, y aprende de su gran ejemplo.
Allí de Amor los nuevos seguidores
galanos se confían uno a otro
exitosos comienzos de romances
en alta voz pero al oído, riendo
615 a carcajadas y con palmaditas,
con saltitos gozosos; da lo mismo
si Amor los lleva a acometer hazañas
placenteras entre desconocidas
hijas de los mortales, o si prefiere
620 que los atraigan diosas al par de ellos.
Aquí los conocidos veteranos
de Amor héroes antiguos, en voz baja
que apenas sale del jadeante pecho,
van recordando las vicisitudes
625 amorosas aciagas del pasado.
Más allá los imberbes campeones
que ayer mismo tuvieron regalado
por su padre el primer par de caballos,
con ánimo viril le gastan bromas

⁶⁹ La sibila de Cuma escribía sus vaticinios en hojas de árbol, con el riesgo de que se perdieran al soplar el viento.

630 a una dama madura que de risas
estalla ante sus fuertes carcajadas,
exponiendo las partes mal ocultas
por los velos sutiles de la ropa,
buscando así de nuevo las miradas
635 que exploraron su desnudez antaño.
Más allá los adultos que ya lucen
en la frente su bisoñé postizo
que el peluquero colocó, bromean
con la recién casada, y enredarla
640 procuran con hermosas palabritas
llenas de insidia para su inexperto
corazón y su tímido recato.
¡Locos ilusos! Pues atiende ella
a sus palabras como una avezada
645 expertísima madre de diez hijos.
Alguien está sentado en otra parte
que a las damas un entretenimiento
raro promete de historietas nuevas
o de chistes alegres; cuenta y ríe
650 él solo una vez más, mientras las damas
sienten llegar con alas y asentarse
entre la comisura de los labios
un lánguido bostezo involuntario.
En otra parte está quien con estudio
655 afortunado logra a las palabras
dar un doble sentido; así dispuesto
a apalear a sus iguales, juega
divinamente a semejantes bromas.
De sus genialidades ríen tan sólo
660 las matronas orondas nuevas ricas,
que se distinguen por los abanicos
y el acento vernáculo del habla;
mas las jóvenes damas, sustentadas
en más graves doctrinas, descontentas
665 fruncirán las narices exquisitas
y pedirán perdón con sus miradas
a aquellos caballeros distinguidos
sentados a su lado, cuyas mentes
acogen abundante ciencia infusa
670 volátil y precaria, destilada
de diarios y gacetas eruditas.
Allá, en audaz combate, otro encarece

por encima de todos el caballo
que monta, o al cantante y al poeta
675 que se alegran de ser sus invitados.
Otro se jacta de la empuñadura
hermosa y reluciente de la espada
encargada por él personalmente
y para lances raros nunca vistos,
680 que por fin consiguió de un entendido
armero inglés. Otro describe a otro,
con gravedad en el rostro, exactamente
el orden de las viandas presentadas
una por una a un gran convite; y otro,
685 con gran profundidad de pensamiento,
con los dedos recuenta estupefacto
cuántas mesas de juego ennoblecieron
una grandiosa e insólita velada.
Con una sonrisita y con dos dedos
690 índice y corazón, algo doblados,
atiza uno a aquel que está su lado
un furtivo pellizco bajo cuerda;
y al que tiene detrás quita el sombrero
que le cuelga del brazo, y de ese golpe
695 a sí mismo se da los parabienes.
Mientras tanto, los siervos diligentes
por todas partes van entrando y traen
lumbre, mesas de juego, sillas, naipes,
utensilios y bártulos ilustres.
700 Al mismo tiempo escucho el rozar sordo
de asientos desplazados, los chirridos
de mesas desplegadas, que vagando
van entre las sonoras risotadas
de jóvenes en fiesta, y entre voces
705 agudas de las damas de palique,
como ocurre al anochecer del día
que todo alrededor de un moral viejo
por las ramas se junta una bandada
de jóvenes gorriones parlanchina.
710 Entre tamaño ruido, silenciosa
la dueña de la casa está sentada;
medita, pues, un arduo pensamiento
entre sí; con las cejas erizadas,
cabizbaja, en el abanico abierto
715 el labio superior va recostando.

Ciertamente discurre cómo pueda
el pudor y el candor mejor guardarse
de la hija querida que mañana
volverá con mejor conocimiento
720 de los usos franceses más galanos,
desde el colegio aquel donde el idioma
llegó a olvidar de Italia. Ay, ¡que hermosa
entre los tuyos, extranjera joven,
asombrarás mañana con tu acento
725 en la mesa a los padres e invitados!
¡Qué digo? De eso nada. La matrona
ilustre está rumiando en su intelecto
un orden superior de cosas: pide
en su duda cruel, a las amigas
730 con la mirada auxilio, y con la mano
hace una seña a su fiel caballero
para que acuda a aconsejarla. ¿Cómo
será el orden en que mande sentarse
a la gente en las respectivas mesas
735 de juego, para no olvidar ninguna
de las diosas presentes, que pudiera
enojarse hasta el punto que se niegue
a volver, agraviada y ofendida?
¿Cómo su previsor sexto sentido
740 podrá asignar a los excelsos genios,
un adversario jugador, conforme
a sus deseos, para que no bostecen
largamente y lamenten las nocturnas
horas desperdiciadas, y la culpen
745 de la pérdida aciaga de tanto oro?
¿Cómo emparejará en la misma mesa
de juego a dos campeones valerosos
o intrépidas guerreras que compitan
entre iguales, para que nunca ocurra
750 el caso desdichado que una dama
vetusta aristocrática de alcurnia
(de nobleza real ella, y su esposo)
rivalice en el juego con aquella
que al título llegó recientemente
755 de nobleza de toga, y su marido
los ademanes guarda todavía
y algo del rudo acento pueblerino?
Pero ¿qué no podrán sagaz ingenio

y abundante experiencia en los sucesos
 760 de muchos años? Juntó, por ejemplo,
 una pareja de fieles amantes,
 y reservó al marido, que en sus tiempos
 felices soñaría con ser celoso,
 el rincón más remoto de la estancia,
 765 lejos. Otrora en la sala de juego
 se puso a promover los incipientes
 de amor dulces afanes (que a los otros
 quedan ocultos, pero a su mirada
 docta y sabia no pueden escaparse),
 770 situando a los amantes entre gente
 poco propensa o bien poco entendida
 de escudriñar los íntimos recesos
 del corazón; y ya dos corazones
 gran complacencia y agradecimiento
 775 le tributan por su actuación hermosa.
 Supo unir los iguales con iguales,
 ilustres con ilustres aquí puso;
 acullá también supo unir extremos,
 como nombres muy nobles sin fortuna,
 780 con propietarios de recién compradas
 fincas. También juntó damas rivales
 para espiar gustosa sus rabetas
 mal encubiertas. Para divertirse
 también juntó los siglos, esperando
 785 grata ocasión de risas para otros
 (igual que para ella) de las iras
 que se producirían septuagenarias
 al calor de los juegos encendidas
 mezcladas con ronqueras poderosas
 790 y con mucho tembleque de pelucas
 y de gorritos emperifollados.
 Alrededor de cien mesas de juego
 en la sala dichosa repartidas
 las diosas se sentaron; se sentaron
 795 asimismo los héroes que de Hesperia⁷⁰
 son esperanza y suma gloria: acoge
 una mesa aquí a cuatro jugadores,
 allí otra reúne a tres tan sólo.
 Aquí se ven muchos y variopintos
 800 naipes, y allí barajas más pequeñas.

⁷⁰ Nombre griego de Italia.

Unos se implican en el gran combate,
por encima están otros contemplando
de la suerte inestable los eventos
y la táctica egregia de la ciencia
805 o del arte del juego. Majestuoso
silencio los rodea; en la frente
de todos reina un grave entendimiento.
Ya circulan errando en tal espacio
ligeros abanicos, con los cuales
810 las damas, tras los lamentables trances,
para su agitación buscan alivio.
Por ese mismo campo de batalla
deambulan relumbrantes tabaqueras,
de las que a veces conseguir es dado
815 con los dedos un válido consejo,
o un aviso oportuno; y una toma
de rapé como un átomo pequeña
puede cambiar del juego los destinos
y la velada entera. He aquí pringarse
820 la matrona rolliza la pelambre
en torno al labio superior crecida;
he aquí que se unta la joven esposa
la nariz delicada y también parte
de la mejilla. En vano la mirada
825 de un caballero experto que medita
en su interior la próxima conquista
de esa dama, le mira e investiga
desde arriba, las gracias escondidas;
otro, más apocado, varias veces
830 con el pie pertinaz, en vano insiste
en presionar la punta del pie hermoso.
Ella no ve, no siente o no le importa:
la suerte de los lujos femeninos
que podrá permitirse, se dirime
835 ahora en esos naipes que con manos
tan leves ella junta o desordena.
Allí su mente y corazón concentra.
Ante ello Amor sonríe, pues espera
lugar y tiempo para su venganza.
840 La amplia quietud, ¿en qué lugar se osa
romper con voces incesantes, suaves
o ásperas, altas o profundas, siempre
con tono pertinaz, igual que cubos

suben de un pozo y chirriando bajan,
845 o como ruedas que crujir se oyen
de lejos a lo largo de un camino?
La mesa es esta de la “Cavañola”
donde la noble sociedad reúne
cuanto decoro por prestancia o juicio
850 ponderado se encuentra entre sus miembros:
los abuelos o las divinas suegras,
o los solteros ya desde hace lustros
célebres y famosos en el mundo.
Sobre el tapete se alza un bombo grande
855 que al girarse reparte la abundancia
de números entre los jugadores
que tienen ante sí ya numerados
cartones con imágenes variadas
de admirable hermosura y colorido.⁷¹
860 En uno Pantalón se representa,
el viejo que recoge con la mano
la capa negra sobre los purpúreos
amplios calzones, y la puntiaguda
barba meneando, grita y amenaza
865 fuerte, con la nariz enrojecida
de grave irritación. Reproduce otro
la figura de aquél que, jorobado,
un gigantesco tenedor empuña,
y ávidamente traga las lasañas
870 que se le caen: el gran Polichinela.
O el Arlequín multicolor gracioso
que llevando la espátula en la mano,
con la punta de un pie viene avanzando,
y torciendo las nalgas tan flacuchas
875 guasón enseña su careta negra.
También se representan animales
en abundancia: puede ser el oso
a modo de criatura humana erguido
sobre sus pies, o bien la riente mona,
880 la gata, o el amado borriquito
donde se miran como en grato espejo
las jugadoras y los jugadores.
Mas, ¿qué haces, Señor? Así te quedas
inerte espectador de las acciones

⁷¹ Los cartones de este juego, parecido al actual bingo, estaban ilustrados con figuras de máscaras populares o de animales.

885 ajenas, y no ves que el altar sacro
de la mesa de juego está dispuesto
para ti de igual modo? ¿Y que en la mesa
resplandeciendo están los candelabros
de bronce y oro que imitan la gloria
890 de las columnas áticas, y en medio
de la baraja el cúmulo elegante
se yergue intacto todavía? Tu dama
ya se sienta y se está intranquilizando
por tu tardanza; al lado de otra dama,
895 de pie orillando la mesa de juego,
su habitual acompañante pide
que te apresures para unirte a ellos,
y a ti solo requiere, pide, ansía
con guiños y miradas y palmadas.
900 Hace quince años este caballero,
semejante a ti ahora, de su dama
al lado, en esa etapa generosa
de su carrera consiguió la gloria.
Transcurrió el día entero junto a ella,
905 y una gran parte de la noche; varia
fue la suerte de amor entre ellos; miles
fueron las guerras, y las paces, miles
fueron los abandonos furibundos
y despeinados, y las reincidencias
910 llenas de dulces estremecimientos,
evidentes no sólo ante el esposo
querido, sino extenso chismorreo
frecuente en el paseo y en el teatro.
Tras tantos trances, Amor les pedía
915 por tregua un dulce sueño en su regazo;
mientras, he aquí que el indiscreto Tiempo
por la pareja osa pasar volando,
y roza con la punta de sus alas
las mejillas al lado de las cejas,
920 en un surco sutil, y al caballero
parte del pelo arranca, contendido
después por fuertes vientos en el aire.
Al silbido del vuelo poderoso,
y al quejido dulzón de los amantes
925 atacados, Amor reaccionó fuerte:
se agitó presintiendo al enemigo,
las armas recogió para la fuga

emprender velozmente. Los amantes
le gritan: ten piedad, te suplicamos,
930 de nosotros; si tú te alejas, ¿cómo
sentir podremos el vital latido,
cómo alargar los días desearemos,
y las horas? La súplica no en vano
fue escuchada; y una sonrisa leve
935 esbozó Amor, al levantar la mano
ligera sobre el hombro que va armado,
y de la aljaba extrajo una baraja
de los naipes que Félisina decora,⁷²
y dijo: “En mi lugar quedaos con esto”.
940 ¡Oh maravilla! Esas cartas, que pasan
de mano en mano día y noche, inspiran
amorosa emoción y sentimientos.
Ah, si aceptó un envite el caballero
en el juego y satisfactoriamente
945 ha respondido, ¡qué mirada tierna
le lanza entonces ella, que directa
le llega al corazón! ¡Qué voluptuoso
guiño el que sale entonces de su boca
por una fresca ranurita! Si ella
950 empero aparta un solo instante aquellos
hermosos pensamientos, y por eso
saca ventaja el jugador contrario,
ah, el caballero entonces está ansioso
por los celos y todo se retuerce,
955 hace chirriar la silla inquieto, y todo
colérico y violento junta cartas,
mal les mezcla sus diferentes palos,
y así la jugadora de la izquierda
se lleva lo mejor: la dama airada
960 con los labios punzantes afilados
lo atiza y pincha con una ironía
atroz, fina, implacable, que cultivan
las hermosas de edad algo avanzada.
He aquí que surgen los desprecios fieros,
965 y deseos enconados que consiguen
fruncir el ceño, y guardar silencio
durante varios días sin hablarse
en las funciones del teatro, en fiestas
o en el paseo de las carrozas. Llaman

⁷² Nombre latino de Bolonia, famosa por su producción de naipes.

970 por fin a un tal que consideran Néstor⁷³
 por su conocimiento y experiencia
 de casos presenciados, muy famoso
 e ilustre consejero de los héroes,
 que el rigor quiebra de obstinadas mentes
 975 mediando con difíciles consejos
 de su propia cosecha, y admirables.
 Así que, pese al transcurrir del tiempo,
 la brillante pareja finge amarse.
 Así disfruta de la vida. Suerte
 980 semejante te queda reservada
 a ti, Señor, si acaso el viejo alado
 se atreva alguna vez (que no lo creo)
 a quitar algún diente de los tuyos
 preciosos de marfil, honor supremo
 985 de tus risas, de modo que los labios
 se encojan para adentro, y la barbilla
 gentil exceda el canon de belleza.
 Mas llega ya el helado de ambrosía
 o de néctar, activo refrigerio
 990 para el paladar vuestro, oh terrestres
 divinidades; en brillantes tazas
 los traen cien Ganimedes de lujo
 con hermosos atuendos y pelucas,
 silenciosos, que con una ligera
 995 y respetuosa reverencia, dando
 el debido realce a las hechuras
 de los hombros viriles y las ancas,
 osan regocijar con su prestancia
 las miradas oblicuas de las damas
 1000 castísimas cual Cintias terrenales.⁷⁴
 Mira, Señor, que a tu dama uno de ellos
 despacito se acerca, y en voz baja
 y con un deje en el hablar, que imita
 de su amo las palabras cercenadas,
 1005 le anuncia una abundancia de sabores
 diferentes del voluptuoso helado.
 Allí ha quedado transformada en nieve
 la gentil fresa que recolectada
 fue, traicionada por su olor suave
 1010 detectado a lo lejos; y el limón

⁷³ Néstor, mítico argonauta que en su avanzada edad era considerado el perfecto asesor y consejero en el ágora.

⁷⁴ Cintia era la diosa virgen de la castidad.

saludable y la leche merengada;
y la piña que aquí con gran dispendio
nos procuramos, extranjero fruto,
que lleva la cabeza coronada,
1015 y que usurpa el reinado de los nuestros;
hay asimismo de las dos bebidas
oscuras y olorosas que hace poco
lo mismo que la lava desbordada
de un volcán estallado, turbulentas,
1020 espumosas, hirvientes y humeantes
inundaban las tazas, y son ahora
yertas en conos rígidos sujetas,
dispuestas a dejar los paladares
por dulzura contraria estimulados.
1025 Levántate, así pues, y de tu mano
a tu dama personalmente ofrece
el más grato sabor, bien escogido
entre los muchos y variados. Ella
a ti solo descubre sus deseos;
1030 y el placer, si no llega a través tuyo
al paladar, no queda de su agrado
del todo, o por lo menos no lo ensalza.
Mas saca del bolsillo antes de nada
intacto ceñidísimo pañuelo
1035 de lino que se baje desplegado
al hermoso regazo de la dama,
para que temeraria y repentina
una gotita helada no amenace
de una mancha cruel los lindos velos
1040 y pomposos adornos de la falda.
Al ciego vulgo parecerán estas
cosas humildes y de poca enjundia,
que te aconsejo con tan nobles versos
en los que esparzo a manos llenas flores
1045 de adorno del estilo, recogidas
en remansos del Pindo,⁷⁵ y no holladas
nunca por mano de ningún poeta:
pero no tienes tú la mente excelsa
llena de error tan craso y de tinieblas,
1050 Señor, tú que contemplas en mi obra
la urdimbre de la vida de tus pares
de la que surge el esplendor glorioso

⁷⁵ Pindo o Parnaso, monte donde residían las musas.

de tantos héroes que, en definitiva,
de rodillas el ciego vulgo adora.

APÉNDICE

RESUMEN DEL ARGUMENTO Y LOCALIZACIÓN DE LOS TEMAS

(los números indican los versos)

Dedicatoria del poema a la Moda (en prosa)

LA MAÑANA (IL MATTINO)

Invocación al destinatario 1-19

Perfil del joven señor y su disposición al empezar la mañana 20-117

Su despertar con café o chocolate 118-189

Rechazo de visitas no deseadas: el sastre, el abogado, el administrador 190-222

El maestro de baile, el de música, el de francés: sus agradables charlas 223-300

Los siervos le visten y asean con productos refinados 301-343

Se dispone a su tarea de galante chichisbeo 344-391

Fábula mitológica de Amor e Himene, origen de ese rito social 392-501

Manda a un siervo a informarse de la salud y humor de la dama 502-562

Le atusan y maquillan con productos de belleza 563-641

Se mira en el espejo sus cabellos 642-669

Consejos del poeta al peluquero: que aguante los humores del señor 670-755

Consejos al señor: propuesta de lecturas mientras se le peina 756-855

Compra de complementos del atuendo 856-890

Recibimiento de su retratista, con exigencias de experto en arte 891-977

Tras el peinado, empolvado blanco del cabello 978-983

Fábula mitológica sobre el origen de ese producto 984-1013

Ya está aseado para salir 1014-1043

Prueba de varios trajes y posturas ante el espejo 1044-1071

Varios siervos le calzan y visten 1072-1094

Elección de los accesorios 1095-1249

Que espere el cochero: antes se lucirá en un paseo matutino a pie 1250-1324

Escritura de cartas y afeitado 1325-1372

Dispuesto a salir, atraviesa salones con retratos de sus ancestros 1373-1465-1464

Baja la escalinata y sube al coche, que arranca a gran velocidad 1466-1488

EL MEDIODÍA (IL MEZZOGIORNO)

Invocación épica 1-38

La dama ya está arreglada para salir, con consentimiento del marido 39-88

Hay que recogerla en su casa, con actitud seductora y elegante 88-134

Sentarse a su lado en el convite, conversando en dulces controversias 135-202

Comentarios y envidia de los comensales, indiferencia del marido 203-213

Tremendos y ridículos celos de los maridos italianos de antaño 214-239
 Cambio de mentalidades actual por influencia francesa 240-266
 Preparativos del banquete y elogio del chef 267-302
 Entrada al salón: el festín no saciará el hambre, sino el placer 303-326
Fábula mitológica del Placer que bajó a la tierra 327-386
 Su consecuencia, la separación entre nobles y plebeyos 387-438
 Ritual de tomar asiento en la mesa el cortejo con su dama 439-472
 Licencia y desenfado en la conversación del banquete 473-499
 Si ella prefiere servirse las viandas, exhibirá sus gracias 500-553
 Si lo hace él, exhibirá su propia elegancia 554-572
 Cuidará de servirle las viandas mejores y más saludables 573-618
 También deberá conversar con los comensales 619-626
 Descripción de un petimetre 627-662
 Descripción de un elegante de gusto afrancesado 663-689
 El Buen Gusto se ha refugiado en Francia 689-702
 Otro comensal defiende el Comercio a expensas de la Agricultura 703-791
 Otro, vegetariano, todo lo contrario 791-829
 Al oírle, la dama recuerda el *Episodio de la cachorrita virgen* 830-881
 Caso de que ella esté al lado de un invitado ilustre, brindis secreto 882-966
 Brindis de la Musa del poeta a su efímera relación 967-1013
 Temas de conversación en la mesa 1014-1054
 Barniz de cultura del joven señor sobre temas de moda 1055-1197
 Conocimiento de los nuevos filósofos 1198-1234
 Pero limitándose a los libertinos 1235-1265
 Acaba el banquete, con frutas y postres 1266-1288
 La sala del café, cuyo aromas llegan hasta la plebe 1289-1322
 Rito del café con conversaciones, o con el juego de moda (tric-trac) 1323-1388
Fábula mitológica sobre el origen del juego y su evolución 1389-1488

LA TARDE (IL VESPRO)

El atardecer, diferente para el plebeyo y para el señor 1-34
 Preparativos del joven señor y de la dama para la salida 35-107
 Motivo para salir: relaciones sociales de “amistad” en sentido frívolo 107-146
 Visita a un amigo enfermo: se le envía una tarjeta primorosa 147-233
 Visita de la dama a una amiga 234-244
 Indisposición de la amiga y cotilleos malévolos 245-328
 Varias habladurías de las damas 329-402
 Visita a una dama recién alumbrada 403-432
 Poetas saludando el feliz alumbramiento 433- 459
 [Laguna en el original]
 Personajes del paseo: el ostentoso 460-482
 El nuevo rico 483-494

El nuevo noble 495-508
Las damas con hijas casaderas 508-524
Las damas que sufrieron desaires amorosos 525-545
Las damas nuevas ricas 546-581
Las damas de postín con sus acompañantes 582-601
Vuelve a cantar a su héroe, en la carroza con su dama 602-617
Él se apea un rato y se exhibe 617- 651
Llega la noche que le impide lucirse 652-674

LA NOCHE (LA NOTTE)

La noche del joven señor, diferente de la oscura de sus ancestros 1-76
Invocación al señor, de quien el poeta ha perdido la pista 77-96
Tal vez tu carroza anoche chocó, lo que no dejarás de comentar 97-126
Tal vez tuviste una pequeña lid con tu dama en la carroza 127-167
Si el amor acabó en tedio, queda el consuelo de la casa de juegos 168-214
Describe la iluminación, el trasiego y el público de ese lugar 215-241
Entrada triunfal de la pareja, bajada del coche ya aparcado 242-293
Cruzan varios salones con siervos en fila 294-318
El poeta, indigno de esos semidioses, se aparta entre los siervos 319-334
Describe los asientos: el diván 335-353
Historia del diván o sofá: su invención y función para citas amorosas 354-415
Degeneración actual del sofá que aloja damas aburridas y ociosas 416-450
Señor, tú debes estar junto a la juventud allí presente 451-471
Tipología: el que frecuenta las tabernas 472-485
El que hace ejercicio con el látigo 486-493
El excéntrico que llama la atención 494-507
El que entiende de carrozas 508-528
El que entiende de juegos 529-546
El que entiende de caballos 547-566
El que se divierte tejiendo y destejiendo 567-586
El que entiende de escribir mensajes y pésames 587-598
Conversación sobre esas variadas aficiones 599-610
Conversación sobre amoríos 611-671
Conversaciones varias, guiños, frivolidades 672-709
La dueña de la casa calla: sus preocupaciones 710-791
Las mesas de juego y sus ocupantes 792-846
El juego de la Cavañola y su descripción 847-882
El juego sustituye al amor: un ejemplo 883-979
Así podrás hacer tú, señor 980-987
Llegan ahora los helados: descripción de sabores 988-1024
Cómo debes servir el helado a la dama 1025-1054

ÍNDICE

Estudio preliminar	
Breve biografía de Parini	2
Un clásico discutido	3
Parini, poeta	5
Actualidad del <i>Giorno</i>	6
Esta traducción	8
Bibliografía	10
<i>El día</i>	12
Dedicatoria a la Moda	13
<i>La mañana</i>	14
<i>El mediodía</i>	50
<i>La tarde</i>	86
<i>La noche</i>	102
Apéndice	128